MVNDO HISPÁNICO

EL PETROLEO: MAPA DE PRODUCCION Y DISTRIBUCION

CANTINFLAS Y CHAPLIN, DOS GENIOS DEL CINE

GASPARINI EN EL PALACIO NACIONAL DE MADRID
(LA OBRA MAXIMA DEL ROCOCO)

N.º 106 - 15 PESETAS



RAMIREZ
JEREZ



FUNDADOR

Pedro Domecq

CASA FUNDADA EN 1730 JEREZ DE LA FRONTERA











CORRESPONSALES DE VENTA DE "MVNDO HISPANICO"

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Calle Rodríguez Peña, 1986, 1.° A. *Buenos Aires.—BOLIVIA:* Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. *La Paz.—BRASIL:* Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.—COLOMBIA:* Librería Hispania, Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, núms. 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.*—Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.—COSTA RICA:* Librería López. Avenida Central. *San José de Costa Rica.—CUBA:* Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.—REPUBLICA DOMINICANA:* Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.—CHILE:* Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3916. *Santiago de Chile.—ECUADOR:* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.—REPUBLICA DE EL SALVADOR:* Librería Cultura Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.—ESTADOS UNIDOS:* Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York II, N. Y.—FILIPINAS:* Andrés Muñoz Muñoz, 510-A. Tennesse. *Manila.—REPUBLICA DE GUATEMALA:* Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.—HONDURAS:* Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado núm. 44. *Tegucigalpa.*—Reverendo Padre José García Villa. *La Ceiba.—MEXICO:* Eisa Mexicana, Sociedad Anónima. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.—NICARAGUA:* Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.* Agustín Tijerino. *Chinandega.—REPUBLICA DE PANAMA:* José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.—PARAGUAY:* Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, núm. 209. *Asunción.—PERU:* José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.—PUERTO RICO:* Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1463. *San Juan de Puerto Rico.—URUGUAY:* E. I. S. A. Uruguaya. Calle Obligado, 1314. Teléf. 41 22 21. *Montevideo.—VENEZUELA:* Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.—ALEMANIA:* W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.—IRLANDA:* Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublin.—BELGICA:* Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, num. 14 à 22. *Bruselas.—FRANCIA:* Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de la Seine. Paris (6ème).—Librairie Mollat, 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.—PORTUGAL:* Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 106 - 1957 - Año X - 15 ptas.

MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid
Teléfonos:

Redacción *37 32 10*
Administración *37 03 12*
Administración y Redacción ... *24 91 23*

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años : 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTLY: 1957, NUMBER 106. ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th. Ave. N. Y. C.

EUROPA Y EL



Por OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

Los acontecimientos que han entristecido a Europa a partir del 24 de octubre, y sobre todo la brutal represión del ejército soviético contra los combatientes de la libertad en Hungría, han llevado a nuestro continente más cerca de la guerra que cualquier otro momento posterior a la rotura del bloqueo de Berlín. Durante los primeros días de noviembre, jefes militares y personalidades políticas se vieron forzados a considerar seriamente las perspectivas de un conflicto armado. Se ignoraba a ciencia cierta si los soviets utilizarían el impulso acelerado de sus tropas asiáticas para resolver sus problemas internos por medio de una ofensiva a este lado del telón de acero.

El drama que acabamos de vivir y la crisis internacional consiguiente nos imponen la obligación de un estudio político a fondo de las circunstancias presentes. Una vez más la fragilidad extrema, que hemos dado en llamar "la paz", ha hecho su aparición entre nosotros. Y a no ser que se presenten cambios radicales, llegará la recidiva de una crisis similar a la que acabamos de sufrir. La cuestión no estriba ya en si se ha de producir. Sólo se trata de saber cuándo.

Entretanto existirá la coyuntura para la acción política. Esta acción se convierte hoy día en un deber ineludible para quienes no han abandonado todavía la esperanza de salvar la paz. Bien entendido que, al pronunciar esta palabra, no coincidimos, por supuesto, con los pensamientos de nuestros adocenados coexistencialistas. Para nosotros, paz y libertad van unidas indisolublemente, y no es posible aceptar una sacrificando a la otra. Además, estamos convencidos de que, cuando todavía no ha acontecido lo irremediable, es factible alcanzar los objetivos deseados, gracias a un absoluto realismo y a una política idónea, basada en conocimientos objetivos, y sin necesidad de sufrir una tercera guerra mundial.

STALIN: PRIMERA FASE

El arranque de todo estudio objetivo ha de partir de la Europa que, por regla general, asociamos a las grandes Conferencias de Teherán y de Yalta.

En realidad, la cuestión se remonta a un ayer más lejano. En la semana que siguió al avance del ejército alemán sobre la línea fronteriza polaca, Stalin reunía a su Politburó. Revivamos la atmósfera de aquellos momentos. Son los últimos días de junio de 1941. El ejército rojo estaba gravemente afectado por el ataque alemán, tan poderoso como imprevisto. Por todas partes las masas acorazadas progresaban con enorme celeridad. En Occidente, donde una vez más los Estados Unidos se mantenían técnicamente neutrales, era opinión extendida que Rusia se desplomaría antes de fin de año. Era lógico esperar, por tanto, que la primera reunión de la suprema autoridad soviética se ocupase de la catastrófica situación militar. La mayoría de los Go-



DOS FOTOGRAFIAS COMO SINTESIS DEL DRAMA DE HUNGRIA, PARA DECIR EXACTAMENTE LA FABULOSA INIQUIDAD QUE HOY SUFRE EL CUERPO VIVO DE EUROPA

biernos occidentales lo hubieran hecho así. Pero Moscú era diferente.

Stalin y sus colaboradores se consagraron exclusivamente a fijar los objetivos bélicos de Rusia, reconociendo—y en este punto es preciso respetar la grandeza incluso en el adversario—que la guerra no constituye un fin por sí misma. El dictador del Kremlin no prestó oídos al absurdo lema de "*Let's win the war first and think of peace thereafter*"; o sea: "Ganemos, ante todo, la guerra; que siempre habrá tiempo de pensar en sus objetivos después de la victoria." El gran georgiano sabía que no puede establecerse una línea divisoria entre guerra y paz. La política seguida en la fase anterior determina la siguiente. Sólo una paz auténtica puede justificar los sacrificios. De ahí que toda propaganda bélica haya de determinarse por el objetivo final. Stalin no hubiera caído nunca en el error imperdonable que fué, por ejemplo, el infortunado lema de la "rendición incondicional".

Durante la sesión del Politburó ya aludida, el dirigente soviético fijó los puntos geográficos que habría de alcanzar una Rusia victoriosa. Así, trazó las fronteras actuales de Finlandia; confirmó la anexión de los Estados Bálticos. De allí parte la línea que atraviesa a Polonia. Ya por entonces se había previsto una derivación de este país hacia el oeste, con el objeto de permitir a Rusia el desplazamiento, a costa de Alemania, de los habitantes de las regiones anexionadas, y de poblar asimismo su territorio de forma homogénea con rusos y ucranianos. Además, decidió entonces la incorporación a la zona soviética de la Ucrania cárpata, toda la Transilvania y Rumania. Su plan abandonaba el resto de Europa a la población autóctona o a las potencias occidentales.

Semejante frontera hubiera sido, hablando militarmente, en extremo favorable a Rusia. Por la situación de Polonia y de los Países Bálticos, una acción ofensiva hacia el oeste, con utilización de la gran llanura nórdica de Europa, hubiese resultado tan fácil como lo es hoy en día. La posesión de la Ucrania cárpata le brindaría a la Unión Soviética una cabeza de puente sobre las estribaciones meridionales de los Cárpatos, que hubiera reducido esencialmente la importancia de esta fortaleza militar. Partiendo de Rumania, Moscú hubiera podido proseguir una política balcánica activa. En el pasado, las ambiciones rusas sobre el Bósforo y los Dardanelos—el antiguo sueño bizantino—fracasaron también, porque la angosta llanura que separa la Transilvania del mar Negro no constituye una línea segura de abastecimiento mientras las cumbres cárpatas se encuentren en manos potencialmente hostiles. Durante el siglo XIX, el Imperio austro- (*Pasa a la pág. 47.*)

PETRÓLEO

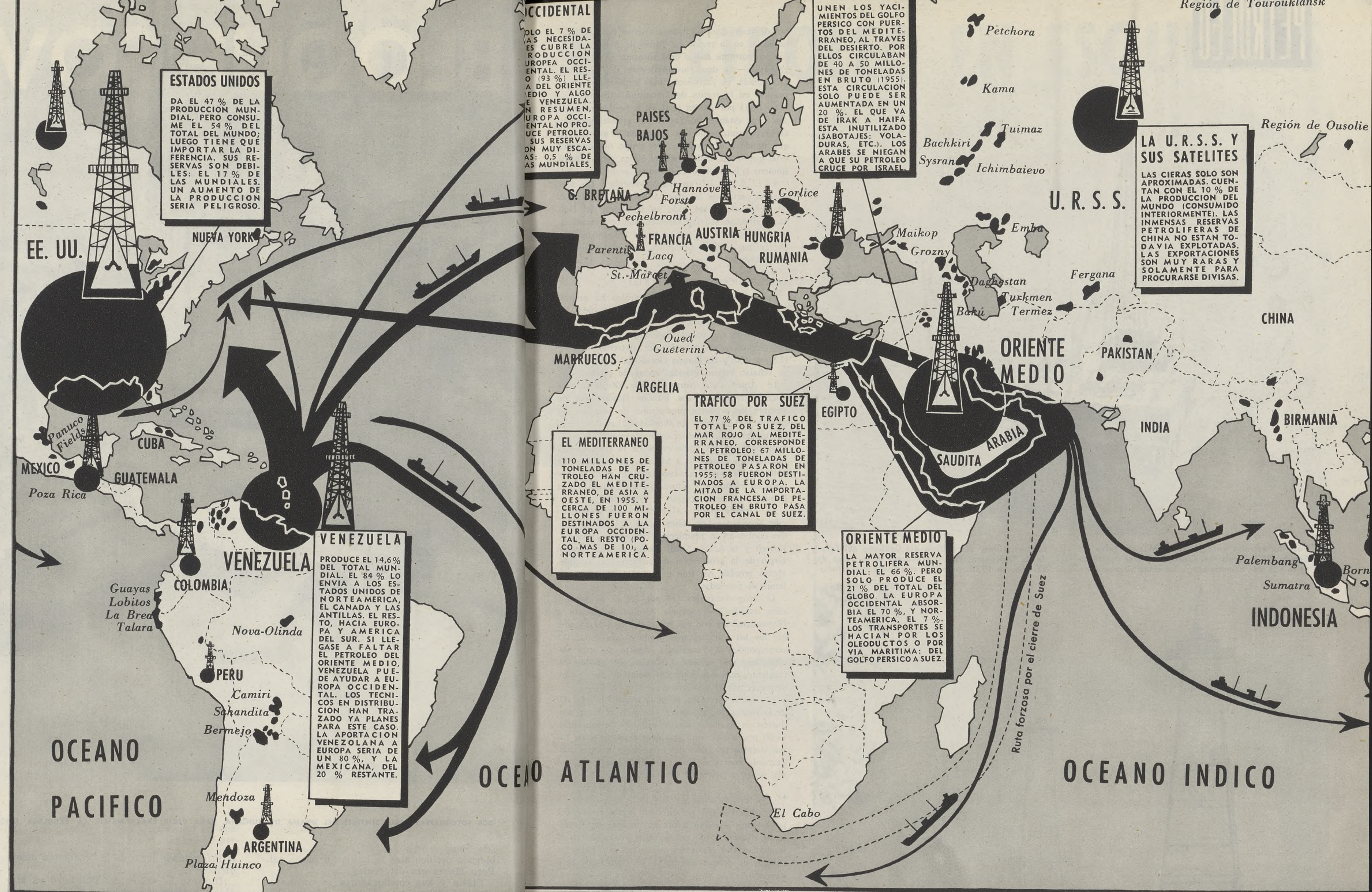
UNA DE LAS GRANDES PRIMERAS MATERIAS DEL MUNDO

VOLUMEN DE LA INDUSTRIA PETROLERA

La iniciativa y el esfuerzo constante, la investigación científica y las ingentes inversiones han hecho posible satisfacer la gran demanda de petróleo en el mundo. Para conseguirlo hay más de medio millón de pozos de petróleo produciendo en diversas regiones del globo (sin contar a Rusia y sus satélites), la gran mayoría situados en el hemisferio occidental. Unos trece millones de barriles de petróleo crudo se producen diariamente en la actualidad, y esa cifra será cada vez mayor, conforme se extienda el progreso por la tierra y se acreciente en todas partes la actividad de las industrias en general. El consumo anual de petróleo por persona es, aproximadamente, de 748 galones en los Estados Unidos, 452 galones en el Canadá, 140 galones en la Gran Bretaña, 76 galones en la U.R.S.S., decreciendo hasta llegar a la India y el Pakistán, con cinco galones.

Las dimensiones de la industria del petróleo se alcanzan en virtud de la agrupación de entidades grandes y pequeñas. En muchas fases y operaciones, estas últimas juegan un papel preponderante y es la suma de esfuerzos la que determina la capacidad y el vigor conseguidos en nuestros días, gracias a los cuales el mundo puede satisfacer sus exigencias de productos petrolíferos. En los Estados Unidos, según un estudio hecho por el Senado, hay 20 compañías «mayores» (más que en cualquier otra industria básica); y es ilustrativo del clima de competencia allí reinante el que las afiliadas de la Standard Oil Company (New Jersey), una de esas compañías grandes, y de las más antiguas, abarcan menos del 15 por 100 del negocio petrolero total, producen menos del 10 por 100 norteamericano y sus concesiones apenas cubren el 2 por 100 del área petrolífera potencial de ese país. Y es que, al lado de entidades como aquéllas, se desenvuelven con éxito otras miles, integrando una amplia gama de tamaños y capacidades. Más de 34.000 compañías petroleras existen actualmente en los Estados Unidos, a las que hay que añadir las registradas en el resto del mundo, y que alcanzan una elevada cifra, cubriendo las diversas ramas de la industria. Las empresas que el Senado norteamericano clasificó como «menores» proveen aproximadamente la mitad de la producción de petróleo, y a ellas pertenecen del 65 al 75 por 100 de todos los pozos de los Estados Unidos.

Corporaciones de mayor y menor tamaño han creado en el mundo una industria petrolera fuerte y grande. Y gracias a su magnitud podemos afirmar hoy, parafraseando a un estadista británico, que «la civilización actual navega en un mar de petróleo».



La nacionalización del canal de Suez por los egipcios y el subsiguiente conflicto bélico han planteado a Europa uno de los más graves problemas de la postguerra. El solo hecho de paralizarse la ruta del Canal ha entorpecido el suministro de petróleo a Europa, creando en todas las naciones de este continente una psicosis de crisis. Industrias y transportes se han visto afectados por la escasez y se ha impuesto el racionamiento tanto de gasolina como de sus derivados. El hombre de la calle ha quedado sorprendido. ¿Qué ocurre? ¿Está abocado nuestro mundo a un desastre por falta o deficiencia en el suministro de petróleo? ¿Dependemos exclusivamente de los pozos del Oriente Medio? Tales incógnitas pretendemos desentrañar en el presente artículo. La vía de Suez es la más importante para Europa en el tráfico de tan preciado combustible, pero desde luego no es la única. Las reservas mundiales garantizan la regularidad de la producción, y en caso de que éstas se agotaran, quedan zonas por explotar, que devolverán al mundo el equilibrio. El racionamiento de petróleo responde a una medida preventiva por parte de los Gobiernos; pero aun suprimiendo la ruta de Suez y la producción del Oriente Medio, América está en condiciones de suplir este vacío. No es sólo la espléndida realidad de los Estados Unidos, Canadá y Venezuela; las posibilidades de México, Argentina, Colombia y otras Repúblicas americanas responden también de la normalidad del consumo.

El problema que sobre Europa gravita es en cuanto al suministro de petróleo en bruto, pues todos los países están en condiciones de refinar el necesario para sus gastos. En España, concretamente, contamos con las refinerías de Canarias y Cartagena (Escombreras), que bastan para nuestras necesidades. El 46 por 100 de la producción mundial de petróleo en bruto se extrae en América del Norte, y si utilizábamos el procedente del Oriente Medio era por su cercanía y correspondiente baratura del transporte. Ha bastado una orden del Presidente Eisenhower para que América, de su elevado tanto por ciento, suministre a Europa petróleo mientras se normaliza la situación del canal. No estamos, pues, ante una crisis de petróleo; estamos ante una situación de emergencia nacida de un conflicto político pasajero. Refuerza nuestra afirmación el estudio estadístico que acompañamos, y los gráficos demuestran que el consumo de petróleo hoy en el mundo está garantizado por la producción de los Estados Unidos, aunque se manifiesta la urgencia de captar a los pueblos árabes del Oriente Medio para asegurar nuestras reservas.

RESERVAS MUNDIALES DE PETROLEO

En 28.000 millones de barriles se valoran las reservas mundiales de petróleo en la actualidad. Aparte de los pequeños yacimientos de Africa, Asia y Europa (2 por 100), la reserva está repartida en cuatro grandes grupos:

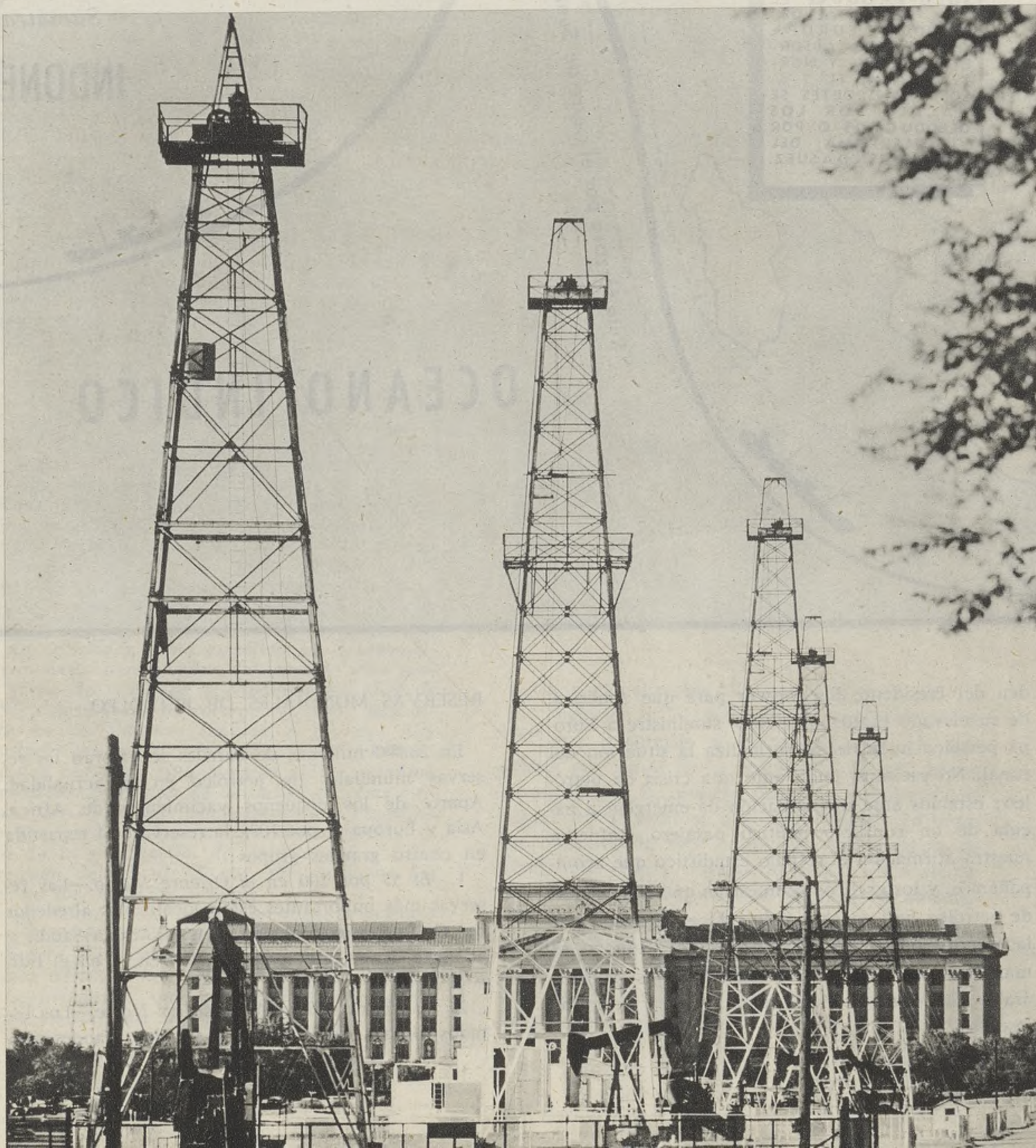
1. *El 55 por 100 en el Oriente Medio.*—Las reservas más importantes están localizadas alrededor del Golfo Pérsico: al oeste, en la Arabia Saudí, y al norte, en el principado de Koweit, y en el Irán y el Irak.

2. *El 20 por 100 en América del Norte.*—Los Estados Unidos tienen situados los dos grandes gru-



Pozo de petróleo en el golfo de México, cerca del Estado sur de Louisiana. Cincuenta pozos continentales han sido abiertos allí en los cinco últimos años.

En los jardines del edificio del Gobierno del Estado de Oklahoma, cuarto productor de petróleo de EE. UU. en 1950, se alzan estas torres extractoras.



pos de reservas en la llanura interior (Kansas-Oklahoma) y en la región del golfo de México. Otro foco importante radica en California y se prolonga bajo el mar desde los alrededores de California. En Canadá, el yacimiento más importante se encuentra en la región de Edmonton (Alberta).

3. *El 15 por 100 en la U. R. S. S.*—Las reservas soviéticas están dispuestas en dos grandes grupos: el grupo caucasiano del oeste (Bakú número 1), que tiende a extinguirse, y el grupo uraliano del este, que se extiende desde el Volga medio (Bakú número 2) hasta la orilla del mar Caspio.

4. *El 8 por 100 en Hispanoamérica.*—Las tres cuartas partes de las reservas están concentradas en Venezuela, sobre todo en la región del lago Maracaibo. Se señalan también algunos yacimientos dispersos en algunos países de Hispanoamérica (Argentina, México, Colombia, etc.), de posibilidades máximas.

LA PRODUCCION DE PETROLEO

La producción mundial de petróleo ha progresado considerablemente en los últimos años. En 1952 estaba calculada en 618 millones de toneladas, y en el año pasado ascendió a 763. Fuera de los pequeños yacimientos del Extremo Oriente (2,5 por 100) y de Europa Occidental (1,5 por 100), se señalan cuatro grandes zonas de producción:

1.ª *América del Norte (46 por 100 de la producción mundial).*—Los Estados Unidos son de siempre los primeros productores de petróleo del mundo (333 millones de toneladas). Las dos terceras partes de la producción norteamericana están localizadas en los yacimientos de la gran llanura interior—ya citada—y a lo largo de la costa del golfo de México (Texas-Louisiana). El resto se produce en el sur de California, y en Canadá, en la llanura de Alberta (región de Edmonton).

2.ª *Oriente Medio (21 por 100 de la producción mundial).*—Los países árabes del Oriente Medio continúan la producción con ritmo creciente. Koweit y la Arabia Saudí producen cada uno un tercio de la producción de su zona; el complemento procede del Irán e Irak. En total, 162 millones de toneladas.

3.ª *Hispanoamérica (18 por 100 de la producción mundial).*—Venezuela domina netamente a Hispanoamérica con sus pozos del lago Maracaibo (de los 141 millones que produce esta zona, 111 corresponden a Venezuela). Aparte de esta nación, hay que señalar a México, de producción creciente, más dos pequeñas zonas de producción dispersas por el continente.

4.ª *Rusia y el Este, telón de acero (11 por 100 de la producción mundial).*—La U. R. S. S. ha producido en el año último 70 millones de toneladas. El 60 por 100 de esta producción proviene de los yacimientos uralianos del Este, de gran extensión. Rumania aporta al bloque soviético un suministro útil de 10 millones de toneladas.

EL COMERCIO DEL PETROLEO

El comercio del petróleo en bruto, modalidad preferente de exportación, es importante. Representa el 30 por 100 del petróleo producido en el mundo. A tres corrientes principales se dirigen los centros de producción hacia los centros de refinamiento:

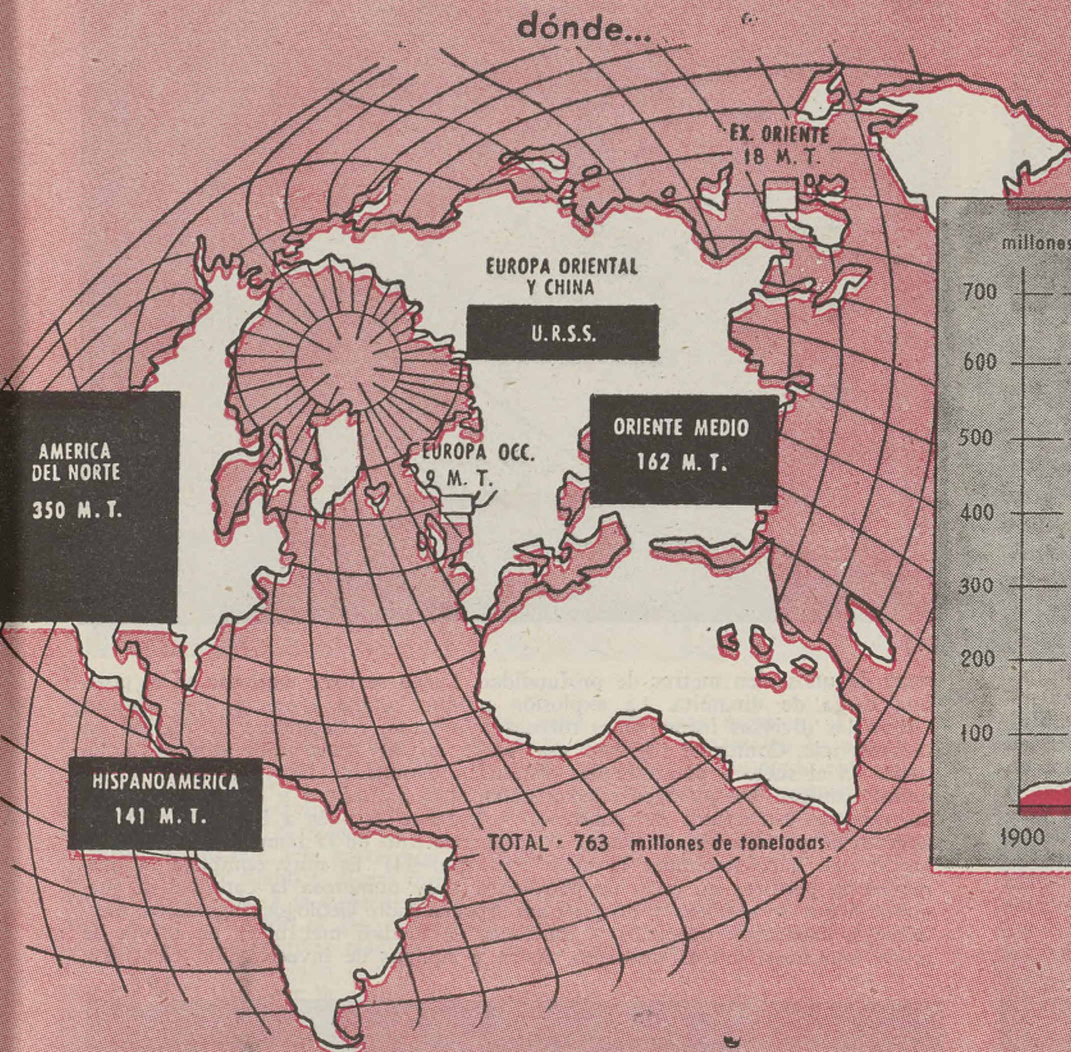
1. *De Oriente Medio a Europa Occidental.*—Esta corriente transporta anualmente 100 millones de toneladas. El 60 por 100 pasaba por el canal de Suez, antes de su nacionalización, con destino a Europa. Procede en primer lugar de Irak y luego de la Arabia Saudí y Koweit.

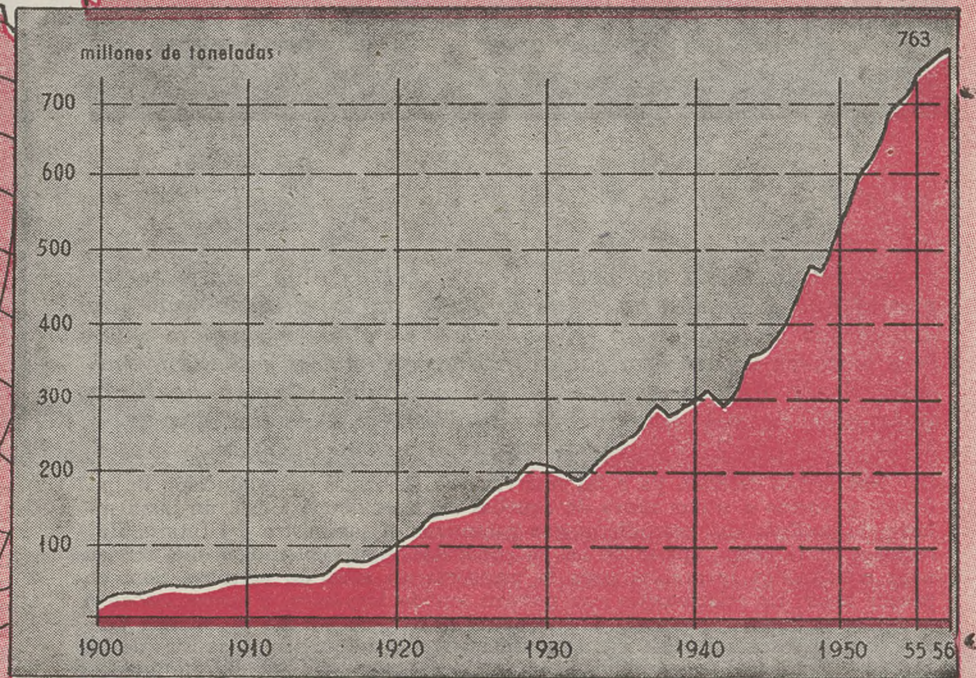
2. *De Venezuela a los puertos de la costa atlántica de los Estados Unidos.*—Transporta esta corriente 50 millones de toneladas. Estos puertos acumulan la producción de las grandes regiones petrolíferas americanas.

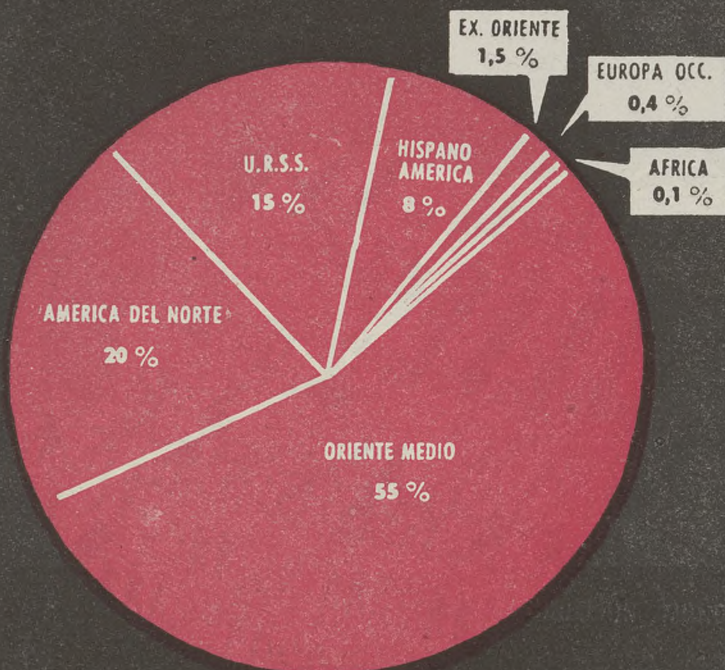
3. *De Venezuela a los centros refineros de la región del Caribe.*—Cincuenta y cuatro millones de toneladas transporta esta vía. Su camino natural es desde los países hispanoamericanos situados alrededor del golfo de México y del mar de las Antillas a la región del Caribe.

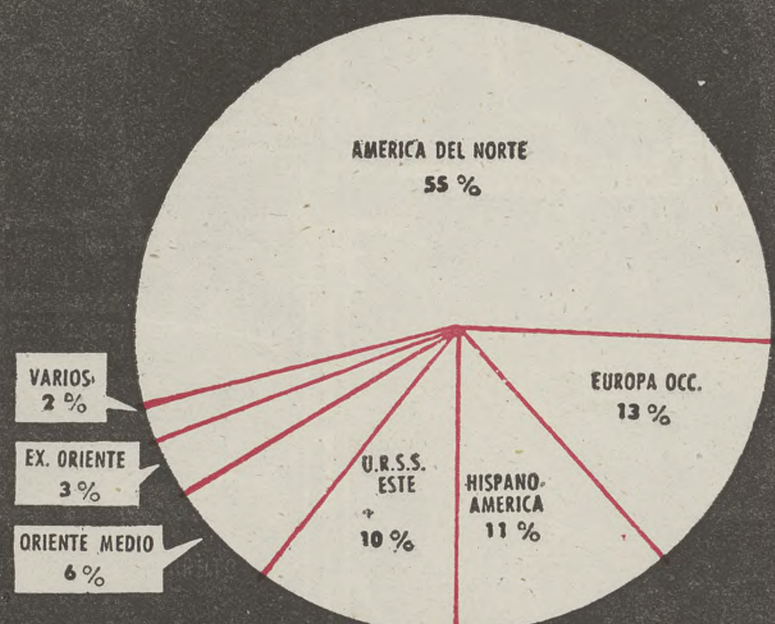
EL PETROLEO EN ESQUEMAS

PRODUCCION MUNDIAL DE PETROLEO BRUTO

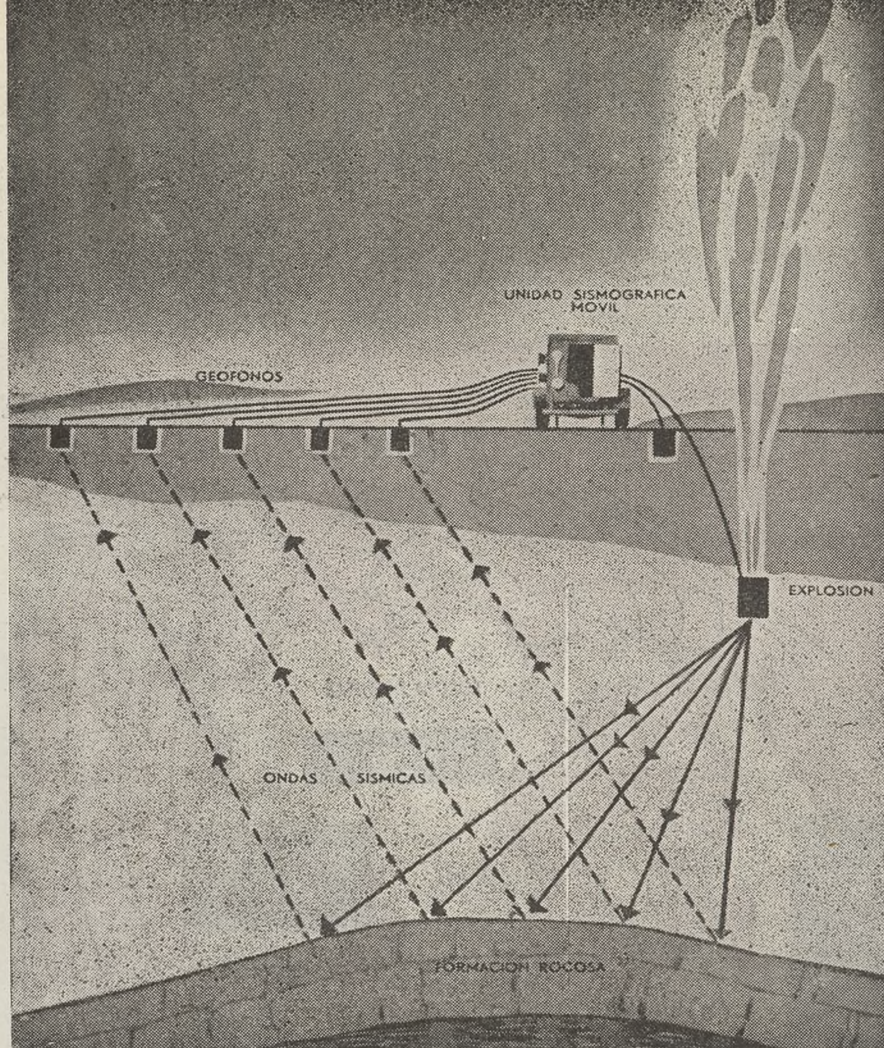








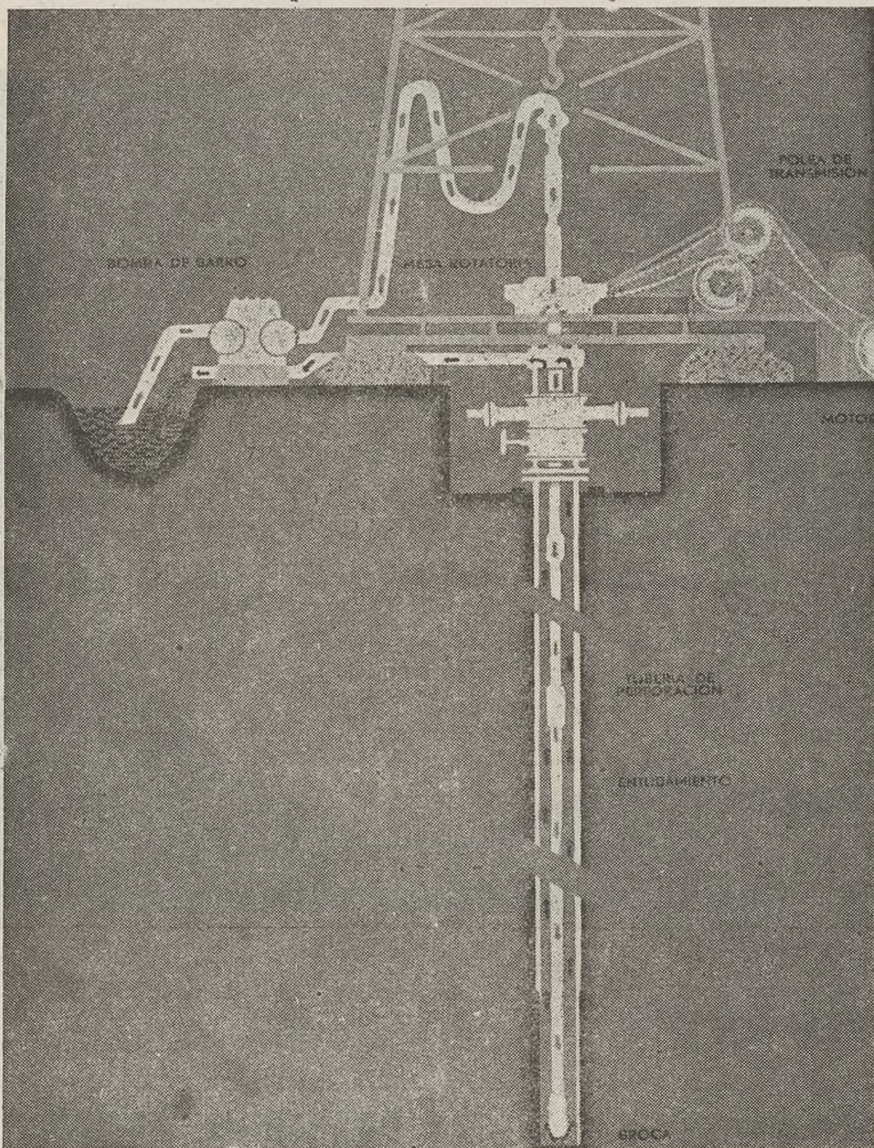
DEL PETROLEO A LOS DERIVADOS



(2)

La importancia del petróleo en nuestros días está suscrita por el hecho de que la tercera parte de la energía que hoy utilizamos se obtiene de él. Por ello queremos ofrecer a nuestros lectores un estudio somero de su obtención y transformación, desde que es registrado un pozo de petróleo hasta la obtención de sus múltiples derivados que necesita el mundo.

(1) Nos hemos referido ya a las reservas y a las zonas de producción de petróleo, y vamos a tratar ahora de aquellas regiones donde existe un buen número de posibilidades petrolíferas que garantizan el suministro del futuro. Hay regiones de la tierra, aparte de las ya conocidas y en explotación, que reúnen unas condiciones favorables para la presencia en ellas de petróleo. Son, en primer lugar, las relacionadas con nuestro mundo hispánico, y corresponden a la zona del Caribe, Venezuela, Colombia, el oriente de México y América Central, más la costa norteamericana próxima al golfo de México y las islas de las Indias Orientales. Las posibilidades de estas regiones son tan extraordinarias, que responden a las mayores demandas de petróleo.— (2 y 3) Los procedimientos seguidos hasta el presente para encontrar petróleo son los conocidos por «métodos sismográficos». Son los que usan los geólogos para hallar estructuras favorables a la acumulación de este carburante. Primero se perfora un pozo de unos cien metros de profundidad. Luego se hace explotar en el pozo una carga de dinamita. La explosión produce ondas sísmicas, que chocan contra las diversas formaciones rocosas y rebotan, reflejándose de regreso en la superficie. Conforme regresan, esas ondas inciden sobre unos geófonos colocados en el suelo a determinadas distancias. Estudiando las velocidades de las ondas sísmicas, los geólogos pueden conocer la naturaleza y características de las diversas estructuras del subsuelo. Se procede después a la instalación del aparato de perforación, así como al emplazamiento de la bomba de barro y el motor que hace funcionar la mesa rotatoria.—(4) Es muy compleja la operación de perforar un pozo de petróleo y muy numerosa la cantidad de maquinaria que se requiere y de personal especializado. Geólogos, ingenieros, electricistas, capataces, operarios y toneladas de medios mecánicos en forma de grúas, camiones, brocas, cemento, acero y equipos de investigación científica,



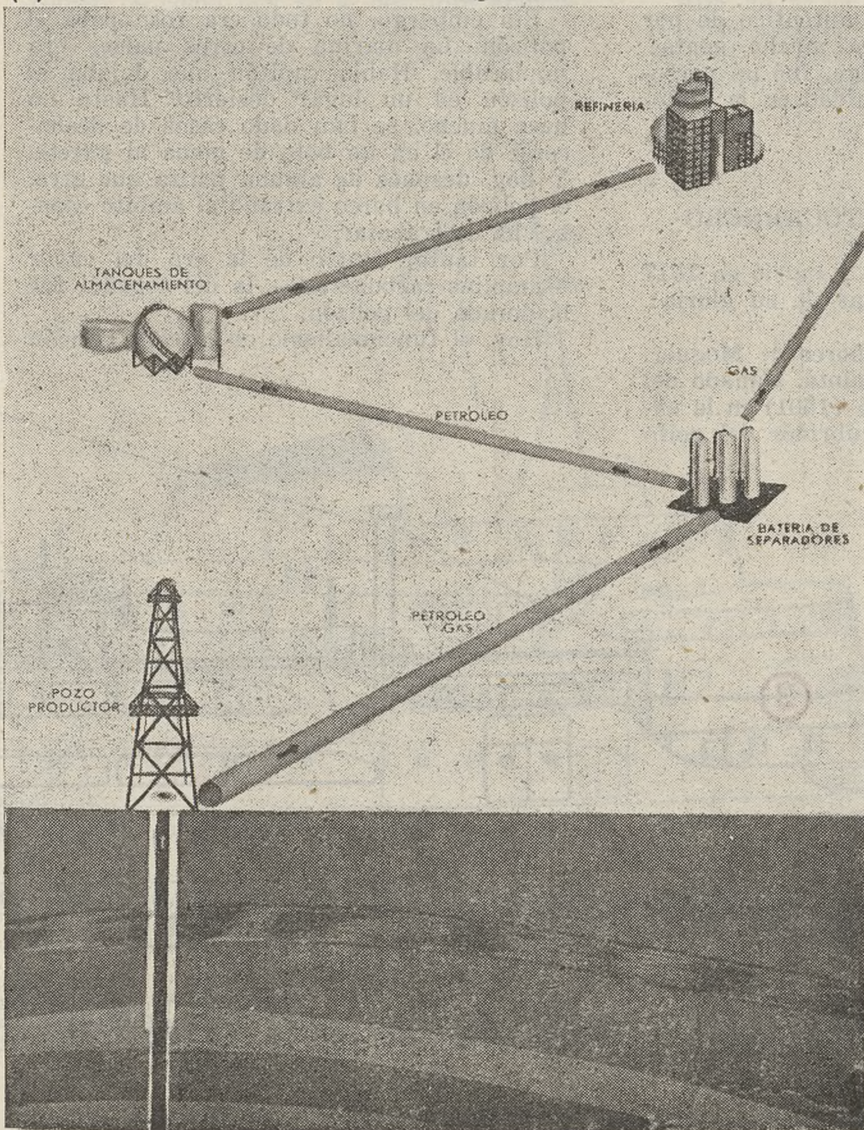
(3)

(4)

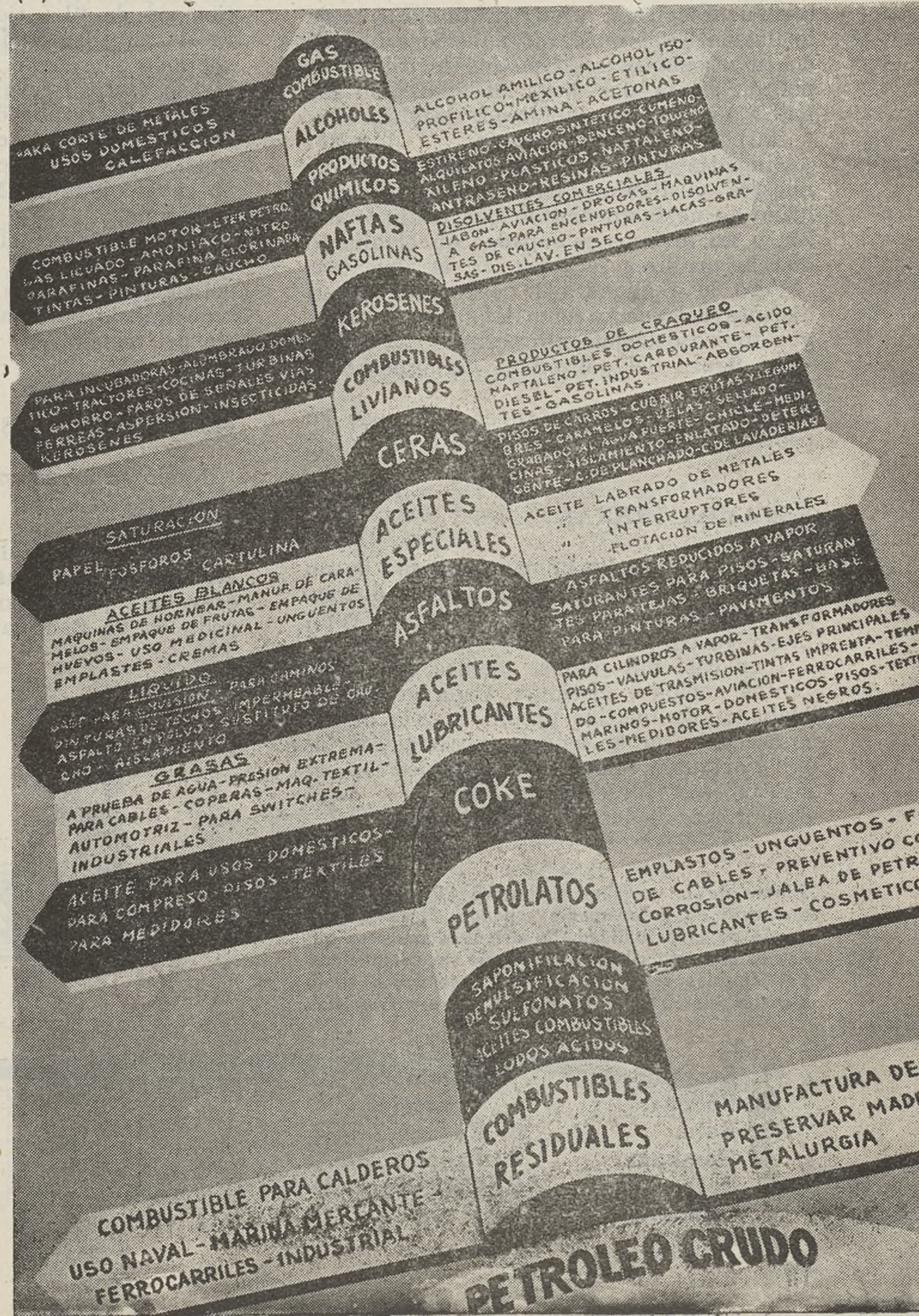

(1)

así como grandes cantidades de cemento, agua, sustancias químicas y minerales, participan en una perforación destinada a buscar el petróleo en el subsuelo. Los costos de esta operación son, pues, considerables. Sirva de ejemplo, sin contar los gastos de los estudios preliminares, el primer pozo de explotación perforado en Sechura (Perú) en 1953, y que costó cinco millones de soles, no hallándose después petróleo.—(5) Una vez localizado el petróleo y perforado el pozo, se procede a la extracción, separándose como medida previa el petróleo propiamente dicho y el gas que le acompaña. El petróleo y el gas, que salen conjuntamente a la superficie, son conducidos a una «batería de separadores». De allí, desviado el gas, el petróleo pasa a tanques de almacenamiento y luego a la refinería, para transformarse en productos elaborados.—(6) Refinado el petróleo, operación que hoy se realiza en la mayoría de los países, se extraen de él una serie de combustibles útiles para nuestras necesidades. En las refinerías se termina el proceso petrolífero, y del petróleo crudo o bruto obtenemos toda esa gama de productos elaborados y sin los cuales apenas podríamos desenvolvernos en el mundo. Por eso al petróleo se le llama «oro negro».

(5)



(6)



VASCO NUÑEZ DE BALBOA, PRIMER POLIZON TRASATLANTICO

ESTAN CONTADOS LOS DIAS DEL POLIZON IRRESPONSABLE

LOS VAPORES ESPAÑOLES A CARBON, BARCOS DE LA EDAD DORADA DEL POLIZONAJE

HISTORIA Y OCASO DEL POLIZON

POR MANUEL-FERNANDO AREVALO

TODOS deseamos alguna vez ir de polizón. No soñar con la quimera y el riesgo es nacer tan frío como un caracol con su casa a cuestas, de vida vulgar.

A quien la vida circundante le rompió, con su prosaísmo, la sugerente caracola de la ilusión, se le quedaron adheridas un par de interrogantes: saber qué le ocurre al polizón hasta que llega al otro lado del mar y una íntima, inefable y decidida simpatía por el éxito del galopín.

Simpatía que, indudablemente, nace de nuestra pusilánime irresolución, transida luego de nostalgia por lo que pudimos hacer y no hicimos y aupada con el aliento que la madurez le presta a la juventud.

Pero la realidad del polizonaje es tan distinta del sueño como lejana es la imagen tópico del momento actual.

La figura del polizón se extingue sobre los mares.

Hora es ya de contar en estampas su pequeña historia.

ESTAMPA INICIAL

Fué el mayor lío humano a bordo de un buque. (La acción, en plena guerra última, sobre la mar y en un barco español, rumbo a Nueva York.)

Iban casi mil judíos, nacidos en veintitantas naciones distintas. Cada grupo hablaba un galimatías propio, mezcla de ramificaciones de su lengua ancestral con las mil variantes idiomáticas y dialectales de sus países. Hubieron de habilitarse como dormitorios incluso algunas bodegas.

Ellos no se entendían entre sí. Mucho menos con la tripulación. Por esto pudo ocurrió lo que sucedió al llegar a Nueva York.

A la sombra de la ansiada estatua de la Libertad se oyó la voz de mar llena de angustia:

—¡Hombre al agua!

El barco paró, dispuesto al socorro. Pero no llegó a tiempo. Una veloz motora de la Policía portuaria se acercó antes y se lo llevó.

Sin embargo, a la hora de comprobar el salto a tierra de cada judío no faltaba uno. La tripulación seguía completa hasta el último marmitón.

Era un polizón, que, al regreso, fué retornado a España.

Era un muchacho catalán, que se escurrió a bordo en Barcelona y aprovechó el lío babélico para viajar como otro pasajero más.

Don Francisco Serra—uno de nuestros más prestigiosos capitanes—afirma que, entre los varios casos de polizonaje que se le dieron a lo largo de su vida sobre el mar, acaso sea éste el único en la historia en que un polizón hace vida de pasajero y llega sin ser descubierto hasta el final.

Lo malo para este chico, como para tantos que sueñan con irse de polizón, es que la vigilancia en los países de recibo contra la entrada clandestina está en razón directa a la apetencia de penetrar. Los tiempos de "La tierra de todos" no son ya de aquellas facilidades. Y desde luego no pudo ser cierto lo que noveló el maravilloso escritor levantino sobre el viaje de Colón: disfrazaba de grumete de la *Santa María* a una adolescente. Imposible. En las cáscaras de nueces que eran las naos del XV no cabía disimulo. Mucho menos, escondrijo alguno.

Y no obstante, el caso auténtico de por aquellas fechas lo ignora mucha gente; polizón que, además y luego, fué un personaje tallado para la eternidad en la historia del mundo.

EL PAJE DE LOS PORTOCARRERO

Nació en Jerez en 1475 y murió en 1517 de un modo atroz, a pesar de su gloria: decapitado.

Paje de tal familia, señores de Moguer, vivió la mocedad más disoluta. Ganado del afán de riquezas, embarcó (1501) en la expedición de Bastida, descubridor del golfo de Urabá. Al poco, rico, se estableció en La Española con una granja en aparcería con indios. Y hombre muy de la época, fracasó y se arruinó.

Entonces decidió probar fortuna otra vez agregándose a cualquier expedición. Pero se lo impedía el Almirantazgo prohibiendo embarcarse a quien tuviera en Indias deudas sin saldar.

El hombre burló las leyes, a los acreedores y la vigilancia en aquellos cascarones de la época y se escondió en un barril. Corría el año 1510.

Naturalmente, fué descubierto en seguida. Enciso, el jefe expedicionario, se enfureció de tal modo, que le quiso abandonar en el primer lugar desierto. Pero la simpatía obtenida de la tripulación y la maña que se dió con Enciso le valieron para acabar considerado como uno más.

Pocos años después, aquel paje de Jerez descubría el mar del Sur, el Pacífico actual.

Aquel primer polizón de la historia trasatlántica fué Vasco Núñez de Balboa.

HASTA LA EDAD DORADA DEL POLIZON

Siempre hubo polizones de todas las edades. Pero la corriente es de dieciocho a veinticuatro años. Y la gráfica de su afluencia sube y baja con el auge y decadencia del barco a vapor.

Eran los tiempos en que el Rhur, Sheffield, Riotinto y Cardiff daban productos abundantes y baratos. Aquellos astilleros ingleses botaban naves amplias, con sitio sobrado para todo. Los capitanes—los españoles más que nadie—eran de una gran benevolencia. Y en los puertos de llegada, lo necesario para la nación era eso justo: hombres.

Sin embargo, no todo era rosa para el polizón. La marina de otros países era implacable. Había capitán que dejaba al polizón en un lugar desierto. Hasta no hace mucho, se han dado casos de deshacerse de él en un bote de goma al garete. Y hoy, después de alguna paliza que otra, el polizón en barco extraño al ámbito español ha de trabajar.

Por tanto, dentro de la era del vapor —amplias carboneras—, la del español fué la dorada del polizón.

Hoy, el funcionalismo en la construcción de buques, cada vez más escuetos, lo será mucho más todavía. Acabará por ser raro el barco que lleve ratas. Y contra la vieja facilidad para esconderse, la tolerancia al aparecer y la vista gorda para desembarcar, existen actualmente mil filtros para subir a bordo: imposibilidad de escondrijos, descubrimiento fácil, aprehensión inmediata y retorno a la vuelta. Para que pague lo que debe.

Porque la simpatía por el galopín tiene un límite que conviene conocer.

CUENTO ROMANTICO DE UN ESLOVACO

Don Dimas estaba en Génova mandando el buque-escuela *Estrella Polar*. Vió a un alumno suyo hablando en el muelle con un sujeto alto y rubio y le advirtió:

—Cuidado con enternecerse.

—Descuide, capitán.

No hizo más que zarpar el buque y se descubrió un polizón. Era el sujeto alto y rubio. Un eslovaco huído.

—Dígame la verdad—le gritó el capitán al estudiante—: usted le ayudó. Si no, imposible.

—Sí, señor. Me contó que tenía la novia en Galicia...

Al blando muchacho le costó un disgusto enternecerse antes de ser lobo de mar.

VISION REAL DE POLIZON

El montón de la gente, con su carga general de ilusiones frustradas, ve al polizón con simpatía. Pero es porque se le ve lejano, sobre los mares y no en la ciudad.

El polizón es un ser humano. Como a tal, una vez descubierto, ha de dársele de comer. Y como hoy se le descubre apenas zarpa el buque, ha de ir comiendo hasta que se le retorna al puerto de origen. Y todo a costa del prójimo.

El prójimo de tierra que mira con simpatía al polizón debe pensar—como lo dice el dueño del buque—la gracia que ha de producir que se cuele una temporada en el piso del admirador el primer iluso que pase por la calle y decida subir.

Esta plasmación jurídica remata el fin del polizonaje.

ESPAÑA CASTIGA EL ABANDONO DE POLIZON

El carguero navegaba de Valencia a Rotterdam. Poco antes de pasar por Almería se descubrió un polizón.

Este capitán, hombre miserable y ruin, más atento a defender los intereses de los armadores que la paz de su conciencia, le ordenó al agregado, alumno de Náutica en prácticas:

—Dentro de un momento estaremos a la altura de Los Escullos, una playa desierta. Nos quedaremos medio fondeados. Coja usted un bote y suelte allí al polizón.

—Pero, capitán, le podemos dejar en Almería.

—No. Tendríamos que pagar todos los derechos portuarios que usted sabe y nos saldrá más caro que llevarlo a Rotterdam y traerlo a Valencia.

El *Peña Agustina* paró, y el agregado cumplió la orden. Pero, al llegar a la playa, aparecieron unos carabineros. El alumno explicó. El jefe del puesto guardacostas fué sorprendido. Era el primer caso que se le daba. En fin, se hizo cargo de él.

A la vuelta de Holanda, el capitán se encontró con una multa y un expediente.

AGONIA LEGAL DE LA AVENTURA

Aun no se le dió carácter oficial a un reciente acuerdo internacional. Se trató en Madrid el año pasado durante una alta conferencia sobre Derecho marítimo. Lo propuso un eminente jurista naval, de gran apellido en los mares de la hispanidad: José Luis Azcárraga.

El polizón es un viajero sin billete. Nos debemos dejar de sentimentalismos y que lo pague como debe. No hay razón alguna para que estos viajeros sin billete viajen a costa de las compañías navieras, de tan legítima economía privada como la de un taxista. El polizón no es sino un simple estafador.

Este juicio pasa a la Conferencia de Bruselas. Después lo ratifican todas las naciones. Los días del irresponsable polizón están contados. Y precisamente España—por una razón humana llena de ternura—será la más beneficiada.

Puede que España sea la única que no hace ni siquiera trabajar al polizón. Esta vieja y tolerante simpatía llegó a ser tan consuetudinaria, que hizo ley. Y lo primero que sabían los polizones a bordo de un buque español era que, además de derecho a comer, lo tenían a holgar.

De esto se deduce algo maravilloso, y muchos capitanes con fama de coléricos y feroces se ruborizarán: en el almario de estos viejos lobos de mar hay corazones tan dulces como la guayaba.

UN ALEMAN HECHO UN CUATRO

Ocurrió en el *Escolano*. En un puerto transmarino había refugiados barcos alemanes. Horas antes de zarpar subieron a bordo un gran baúl, que debía ir a la bodega, a lo cual se resistieron los porteadores. La nariz del capitán se olió el contenido y advirtió a las autoridades del puerto:

—Desatracaré y fondearé un poco más allá. Si pito tres veces, acudan con la lancha. No queremos líos con gentes en guerra.

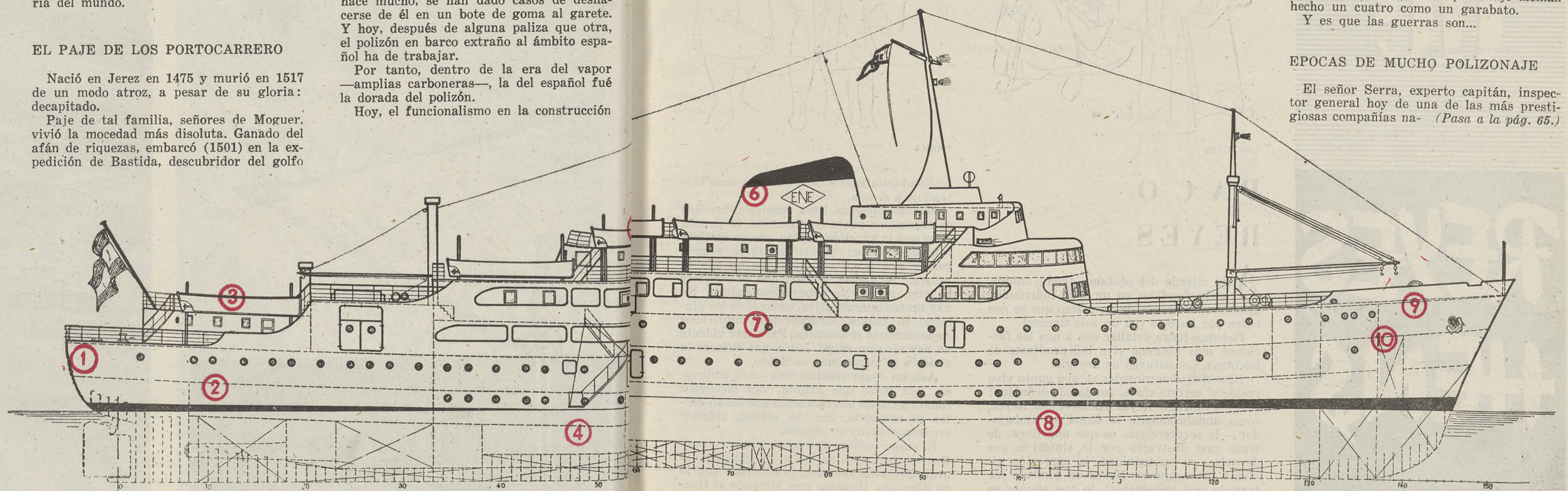
Soltadas las amarras, ordenó un registro del buque. Y en él, la apertura del baúl.

El capitán pitó tres veces. Del baúl había salido un larguísimo personaje alemán hecho un cuatro como un garabato.

Y es que las guerras son...

EPOCAS DE MUCHO POLIZONAJE

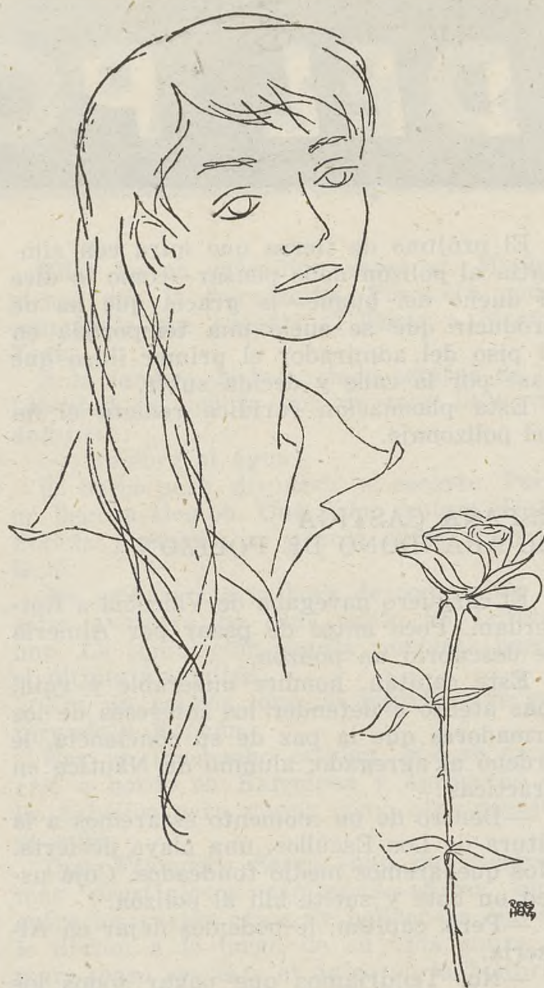
El señor Serra, experto capitán, inspector general hoy de una de las más prestigiosas compañías na- (*Pasa a la pág. 65.*)

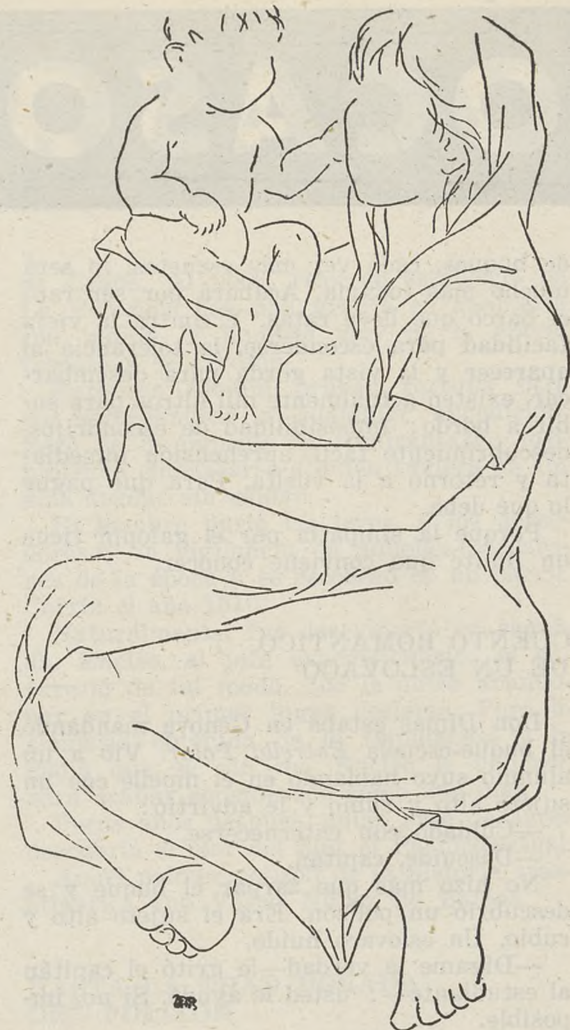


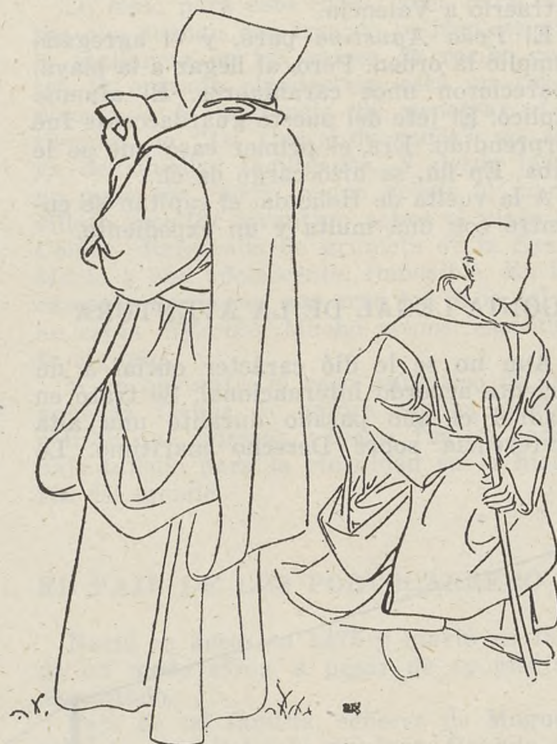
Silueta de la novísima motonave «Playa de Formentor», de la compañía española Elcano, navegando en la actualidad. Su diseño demuestra que hoy es casi imposible el polizonaje sin complicidad. Los círculos rojos indican los escondrijos tradicionales inasequibles al polizón de nuestros días.

1. Servomotor.
2. Bodega.
3. Bote.
4. Gambuza.
5. Bote.
6. Chimenea.
7. Camarotes del pasaje.
8. Bodega.
9. Pañol.
10. Caja de cadenas.

17 dibujos de REYES HENS


LA ROSA


MATERNIDAD


CARTUJOS


YERMA

PACO REYES

A la mirada del profano, ¡cuán unidos, cuán fundidos en un todo indivisible, aparecen los rasgos de un rostro que se nos entra por los ojos con un solo clamor!

Podemos luego detallar una a una las facciones, mas ninguna vive independiente de las otras. Constituyen un arpegio.

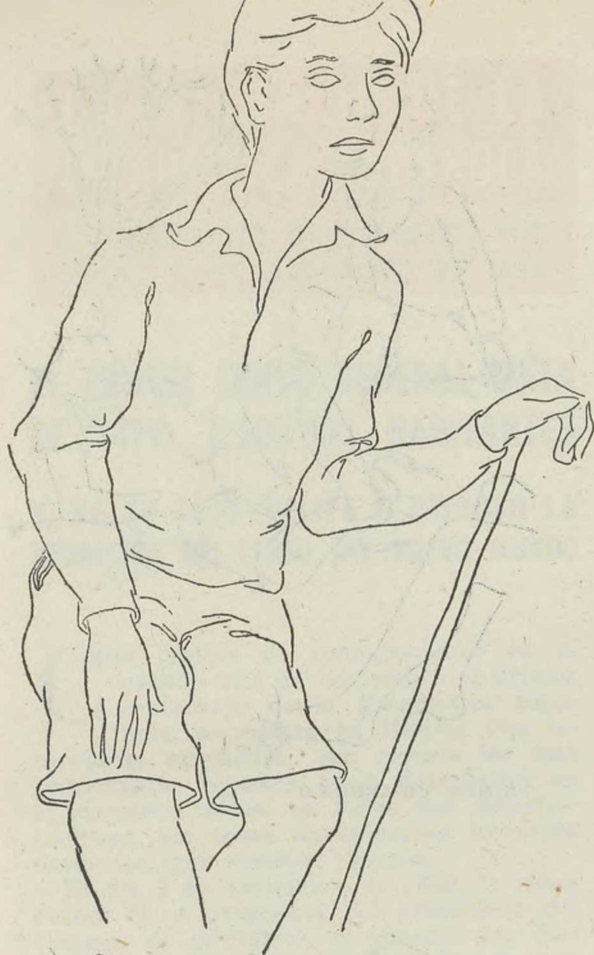
¡Qué difícil sorprender en qué punto vivo reside el secreto clave, revelador, definidor!

En Francisco Reyes Hens—Paco Reyes, como andaluzamente le llama su embajador— lo sorprendente es que una línea, de trazo casi abstracto por lo sintético, nos devuelve, en su tenuidad, la expresión viviente del conjunto. No es un símbolo ese trazado casi impalpable; lo que apunta es realidad quintaesenciada, que se mueve bastándose a sí sola.

Menuda, delgada línea indeleble, hendida en cristal con punta de diamante. El punzón tiene que ir impelido, regido, por un instinto rápido infalible; que si se desvía, echa a perder una placa sensitiva que no admite retoque. Si errase, tendría que recomenzar en otra plana. No cabe enmendadura. No hay tanteo aproximativo, como el de los pinceles, en toques superpuestos, imbricados como escamas relucientes. Para este vidente no hay sino un rasgo, único, que pasa de la visión a la mano como un flúido.

Así, un óvalo evasivo, una nuca insinuada, una mano que palpita, van diseñados como signos de interrogación que llevan dentro su respuesta. Son, en verdad, aciertos evocadores como un sésamo.

El rasgo endilga apenas el camino visual. Dentro del papel se halla, en filigrana, la urdimbre vital que une lo dibujado con lo no dibujado. Dijérase que, mirando al tras-



NIÑO CIEGO



ADOLESCENCIA



EL PADRE



SEGADOR



CABALLO Y NIÑOS



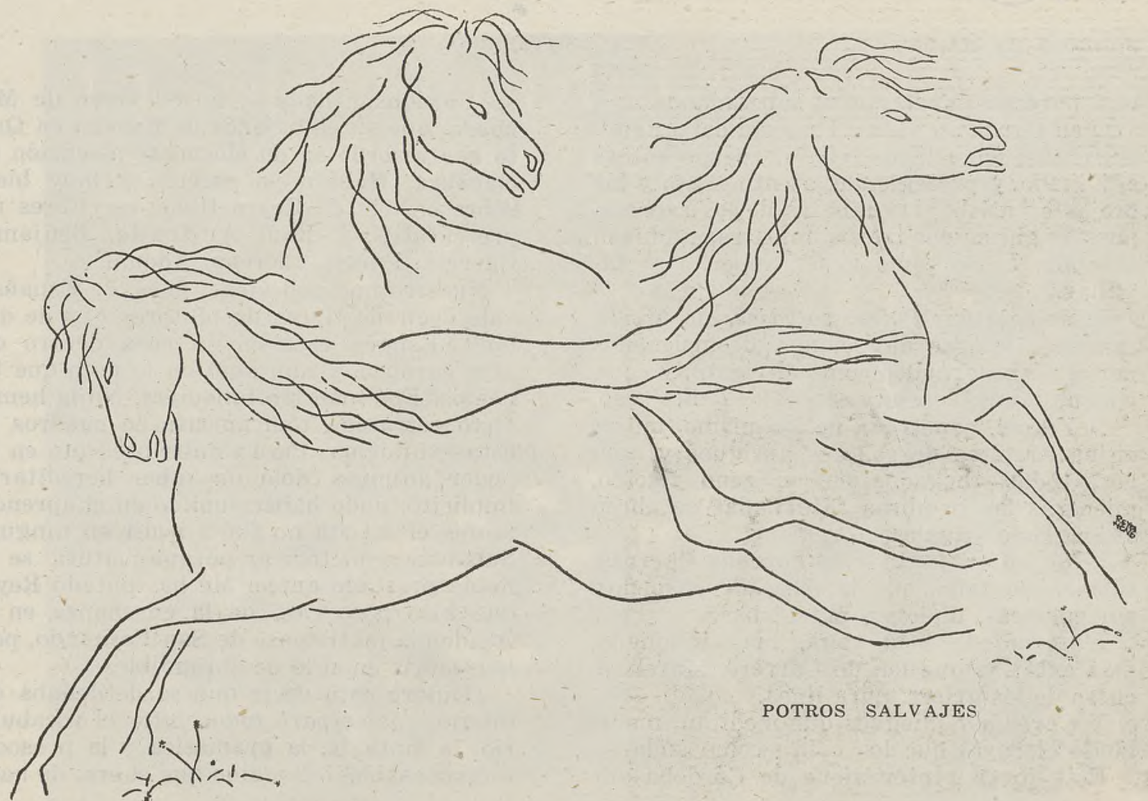
ANGELES MUSICOS

luz, la transparencia va a mostrarnos lo no aparecido, y que nada falta, que en la haz tocada apenas ya está todo.

En *El niño ciego*, con los ojos vacíos como la cuenca de las estatuas griegas, de mirada inmortal y sin pupila. En su sola expresión atónita, más que en la córnea yerta, se ve que es ciego, y mueve a compasión sin más que su inmóvil patetismo.

Los *Angeles músicos*, de Reyes, nos vienen directamente de Fra Angélico, despojadas de oro y azul las vestiduras. No tendría sino que recubrirlas de minio y de lapizlázuli para ornar mayúsculas de misal, o devolverlos a sus cuadros primitivos de Fiésole o Cortona: a colgar del aire su ingrávida levitación.

Su *Niña con muñeca*. Ya la muñeca no la divierte. La deja inerte en la falda. Por la ventana entreabierta—ventana viviente en la pared como un llamamiento—se le entra el campo, se le entra el mundo, y su alma, pequeñita e ignorada, que aflora ape-



POTROS SALVAJES



NIÑA CON MUÑECA



PUBERTAD



PRIMER CIGARRILLO



DOMINGO DE RAMOS



CANTABRICO



PEQUEÑOS PESCADORES

nas, parécele exhalarse no sabe adónde.

O su *Caballo y niños.* La testa del animal, engallada, engatillada, con el cuerpo entero adivinado, y protegiendo, atento el ojo y las orejas en atisbo, las cabezas de los rapaces, puestas ahí en dos trazos, mientras admiran al noble bruto como a ser superior y familiar.

U otro cartón: *Potros salvajes,* que arrancan en distintas direcciones, desmelenados por el viento, raudos como el viento, y componen, flamígeros, una escena de *ballet* ruso.

O *Yerma,* penetrada de lorquismo, mujer enjuta, repleta de sollozos antiguos y nuevos, todos ahogados en su seno flácido, mientras las hembras fecundadas se abren al sol como trigales no segados.

Y *La rosa:* junto a la doncella, la rosa, sola en su tallo, que la mece de ensueño; sin palabras, dialogan entrambas.

Maternidad: más vaga, más inundada, más extática que las de Carrère, sin el recurso de los grises, pura línea.

Y *Cartujos:* pliegues que meditan, modelando el sayal que los cubre como sudario.

Este joven pintor viene de Córdoba—de su Córdoba callada—, la del verso de Machado, que su embajador de España en Quito nos recordó en su elocuente alocución de clausura. Habían ya escrito, y muy bien, sobre el arte de Reyes Hens, escritores representativos: Raúl Andrade, Benjamín Carrión, Pareja, Llerena, Adoum.

Nuestro huésped viene, pues, de España; vale decir de tierra de pintores (¿y de qué no?). España está en su casa dentro del arte europeo, y aun aquí en lo poco que tenemos. Fué maestra universal. No la hemos visto retratada tópicamente en cuadros de esta exhibición. Pero estaba presente en su poder anímico. Sólo un saber hereditario, implícito, pudo haber suplido en el aprendiz lo que el artista no fué a pedir en ninguna Salamanca pictórica, porque natura se lo había prestado antes. Me ha contado Reyes que hizo poco caso de la enseñanza en la Academia matritense de San Fernando, porque sentía en sí lo no aprendible.

¿Quiere esto decir que se desdeñaba del dibujo, que es *para todo pintor* el vocabulario, la sintaxis, la gramática y la prosodia indispensables? No, sino que él era, de nacimiento, dibujante intuitivo, extremo y extremado.

Su dibujo, sin ser prolijo, es quintaesencial. Es, en su mano, lo que la guitarra en manos de Segovia. Recuerdo haberle visto a Segovia, solo, solito, con su alma y su guitarra, perdido en el inmenso proscenio de la inmensa sala Pleyel, y lanzarse a la conquista de París con tan flébil—y allí tan desusado—instrumento. Al rasguear su guitarra, como para despertarla, y desde el inicio mismo de un preludio, sobrecogió al público distraído. Y ni una nota se perdió en el ámbito desmesurado. De ahí salió Ravel con la revelación de ese ultrasón...

Como cuerda que, pulsada por Segovia, huérfana de orquesta, se acompaña sola, con la propia multitud de voces que suscita del seno, al parecer hueco y vacío, de su guitarra solitaria, así el lápiz de Paco Reyes queda vibrando en el mínimo recinto de este álbum.

GONZALO ZALDUMBIDE

I CENTENARIO DE LA ESTADISTICA ESPAÑOLA

FUE INSTITUIDA OFICIALMENTE POR ISABEL II EN NOVIEMBRE DE 1856

EL PRIMER CENSO GENERAL DATA DE 1479: 7.500.000 HABITANTES

Y, YA EN 1572, FELIPE II DISPUSO LA REDACCION DEL CENSO DEL NUEVO MUNDO

Con motivo de conmemorarse en el pasado mes de noviembre el primer centenario de la Estadística española, se celebró en Madrid una interesante exposición, que recogía los más importantes aspectos de la Estadística en el momento actual en todas sus manifestaciones, así como su evolución histórica desde los más remotos tiempos.

El día 3 de noviembre de 1856, la reina Isabel II, a propuesta del presidente del Consejo de ministros, el general don Ramón María Narváez, firmó el decreto por el que se creaba la Comisión de Estadística General del Reino, punto de partida de la organización oficial de la Estadística española, que ya contaba con antigua y noble tradición.

No quisiéramos extendernos respecto a la antigüedad de la Estadística en el mundo, y como muestra preferente recordemos que, por ir a empadronarse y así cumplir lo dispuesto por el César para hacer el censo del Imperio, nació precisamente en Belén el Hijo de Dios. También de tiempos romanos es el primer censo que se conoce en España, aunque fuera de una manera primitiva e irregular. Durante la monarquía visigoda ya se llevaba en España alguna cuenta o registro para establecer y conservar la separación entre las personas y propiedades de conquistadores y vencidos, para hacer efectiva la "captación" que gravaba a los judíos y para otros fines semejantes. Pero es durante la Reconquista cuando la Estadística en materia de censo se acrecienta, pues es la base necesaria para imponer las tasas y subsidios. Los Reyes Católicos ordenan la confección de un censo general de sus reinos, que se realiza en 1479 y que arroja una población de 7.500.000 personas. A partir del reinado de estos monarcas, la Estadística se convierte en una ciencia semioficial y a ella recurren los gobernantes en demanda de noticias. Bajo el reinado de Felipe II, la Estadística toma carácter, y el rey, minucioso en todos sus extremos, manda cumplimentar unas "Relaciones Topográficas-Estadísticas" para saber la situación de sus reinos en muy diversas materias. Son verdaderamente sabrosas estas "Relaciones", donde se pide información a cada provincia sobre "qué complexiones tienen los de aquellas tierras", "cómo se castigan los adulterios", "cómo proveen para el gasto de la leña, y de qué cosa hazen lumbre", "cómo se prueba la nobleza", "qué diferencias hay entre los nobles y plebeyos, en privilegios, oficios, trajes, etc., assí de hombres como de mujeres", extractando estos datos de una relación bien cumplida. Y es este mismo rey, el gran burócrata de la casa de Austria, quien en 1572 ordena la redacción del censo en las Indias y de las relaciones de estos reinos con un espíritu similar al que le dictó las "Relaciones" metropolitanas. Con suerte desigual, mimada unas veces y otras desechada, la Estadística ve discurrir los siglos siguientes con pequeñas modificaciones, que alargarían innecesariamente este artículo divulgador. (*Pasa a la pág. 63.*)









EL PALACIO NACIONAL DE MADRID

El Salón de Gasparini, obra máxima del rococó

El lujo que Carlos III impuso en las residencias reales era un medio de infundir fuerza a los gremios, valorando el interés de la obra artística y artesana

POR LUIS G. DE CANDAMO



EL Real Palacio de Madrid conserva la sensibilidad y aliento de los admirables reyes del barroco, a quienes España tiene mucho que agradecer. La actividad ilustrada de Felipe V, Fernando VI y Carlos III cambió la fisonomía de las ciudades españolas, depuró muchos conceptos envejecidos, tanto desde el punto de vista estético como desde el social, y colonizó el país, sembrando la inquietud por realizar una gran patria de costas adentro en una nación agotada por su excesivo esfuerzo centrífugo. De estos soberanos, Carlos III es, seguramente, el más renovador y constructivo. Contribuye a sus aciertos la formación adquirida en esa especie de gran viaje de estudios que fueron para él sus experiencias como duque de Parma y rey de las Dos Sicilias, tronos en que pudo ensayar sus aptitudes de gobierno antes de ocupar el grandioso y complicadísimo de España y de sus Indias.

Cuando Don Carlos de Borbón dejó de ser Carlos VII de Nápoles para convertirse en Carlos III

Sobre la chimenea aparece el prodigioso reloj de autómatas de Jacquet-Droz conocido universalmente por «El Pastor», que asombró a Fernando VI y a sus cortesanos por su originalísimo mecanismo.

Una lograda unidad reviste el conjunto del salón. Las sedas bordadas que cubren las paredes constituyen una obra maestra de minucioso trabajo y su diseño juega con las tapicerías y estucos del techo.

Sobre la consola, una cabeza romana llevada a Madrid desde Nápoles por Carlos III, como recuerdo de las excavaciones que patrocinó siendo rey de las Dos Sicilias, antes de ocupar el trono de España.



de España, llevaba consigo un espléndido bagaje intelectual, con las preocupaciones universales por entonces del barroco, la ilustración y también de un moderado enciclopedismo. Todo ello había de servirle para transformar el país y que después de su reinado pudieran resumirse sus esfuerzos en esa sensación de poderío y eficacia que nos describe el historiador William Coxe: «La escena presenta a fines de Carlos III un cuadro totalmente distinto. Este mismo pueblo, debilitado al advenimiento de los príncipes de la casa de Borbón, recobra el lugar distinguido que merece entre las naciones de Europa. Un ejército de cien mil hombres; una marina como nunca había tenido España—ni en la época de la Armada Invencible—, compuesta de setenta navíos de línea y un número proporcionado de buques menores; la monarquía, aunque se había visto empeñada en guerras que comprometían sus posesiones de ultramar, señora de todo su territorio después de la paz de 1773; el soberano gozando del más alto prestigio personal con los reyes de Europa y árbitro de las contiendas de todos, por sus virtudes, por su edad y su probidad; la hacienda, en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administración interior; abolidas muchas trabas que oprimían la agricultura, la industria y el comercio; las artes, las ciencias y las letras, honradas, recordando los bellos días del siglo XVI y ofreciendo en algunas obras un modelo de exquisito gusto y una perfección que jamás habían podido alcanzar muchos de los autores antiguos; finalmente, una perspectiva de potencia, de paz y felicidad para los pueblos de la Península, a la sombra de un poder paternal y tutelar.»

Hay que afirmar cuanto antecede para que no se crea que Carlos III era un pequeño rey frívolo y aficionado a las artes menores como un mero pasatiempo. El lujo que impuso en el Real Palacio de Madrid y en los Sitios Reales no era tampoco un regodeo de fastuosidad, sino un medio de ensalzar el prestigio del trono y de infundir fuerza a los gremios, valorando el interés de la obra artística y artesana. Su excelente gusto y el acertado sentido de selección de artistas que tenía el monarca, se patentizan en los salones que integraban lo que se llamaba el «cuarto del rey»; la saleta, la antecámara, el salón de Gasparini y el que hoy está consagrado a su nombre, por ser allí donde murió. Ningún conjunto de mayor suntuosidad decorativa supera en Europa a esta obra

máxima del rococó que es el salón de Gasparini, y que conserva el apellido no de un rey o de una batalla, sino el del artista que bordó la tapicería de sus paredes y proyectó su fabuloso techo de estucos. Es aquí donde las postrimerías del barroco nos expresan ese sentido estilístico del rococó, síntesis del arte con la naturaleza, que pretende hacer naturaleza del arte y arte de la naturaleza. El bordador Gasparini nos ofrece en la ordenada y espléndida rocalla de flores, hojas y guirnaldas, el trasplante de un jardín fabuloso a aquellos lienzos, enriquecidos por la admirable sinfonía del bordado. Labor ímproba, de minuciosa ejecución y de impresionante concepto del conjunto. Sus colores, hoy envueltos en una emocionante pátina, que les presta el encanto evocador del pasado histórico y familiar de palacio, debieron ser en su tiempo un milagro de policromía, a juzgar por el techo, cuyos brillantes estucos, que no han perdido nada de su primitiva brillantez, sintonizaban con las sedas bordadas. En ese techo se concentra la capacidad admirativa de cuantos penetran en el salón de Gasparini, porque será difícil encontrar en otra parte una mayor plenitud de la imaginación y el efectismo decorativo desarrollados en ese oleaje armonioso y lleno de fantasía del rococó cuando se vierte en las idealizaciones chinescas. Todo aquello parece el paraíso soñado por un fumador de opio; en el jardín oriental se conjugan cuantas fruiciones pueda brindar el refinamiento. En los ángulos, las parejas orientales se deleitan a la sombra de los albaricoqueros, presentándonos un grado de placer que el exotismo idealiza hasta el límite. Formas y colores alcanzan intensidad desusada aun dentro del estilo; pero su profusión se encuentra dispuesta y medida con tal ciencia, que jamás entorpece la impresión ligera y aérea del conjunto.

Con toda su riqueza, el salón de Gasparini es elegantemente familiar. Sobre la chimenea aparece el gran juguete bucólico del reloj de Jacquet-Droz, conocido universalmente como «El Pastor», y una de las mayores maravillas de la automática del siglo XVIII. Esta pieza fué presentada por su inventor a Fernando VI en los días en que se encontraba presa de melancolía en el castillo de Villaviciosa de Odón. El relojero suizo, que venía recomendado al rey por el aristócrata escocés lord Keith, obtuvo un éxito completo, asombrando al monarca y a los cortesanos con los prodigios de su artefacto. El pastor que le da nombre mueve ágilmente los dedos cuando *(Pasa a la pág. 64.)*

Los muebles fueron también diseñados por Gasparini en líneas Luis XVI y realizados por el ebanista flamenco Joseph Canop. En los espejos se refleja la lámpara, que data de la boda de Fernando VII.

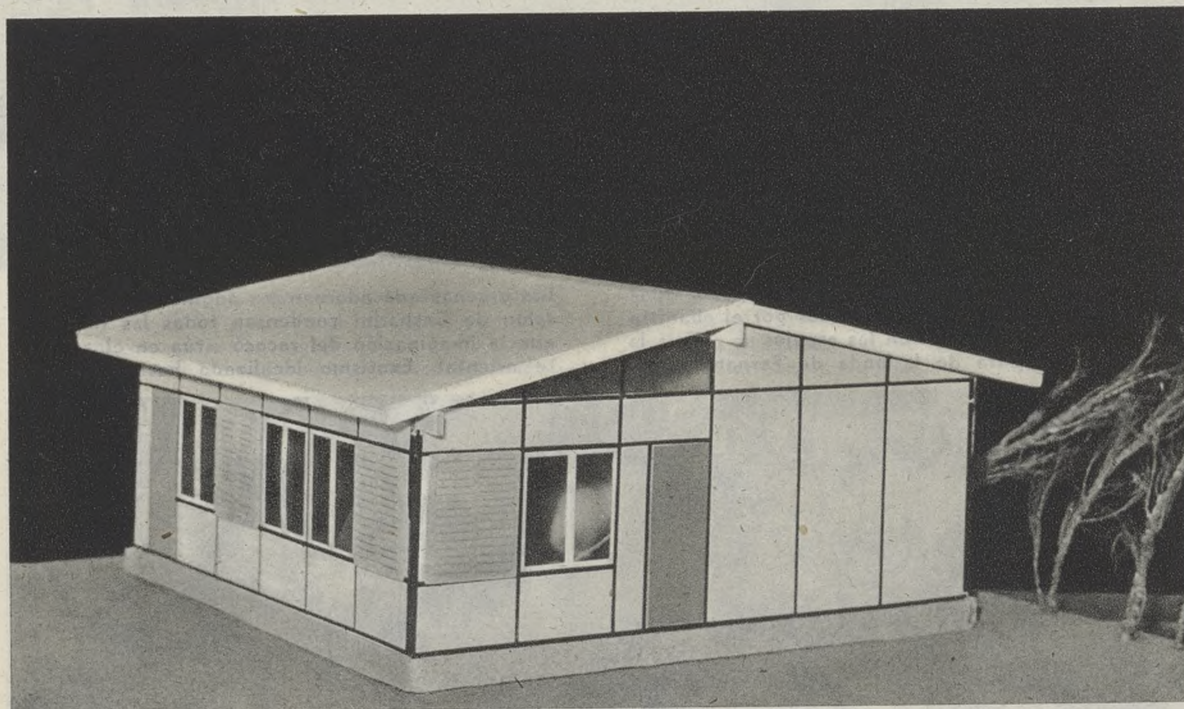
Las escenas que adornan los ángulos del techo del salón de Gasparini condensan todas las fruiciones que la imaginación del rococó sitúa en el ambiente oriental. Exotismo idealizado hasta el límite.



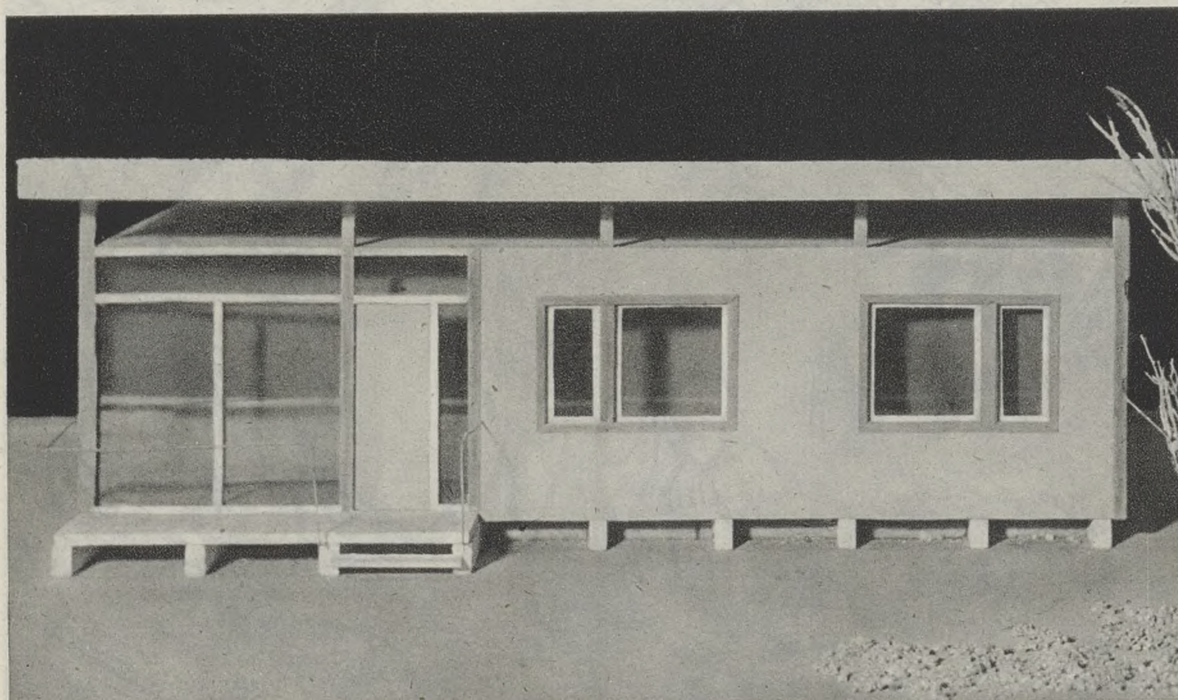
50.000 PESETAS VALE EN ESPAÑA UNA CASA PREFABRICADA

LOS ESTUDIANTES DE ARQUITECTURA DE MADRID Y BARCELONA OFRECEN UNA SERIE DE PROYECTOS

El primer premio para los alumnos de Barcelona lo alcanzó esta maqueta de casa. Consta de cocina, comedor y sala de estar en una sola pieza; aseo y tres dormitorios: de matrimonio, de dos camas y de una.



Otra de las maquetas premiadas en la exposición de Madrid. El objeto primordial de dar a conocer en España las posibilidades del tablero de fibra no ha podido quedar mejor cumplido ante estas realizaciones.



Para contribuir a la campaña de construcción de viviendas se ha celebrado recientemente, en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, la I Exposición de Casas Prefabricadas, de un concurso convocado entre estudiantes de arquitectura de las Escuelas de Madrid y Barcelona. El objeto primordial ha sido dar a conocer en España las posibilidades del tablero de fibra, que con tanto éxito viene usándose en el extranjero.

Además de una serie de soluciones interesantes de tipo constructivo y de distribución de las plantas de viviendas, hay tres puntos importantes, que se han estudiado especialmente en este certamen y que se han resuelto con acierto. 1) Utilización para el proyecto y dimensionamiento de las viviendas de un módulo a escala humana indispensable para la fabricación en serie de los elementos constructivos empleados en las viviendas, unificándolos y reduciendo al mínimo las piezas especiales. Con ello se facilita al mismo tiempo el transporte y el montaje rápido de las casas. 2) Empleo adecuado del tablero de fibras, excepcionalmente apto para este tipo de construcciones y que, por ser fabricado en serie, permite una tipificación de dimensiones y la absoluta regularidad del montaje en taller de los paneles. 3) La economía de estas viviendas es consecuencia del precio del material y del aprovechamiento del espacio, escrupulosamente estudiado para conseguir unas condiciones óptimas de habitabilidad dentro de una superficie reducida de 40 a 60 metros cuadrados para viviendas de dos o tres dormitorios, amplia zona de estar, con comedor generalmente incorporado a ella; cocina, cuarto de baño, armarios empotrados, iluminación y ventilación. En algunos proyectos se prevé la instalación de sistemas de calefacción y refrigeración por aire, de bajo coste de entretenimiento y buen rendimiento. Puntos capitales en el factor económico son la utilización de los elementos prefabricados en serie, que permiten un rendimiento máximo del material, maquinaria y mano de obra, más el escrupuloso estudio del proceso de montaje de las casas.

Dentro de las viviendas se ha estudiado el mobiliario, utilizando igualmente el tablero de fibras

FOTOGRAFIAS: BASABE

Esta es una de las maquetas presentadas en la I Exposición de Casas Prefabricadas, celebrada en Madrid. Consta de tres dormitorios, sala de estar, comedor, cocina, cuarto de baño, armarios empotrados...

con algunos elementos metálicos o de madera. Los muebles proyectados son cómodos, baratos y duraderos; en algunos casos pueden ser montados rápidamente a base de elementos standard, de fácil acoplamiento por los mismos usuarios sin preparación de ninguna clase.

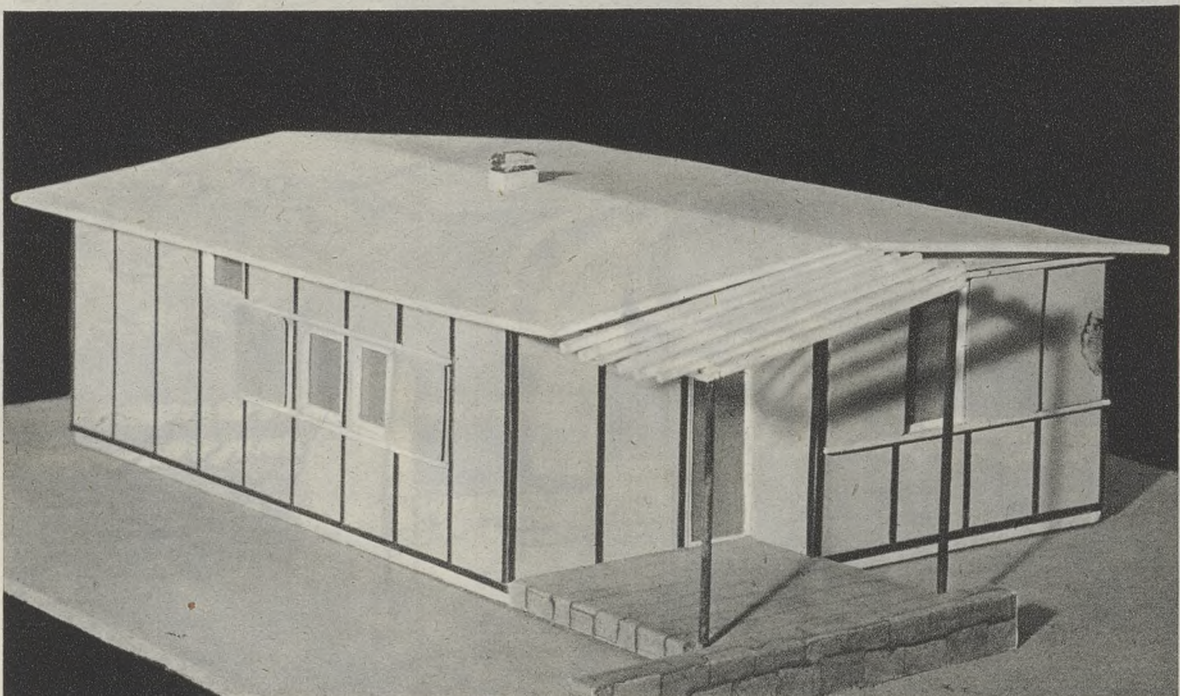
El coste total de una vivienda depende, sobre todo, de su fabricación y de que ésta sea en serie o en gran escala. Una vez puesto a punto un procedimiento industrial para la fabricación de los elementos que constituyen la vivienda (paneles de cerramiento exterior, ventanas, tabiques interiores, puertas, armarios, estanterías fijas, bloque de conducciones, elementos de cubierta, etc.), se llegaría a un precio indudablemente barato, que se podría situar entre las 50.000 y las 60.000 pesetas, incluído el mobiliario.

A esta interesante exposición han concurrido 33 proyectos. El primer premio entre los concedidos a los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Barcelona es un tipo de casa adaptable al campo, y consta de cocina, comedor y sala de estar en una sola pieza; aseo; tres dormitorios, uno de ellos de matrimonio, otro para dos camas y el tercero para una, con posibilidad de ampliación instalando en el cuarto de estar un mueble cama.

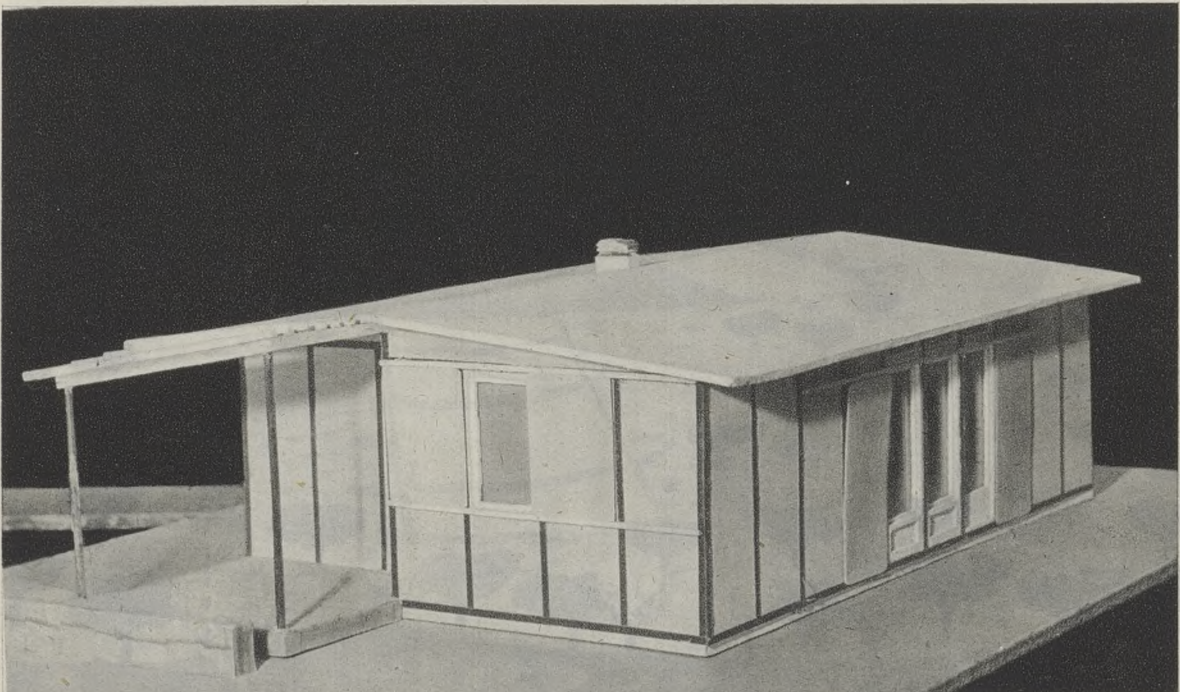
El primer premio de los proyectos presentados por los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Madrid es una casa que consta de cocina, comedor-sala, cuarto de baño, dos dormitorios sencillos y uno para matrimonio, trastero y despensa. «La estructura—recogemos de un periódico de la capital—es de chapa metálica plegada y paneles de tablero de fibras, al exterior con pintura plástica y en el interior con escama de aluminio. Lleva anejo un sistema de calefacción por gas butano, con hogar, que puede instalarse en la sala de estar, y con conductos de aire caliente para el resto de la vivienda. Su presupuesto oscila entre las 50.000 y las 60.000 pesetas.»

Este nuevo tipo de casas, muy útiles por su fácil construcción, movilidad y bajo coste, puede ser un buen remedio para la escasez de viviendas o para la construcción de poblados de urgencia en la crisis que en este aspecto asola al mundo.

J. M. G.



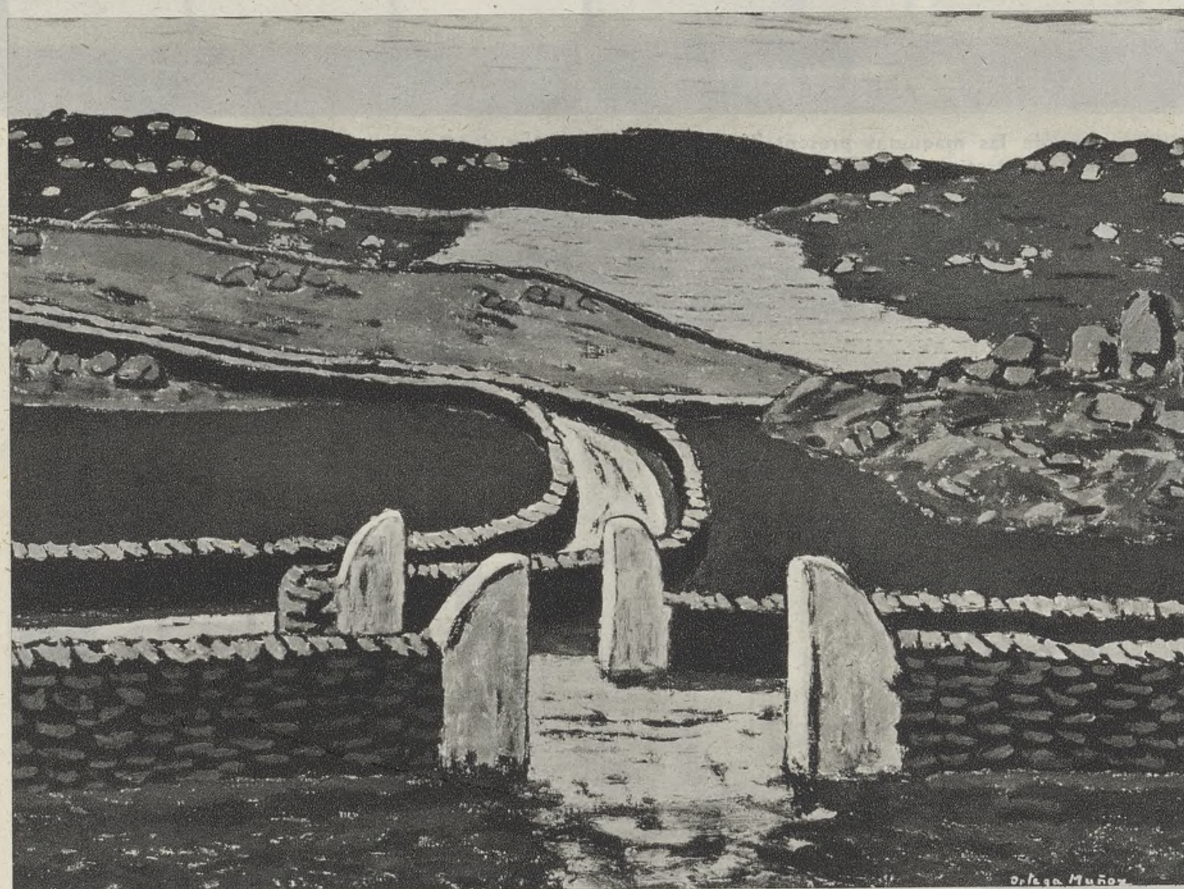
El primer premio de los proyectos presentados por los alumnos de Madrid, visto desde dos ángulos distintos. Su estructura es de chapa metálica plegada y paneles de tablero de fibras. Calefacción por gas butano.





«BODEGON».





«LA COLINA».

«PRIMAVERA».



ORTEGA MUÑOZ

PINTOR DEL SILENCIO

(Y GRAN PREMIO DE PINTURA DE LA II BIENAL HISPANOAMERICANA)

POR

JOSE M.ª MORENO GALVAN

ESE que ve las soledades, ese que escucha los silencios, ese que toca lo impalpable, es Ortega Muñoz. Pertenece a una raza de pintores españoles que, sin dejar de ser estrictamente contemporáneos, son unos inclasificados. No encajan en ninguno de los casilleros con que el mundo de nuestros días ha dividido y subdividido minuciosamente su arte con la secreta ilusión de controlarlo.

Asistamos, por un momento, pues es aleccionador, al fenómeno del encuentro del mundo del arte contemporáneo con uno de estos pintores. Lo veremos ensayar, primero, a colocarlo en alguno de los encuadramientos de los esquemas previos, sin resultado. Su presencia se hace molesta porque es un elemento sobrante en una organización acabada y completa. ¿Qué hace? Dictamina sencillamente: «No es un contemporáneo.» Con lo cual, claro está, no suprime la realidad, sino que la elude simplemente, pues el pintor continúa existiendo y, lo que es más importante, continúa existiendo como lo que es: «como un pintor estrictamente contemporáneo».

Y bien, ¿qué es lo que posee esta raza insólita de pintores españoles, que la hace, por ahora, incompatible con los encuadramientos? ¿Qué es lo que posee, concretamente, Ortega Muñoz, pues es a él a quien vamos a referirnos? Entre otras cosas, la posibilidad de mantener una presencia de las cosas ausentes. Quien sabe escuchar los recuerdos y quien sabe tocar lo impalpable, sabe también infundir, en la realidad exclusivamente bidimensional del cuadro, esa otra realidad no física que se llama el «recuerdo».

Acaso no obedezca sólo a un imperativo de tipo técnico la necesidad que siente Ortega Muñoz de ausentarse de la realidad en el momento que se pone a plasmarla. Quien pin-

«CASTAÑOS».

ta de memoria sabe, en su fondo más íntimo, que se está liberando de la presión tiránica de las cosas presentes. Pero, sobre todo, quien, como Ortega Muñoz, pinta de memoria, sabe también íntimamente que en cada gesto material de plasmar una pincelada hay oculto un hálito inmaterial, que es el recuerdo. Una pintura solidaria del recuerdo es una pintura enriquecida por la melancolía. La melancolía, esa dimensión espiritual que hace de la obra de arte una creación de orden poético.

Ved por qué circunstancias una pintura insolidaria con los esquemas se nos convierte en una creación poética. ¿Y no será ello mismo una de las causas de esa insolidaridad?

Si observamos las rutas por las que ha discurrido la crítica contemporánea, principal responsable de los sistemas, veremos que, por causa de la reacción contra las interpretaciones literaturistas de la obra de arte, se ha llegado a la monstruosidad inversa, que es la de interpretarla como un mecanismo carente en absoluto de alma. No es una hipérbole decir que vivimos los tiempos de una interpretación materialista de la obra de arte. Y acontece que lo que en ella es inmaterial está resultando como un elemento sobrante para todo esquema. De aquí que a muchos se les haga insoportable la asociación de la pintura con la palabra «poesía». Porque la poesía anda también a la descubierta de las realidades no presentes, es decir, de las realidades que no tienen materia física.

La pintura de Ortega Muñoz tiene tercera dimensión en el sentido, como la juzgaría un criticismo exclusivamente formalista: busca una profundidad física aparencial, aun cuando ella no sea la conjugación de espacios a que nos tiene acostumbrados la pintura occidental de los tiempos posteriores **(Pasa a la pág. 63.)**

No la cigüeña de la leyenda, sino una auténtica, llegó para visitar a Ortega Muñoz, quizá caída de algún alto campanario. El animal, con una pata rota, fué curada y se quedó de huésped en casa del gran pintor.



"¡AQUI, RADIO ANDORRA!"

(Foto Yan)

En el momento de la puesta de sol, vista de la emisora de RADIO ANDORRA (potencia de antena: 60.000 vatios), que, en onda de 300,60 metros, es escuchada todas las noches por decenas de miles de radiooyentes del territorio español.



LA GUITARRA

ALFONSO X EL SABIO CONCEDIA CARTA DE NOBLEZA A QUIENES SUPIERAN CONSTRUIRLA O TOCARLA

ESPINEL — MONJE Y ESCRITOR — LE PUSO LA QUINTA CUERDA EN EL SIGLO XVI

Una bella mujer española a la guitarra: la estrella Marisa de Leza.

LOS MEJORES GUITARRISTAS DEL MUNDO SON HOY ESPAÑOLES O HISPANOAMERICANOS:

Andrés Segovia, Sainz de la Maza, Narciso Yepes, Alirio Díaz, María Luisa Anido, Renata Tarragó...

Por

FERNANDO MONTEJANO

Y

ROGELIO GRACIA

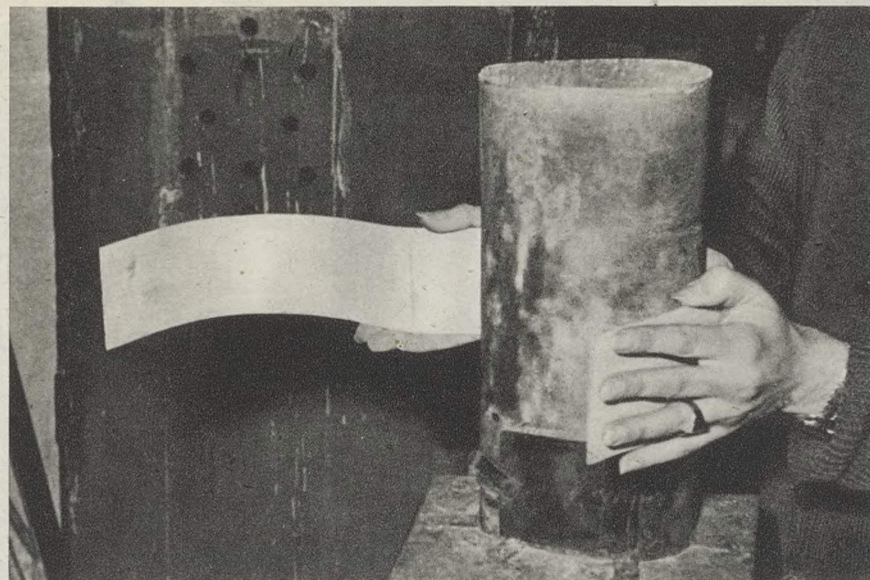
ABRIENDO el libro de nuestra historia, vemos que la guitarra—esa perla fina con alma de violín que tuvo por antecesores la cítara y el laúd árabe—, hoy provista de seis notas, era, con anterioridad al siglo XVI, un instrumento de cuatro cuerdas que se tocaba rasgueando, hasta que nuevas manos artífices aumentaron su cordaje. Espinel, monje escritor, le puso la quinta cuerda para conseguir mayor amplitud de sonido, y una mano desconocida le incorporó la última.

Dicen ser cierto que Alfonso X el Sabio concedía cartas de nobleza a aquellos que supieran, ante un tribunal, construir o tañer una guitarra o vihuela, y que este alto honor fué compartido por el propio Luis XIV, el Rey Sol, que la tocaba con sumo regocijo de su espíritu. A este monarca están dedicadas, por dicho motivo, muchas de las obras de Robert de Bisée.

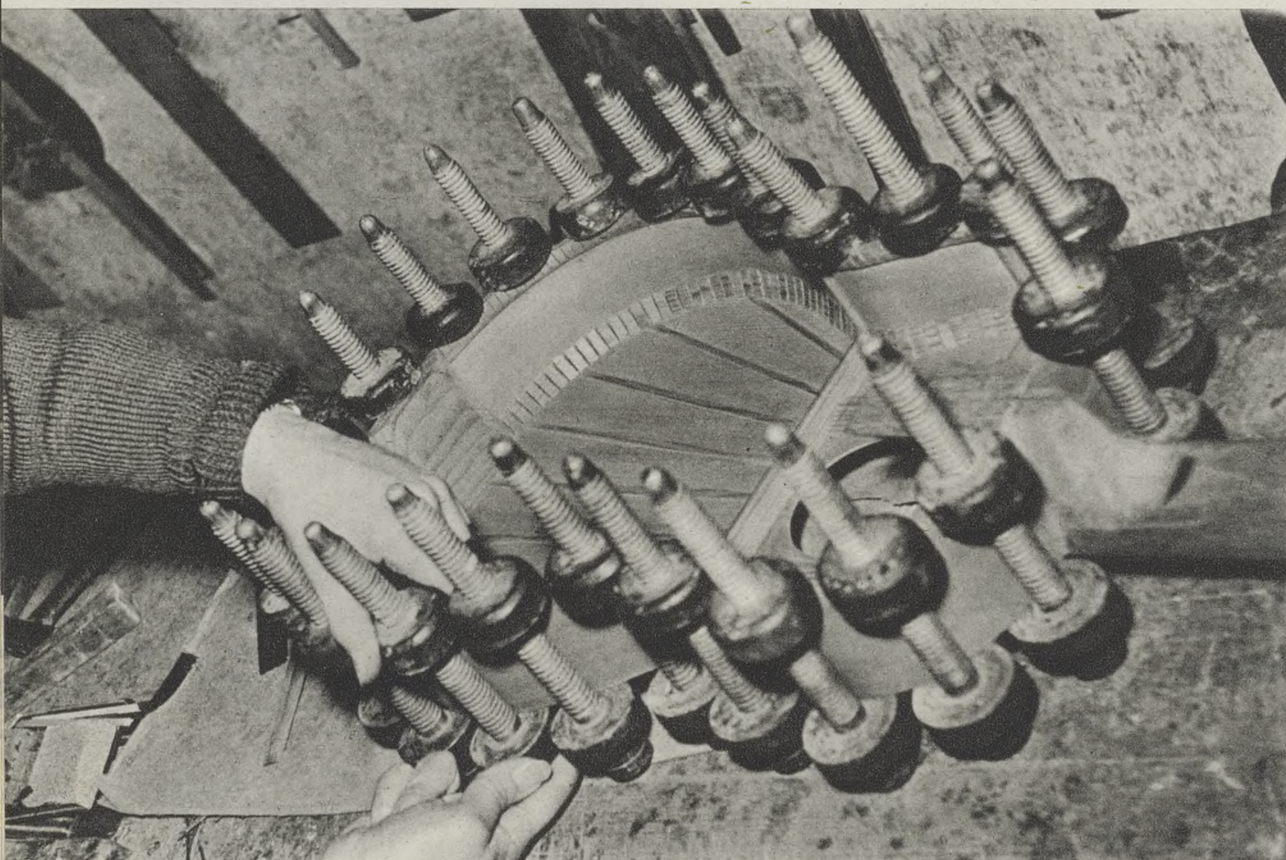
FOTOGRAFIAS: EMILIO



Cada constructor crea un patrón distinto, buscando diferentes sonidos. Torres creó el modelo de la guitarra actual y Ramírez estudió largo tiempo para lograr el máximo rendimiento; de aquí los distintos patrones que el oficial maneja.



La guitarra empieza a cobrar forma. Se adivina en el domado de los aros, en cuya construcción se utiliza el ciprés, el palo santo, el coral... Para interpretar obras de «flamenco» su corazón será de ciprés; para concierto, de palo santo.



Armado de la guitarra: los dedos artífices han ido reuniendo calidades de sonido en los zoquetillos, que se hicieron de pinabeto alemán, cortado en la Selva Negra. Los zoquetillos sujetan los aros y las tapas y también influyen en el sonido. Prensas especiales unen las caderas de la guitarra a su cuello de cisne.



El oficial va a cubrir el instrumento con su fondo de caoba y detiene la mirada ante las ciento cincuenta piezas que componen su complicado interior.



Cuerdas de cáñamo aprisionan la guitarra. Durante cuatro horas quedará inmóvil, mientras la cola se momifica para guardar los secretos de su armonía.

CUARENTA Y CINCO DIAS DE TRABAJO ARTESANO

Y no resulta extraña esta veneración, porque la guitarra española comparte sus secretos con ricas maderas que llegan de todas las partes del globo: pinabeto alemán de la Selva Negra, cedro cubano, palo santo para su caja, ébano de Madagascar como cuerpo de su diapasón; maderas de coral, de caoba, de sacarandá...

Las mayores autoridades musicales del mundo han llevado en su equipaje guitarras Ramírez. Andrés Segovia entre ellas. Y el alma maravillosa de este instrumento que llora y ríe, bañada especialmente por los focos de los palcos escénicos de Europa y de América, nace y se desarrolla a través de veinte fases distintas a lo largo de cuarenta y cinco jornadas de trabajo.

En las postrimerías del año 1860, y en la portada de una casa medio escondida en las calles del viejo Madrid, la misma que hoy nos acoge, un recio artesano puso su nombre encima de su inapreciable especialidad: "José Ramírez, constructor de guitarras".

Desde aquella fecha hasta hoy, el árbol genealógico del famoso guitarrero se ha ido extendiendo a través de los nombres de sus discípulos. Una escuela única que influenció el llorado Antonio Torres, otro gran constructor, y que hoy toma forma en los dedos mágicos de los intérpretes de la guitarra española.

La guitarra española, y españolísima, que ha encontrado siempre los mejores intérpretes de su mensaje apasionado en artistas españoles e hispanoamericanos. Hoy viven y triunfan en el mundo guitarristas tan ilustres como el venezolano Alirio Díaz, la argentina María Luisa Anido, los españoles Andrés Segovia, Sainz de la Maza, Narciso



Pasadas las cuatro horas de apretada clausura, para dar lugar a que la cola fraguara, el oficial calcula con su compás el lugar exacto que ocupará el puente, sobre el que las cuerdas—las seis actuales cuerdas de la guitarra—tensarán su alma de seda y de tripa para prestar a los dedos la magia de su sonido.

Afinado de los trastes. Estos forman el diapasón, la escala musical. Los dedos del virtuoso arrancarán luego, por su situación, las notas melódicas.



José Ramírez se ocupa personalmente del labrado de la tapa. Las cuerdas nacerán de esta hendidura que el buril dibuja sobre la madera amorosamente.



Un veterano oficial se ocupa del remate de la cabeza que distingue la firma de la casa. Por este detalle se conocerá luego al autor de la guitarra.



Las manos del hombre sujetan la muñequilla que espejea la pulimentada superficie del instrumento, donde cada día se mirará el rostro del virtuoso.



Mi, la, re, sol, si, mi... Seis cuerdas dobles en la magia del sonido. Bordones y tiples en el encordado de la guitarra. Ahora sólo hace falta probarla.

EXIGE LA FABRICACION DE UNA GUITARRA

Yepes, Renata Tarragó y tantos otros.

La voz melódica de la guitarra, de anchura sin límites, viene a recogerse en este parto, doloroso y extenso, que el fotógrafo inmovilizó para asombro y documentación de nuestros lectores.

UNA GUITARRA MADRILEÑA, BAUTIZADA EN BOGOTA

«FE DE BAUTISMO. — Divina Euterpe. Bogotá, año de mil novecientos treinta...

»En la casa de sus trovadores, "Villa Magola", en jurisdicción de la tradicional Santa Iglesia Parroquial de Fontibón, en la Sabana de Bogotá, "Valle de los Alcázares", de Don Gonzalo Ximénez de Quesada, y a los quince días del mes de Junio del año del Señor de mil novecientos treinta, el suscrito, Manuel Jesús Negret, Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, de la Célebre e Histórica Universidad de la ciudad de Popayán, bautizó solemnemente a una arrobadora guitarra que vino al mundo allá en la Villa del Oso y el Madroño, el diez y nueve de Marzo de este mismo año de gracia de mil novecientos treinta, y a la cual puso el nombre de DIVINA EUTERPE, *hija legítima y auténtica de la Serenísima Madre España. Su abolengo, su aristocracia y sus blasones, nos hablan muy bien de sus tradiciones y grandezas. Su complexión, su finura, su talle elegante y todo su acabado perfecto, nos revelan al autor de sus días, Don José Ramírez de Galarreta, artista cuya fama cantarán las voces de su hija...*

»Apadrinaron su bautizo: Don José Antonio Negret y Solano y la digna matrona de la Ilustre Popayán Doña Marina Cecilia Negret de Cafurt y Castro...

»Doy fe de todo cuanto atrás queda dicho, en la forma y términos de usanza. Escrito en cincuenta y cuatro renglones útiles, y firmo aquí con mi puño y letra, hoy quince de Junio de mil novecientos treinta...

»Yo: MANUEL J. NEGRET.»

(Sello notarial y sello de la República de Colombia.)





TERE



TERE Amorós nos ha traído la sencillez y elegancia de su baile, pleno de plasticidad. Lo que vale en arte es la comunicación, la expresividad, el *ángel*... Y estas tres cualidades se dan en Tere Amorós de una manera completa y auténtica. Porque su baile—embajador de España en América y viceversa—nos llega con delicadeza y finura de alta escuela, demostrándonos que no es preciso el arrebato y el desquiciamiento para expresar con el baile español toda la raíz y la vena de España, que es algo más que el brío sofisticado del baile de exportación. Ya era hora de que España surgiera



AMOROS

ELEGANCIA Y EMBRUJO DE UNA BAILARINA ESPAÑOLA

en los escenarios del mundo con más trascendencia y autenticidad. Y Tere Amorós lleva este mensaje con la sencillez y la claridad de su arte purísimo.

Hija del torero Pepe Amorós, nace en Madrid, y desde muy niña comienza el aprendizaje del baile, bajo la disciplina de su tía abuela la famosa bailarina granadina la *Morita*. Posteriormente ingresa en la academia de baile clásico de María Vivat. Y de allí pasa a otras, como la de Paquita Monreal y la de la viuda de Román, ingresando por último en la famosa academia de arte flamenco del *Estampío*. En todas ellas se va formando la gran bailarina, que se entrega a su arte con absoluta entrega vocacional.

Muy joven, casi una niña, abandona España para recorrer triunfalmente Hispanoamérica, y bajo el arco triunfal de sus brazos recorre Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina..., arrancando de todos los públicos los más cálidos aplausos. Tras estos merecidos triunfos, Tere Amorós ha regresado a España a confirmar su alternativa, y ha sido la revelación: «una brisa nueva—como ha dicho algún crítico—sobre los viejos cánones de nuestra danza».

Es muy probable que Tere Amorós encarne el papel de Antonia Mercé en una proyectada película sobre la genial bailarina desaparecida. Nadie mejor que ella. Porque Tere Amorós no sólo se parece físicamente a la *Argentina*, sino que, como ella, hace del baile una devoción. Tal vez en lo sucesivo Antonia Mercé y Tere Amorós sean dos nombres unidos en el arte.

LOS GALLEGOS EN LA PESCA DE LA BALLENA

LA CAPTURA EN EL ANTARTICO HA SIDO REGULADA PARA CONSERVAR LA ESPECIE

Por LUIS MUÑIZ ANGÜEZ



He aquí un ballenero de principios de siglo, un velero de Galicia, rumbo a los mares australes, desafiando la furia del huracán y la embestida de los enormes cetáceos bajo las auroras boreales.

HA empezado en aguas del Antártico la captura de la ballena. Allí acuden todos los años barcos que enarbolan pabellones asiáticos, americanos y europeos, para correr la emocionante aventura de la pesca de los grandes cetáceos, de los colosos de los mares. El ser más grande de la creación abunda en las aguas frías del Océano Circumpolar del Sur como en ninguna otra parte. Aquellos parajes son riquísimos en plancton y ésta es la causa de la riqueza pesquera que albergan. Esa perspectiva halagüeña en la explotación marinera y el misterioso Eldorado que constituye el Polo Sur, la Antártida inmersa en los hielos, han atraído la atención de las grandes potencias, que se disputan la posesión del helado continente, tan grande como toda Europa, y en cuyo subsuelo se presuponen fabulosos recursos minerales.

Y ahora es la oportunidad de evocar las incidencias de la importante pesquería de los tiempos en que los barcos izaban su albo velamen en vez de las chimeneas humeantes de los buques de vapor, y no se deslizaban sigilosos, como ahora, rompiendo los campos de témpanos impulsados por el empuje poderoso de los motores de aceite pesado. Heme aquí, en la ribera gallega, en un día gris característico, en que las nubes lacrimean y el viento silba encrespando las olas. Busco el refugio de la «tasca», y es en ella, en su interior, al calor del fuego que crepita y del alcohol que enardece, donde me encuentro con un grupo de pescadores que añoran tiempos viejos, dorados como un coñac añejo, en que las naves de Galicia aproaban los mares australes, desafiando la furia del huracán y la embestida de los enormes cetáceos, bajo el resplandor de las auroras polares.

Hablan y hablan los viejos lobos de mar. Dicen que los primeros españoles que pescaron ballenas en el Antártico se enrolaron en buques noruegos que zarparon de Bergen, de Oslo, de Narvick, hacia los años 1908, 1910 y 1912. A su bordo los gallegos de entonces recorrieron las rutas del Artico y del Antártico. Consiguieron enrolarse por contratación directa de los capitanes extranjeros, que estimaban en su justo valor los méritos y cualidades de nuestros bravos marinos. Ellos trenzaron la aventura inverosímil de la pesca en mares desconocidos, más allá del Círculo Polar Antártico, y compusieron la epopeya que representa una captura continuada de seres marinos con un peso que oscila entre los 120.000 y los 127.000 kilos, cuyas bocas monstruosas pueden



A VELA (A PRINCIPIOS DE SIGLO) DESDE FINISTERRE AL POLO SUR

HOY, CON LOS MODERNOS BALLENEROS, LA PESCA CASI NO OFRECE PELIGROS



Tras una violenta tempestad que sacudió el Atlántico Norte, llegó a la deriva, a una milla de la costa americana de Fire Island, esta enorme ballena, de 100 toneladas y 32 metros de longitud.

Muerta en la playa de Panne, pequeño pueblo belga a 20 Km. de Dunkerque, apareció esta ballena, de 16 m. de largo, 3,50 de ancho y un peso de 15 Tm. Los especialistas proceden a su despiece.

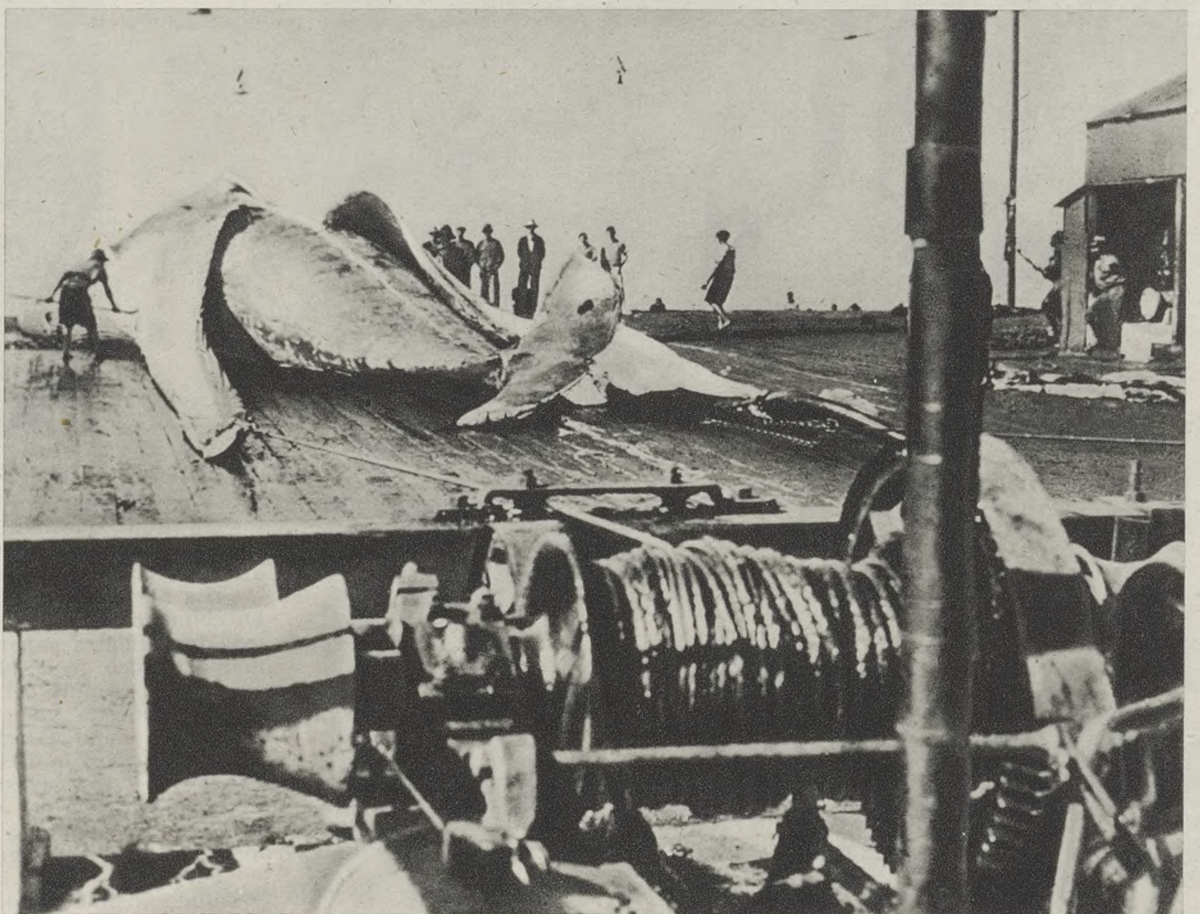
En el Océano Indico fué capturado este ejemplar, que, izado a bordo del ballenero, como indica la foto, pronto quedaría transformado en mil trozos, para someterlos después a la conveniente salazón

alojar cómodamente un bote de remos y cuya longitud se cifra a veces en 40 metros. Se trata de verdaderos islotes vivientes, que lanzan al aire frío sus chorros de vapor y que navegan con la velocidad de crucero de un rápido navío. En muchas de estas ballenas y cachalotes se percibían las huellas de luchas anteriores y sobre sus pellejos podían recogerse trozos de arpón y reconocerse dentelladas feroces y estrías profundas abiertas en el curso de azarosas singladuras.

La impresión que produce la vista de una ballena sobre la superficie del mar es siempre inolvidable. Cuando los veleros remontaban aquellas aguas antárticas y los grumetes divisaban los colosales mamíferos acuáticos, un grito de alegría extendíase sobre cubierta. El equipo de captura solía estar formado por un oficial, dos arponeros, un timonel y seis remeros. Ellos se encargaban de perseguir al animal, de capturarlo y preparar su remolque desde una ballenera previamente arriada al agua. Principio fundamental del ataque al cetáceo era realizarlo en dirección perpendicular a su longitud, pues sabido es que la ballena, por la disposición de sus ojos, no puede ver objeto alguno situado a sus costados. La ballenera se aproximaba cuanto podía a su presa, y entonces el arponero lanzaba el arpón con toda su fuerza.

Caído el proyectil sobre el lomo del animal, éste se revuelve al sentirse herido. Un inmenso embudo se abre ante la ballenera. Las aguas y la espuma se retuercen bajo el latigazo descomunal de la cola del monstruo, capaz de partir una embarcación *(Pasa a la pág. 63.)*

FOTOGRAFIAS: KEYSTONE - NEMES



ENTRE LAS DOS CASTILLAS

VERDUGO



GALILEA



ALBERO Y SEGOVIA

«¡Ya hay nieve en la sierra!» Es el grito de todos los madrileños amantes del esquí, que han esperado con impaciencia, encerando y puliendo sus mimadísimas tablas, la nevada inaugural de su deporte preferido en los altos paisajes del Guadarrama.

«La nieve de empezar a ser bastante», como diría el poeta Luis Rosales, ha colmado ya a estas nuevas fechas de enero todas las ilusiones de los más impacientes deportistas. Estos que vemos aquí, en el inmediato testimonio gráfico de la página, acabados de llegar a la sierra, tan felices y sonrientes, camino del albergue, o del mismo copete albísimo de La Maliciosa, dispuestos ya a trenzar sobre la nieve esa deslizante y apasionada ilusión del esquí. O estos otros que descansan en el mirador ante el verde y brumoso paisaje de los pinos, que extienden su dominio hasta la cercana cumbre. O éstos, investidos del ardor de la competición, en el difícil y sorprendente regate del «slalom».

Dicen que el otoño es la mejor estación para la vida ciudadana de Madrid. Todo es mejor en Madrid para los madrileños del mundo.

Pero, sobre todo, la delicia vecina e inacabable de esa sierra nevada y saludabilísima a cuarenta minutos mal contados de la Puerta del Sol.



Nieve en Guadarrama

Una vez más, con la inevitable puntualidad del invierno, la nieve llega a nuestras páginas. Con ella, la belleza, la moda y el deporte. Su poética presencia se enriquece cada año con estas aportaciones que la mujer presta a toda ocasión: las de su presencia y su buen gusto, las de su atuendo y las de su gracia. *(Fotocolor Lara.)*



LA NIEVE DEL ALMANZOR

En los últimos picos la nieve está tendida.
Descansa el agua quieta y por el sol bañada.
Dulce pereza. ¿Duerme por volver a la nada?
Desde las altas cumbres llora lenta la huída.

Discurre por la piedra en vena convertida.
Precipitada espuma que corre enamorada.
Detente en esta sierra, escucha mi llamada.
Abajo el ruido espera. Te sentirás herida.

Tú, que amas el silencio que sólo Dios preside,
sorda a todo murmullo, helada, indiferente
a la negra mirada de los ojos redondos.

El hombre ruega el agua, y te invoca, y te pide
para sus labios secos, para enjugar su frente,
para llenar del alma los más oscuros fondos.

Jesús Juan GARCES

ENRIQUE JORDA, UN NUEVO TOSCANINI

EMPEZO A ESTUDIAR MUSICA MUY TARDE, PERO SE CONSAGRO EN DIEZ AÑOS

Por MARTI SANCHO

HOY vamos a hablar de un donostiarra con apellido catalán, que se hizo músico en París, fué discutido en Madrid, descubierto en Londres con gran estruendo y consagrado en Norteamérica, como todo gran director del siglo XX. Sus últimas actuaciones en España lo han devuelto a nuestra más cercana actualidad. Pero ya, como bien se verá, era tema actualísimo en el mundo del arte, donde su nombre suena rodeado del máximo prestigio, aun cuando está bastante lejos de cumplir cincuenta años.

EN SAN SEBASTIAN, CIUDAD FRONTERIZA

Enrique Jordá nació en San Sebastián el año 1911, en el seno de una familia de buena posición. Hasta los dieciocho años transcurrió su vida en la ciudad donostiarra, cuna de buenos músicos. Conoció, pues, desde sus primeras horas, una singular influencia del ambiente sobre su predispuesta condición de artista. Pero sus padres descubrieron paralelamente su inclinación y se dispusieron a conseguir que no hiciera de ella su medio natural de vida.

Cuando concluyó sus primeros estudios (1929) le fué señalada la carrera de Medicina como medio el más natural para abrirse un porvenir. No vamos a entrar ahora en lo que sucedió entonces. El caso es que la carrera de médico le fué indicada y que Enrique, asintiendo en apariencia, se fué a París dispuesto a no seguirla. Tenía dieciocho años y corría el año 1930, harto inestable para España.

Ya en París, se matriculó en Filosofía y Letras, que estudió a ratos perdidos, puesto que su vocación estaba en el arte de Talía y nada ni nadie podía separarle de ella. Sólo por respeto a sus padres escogió este camino intermedio, que a un artista confiere una formación humanística considerable, que luego, sin duda, ha de influir en él.

Pero esta resolución causó disgusto a sus progenitores, que nunca se lo ocultaron, en los frecuentes viajes que hacía de la capital francesa a San Sebastián.

Ya con los estudios rematados, creyó haber encontrado mejor eco entre los suyos (con la consecuente apertura de criterio en lo de su afición musical, que crecía día a día); pero fué baldía su esperanza. La contraria de sus padres crecía y, de no haber quedado huérfano en poco tiempo, el respeto que en todo momento le merecieron a Enrique hubiera llegado a frustrar las últimas posibilidades de quien había de ser tan gran figura.

ALUMNO DE PAUL LUCAS

Libre de aquellas ataduras sentimentales, Enrique Jordá vuelve a París y empieza a estudiar música intensamente. París ha significado mucho para la música española contemporánea. La excelente promoción de maestros franceses, continuadores de Debussy, configuró en parte el natural talento ibérico de nuestros hombres. El que luego supieran imponer su personalidad sobre las líneas fundamentales de los propios maestros dependió del natural impulso, con el que siempre hay que contar tratándose de nuestra raza. Pero la

Jordá dirigiendo en unos Festivales de España, bajo el cielo cálido de Sevilla, trascendente en su vida sentimental, puesto que en Sevilla se casó el maestro.





técnica de ellos la aprendieron.

Jordá tendría de profesor a Paul Lucas, director, a la sazón, de la Opera de París. Cursó dirección y composición especialmente. Antes había estudiado órgano y con esta preparación básica asistía a las clases. Y en el más humano de los instrumentos de viento ensayaba y practicaba.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL LE LLEVA A ESPAÑA

Empieza una fase meteórica en la vida de Enrique Jordá. Se encuentra muy bien preparado. En 1938 dirige en París, con resultados alentadores. Prepara otro concierto en Francia, pues de allí puede salir con un certificado de franca consagración, cuando el otoño de 1939 se echa encima con celeridad y con él empieza a sonar en la frontera la música de los cañones.

Se mantiene en París mientras se desarrollan las fulminantes campañas de Polonia y Noruega. Los alemanes van a asaltar la famosa línea Maginot y sus bombarderos amenazan. España, en el entretanto, se mantiene neutral y Jordá regresa a ella.

Llega a Madrid, donde es menos conocido de lo que él quisiera. La música española se encuentra en trance de reajuste. Se echa de menos la presencia de las viejas figuras. En la capital de España el maestro Lamotte de Griñon se esfuerza por mantener las orquestas a «su tono». Va a crearse la Nacional, antigua aspiración, que luego se conseguiría con éxito.

Jordá busca una ocasión para dirigir la Sinfónica, aunque sólo sea una vez. Mueve todos los medios posibles, sin gran éxito inicial. No desfallece. Y de ahí le llega la oportunidad de la que nace su triunfo.

EL PUBLICO SE RIGE POR SU PROPIO CRITERIO

Conseguido el concierto, decimos, sin fama donde apoyarse, circunstancia que le hacía ser mirado con cierto escepticismo, decide ir sin titubeos a su presentación. Nos detendremos en este momento de su vida.

—¿Es usted dueño de sus nervios?—le preguntaron.

—Deseo creer que sí.

—Dios le ayude.

Subió al podio y en la gran sala se hizo el silencio. Percibió unos cuchicheos. Sí, la gente estaba alerta. Se le curioseaba todo: la estatura, la prestancia de movimientos. Cayó en la cuenta de que tal examen, hecho por la espalda, podía excitarle. Decidió empezar cuanto antes. Los profesores, serios, se inclinaron sobre sus instrumentos. Tendió la batuta con la derecha mientras apretaba levemente el puño izquierdo. Y el concierto empezó.

Cuando la primera obra fué culminada, rompieron, fuertes, unánimes, los aplausos. Todos los artistas saben cuándo éstos son o no son sinceros. Tuvo la corazonada de que el público, al aplaudir, no le mentía. Al continuar luego el concierto, los aplausos fueron arreciando, y al volverse por última vez, hondamente conmovido, descubrió a cientos de personas en pie, a muchos miles de rostros encendidos. Y supo que había sido suya la victoria. Dirigiría algunas veces más.

Con todo, al día siguiente de su debut buscó en los críticos más serena opinión. «Jordá, brillante, encendido, sensible, será un buen director—dijeron—. Todavía es joven.» Referíanse a tal juventud quienes no tenían valor para negarle destreza. «Llegará, llegará...»

A lo largo de algunos días, su triunfo de presentación le pareció un espejismo. Anhelaba verse de nuevo ante la Sinfónica, sin duda para establecer, en indispensable experimento, de parte de quién brotaba la indecisión: si del público, si de él mismo, si de los críticos, que no le admitían como «profeta en su tierra».

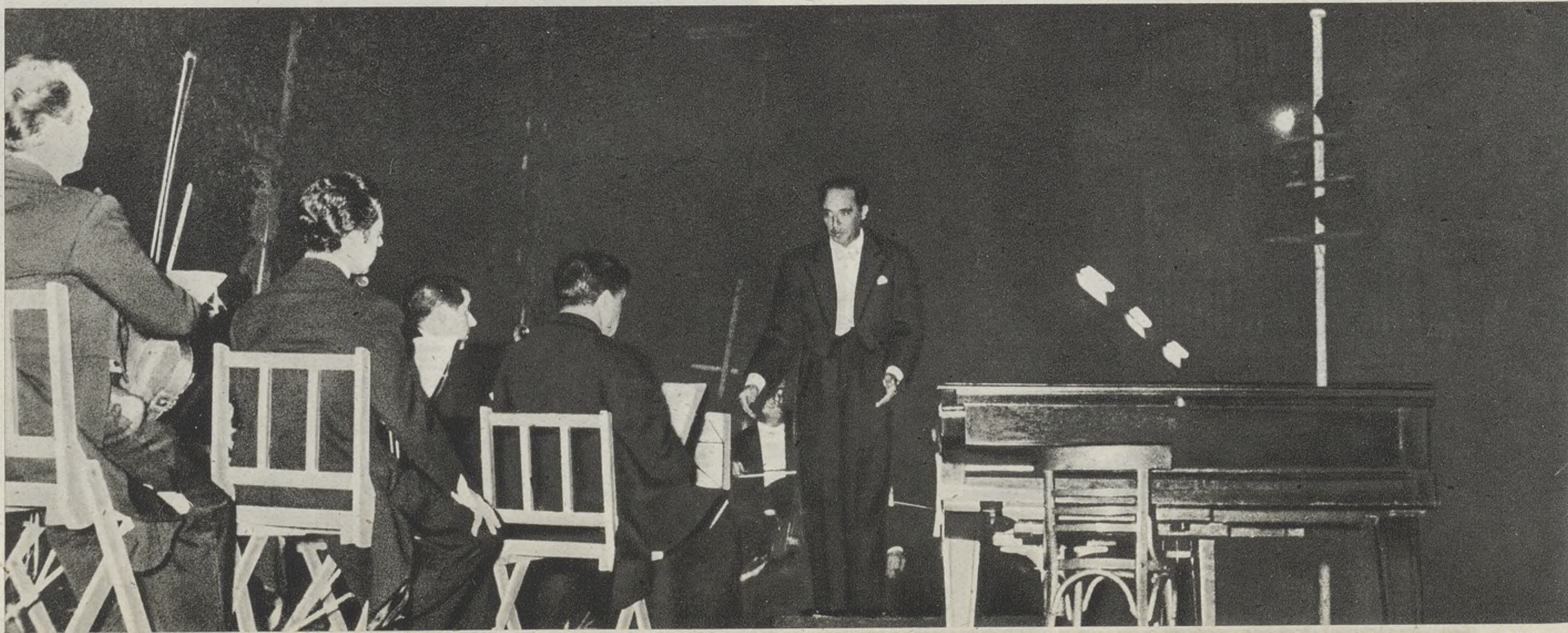
Fué sin duda el anhelo popular por verle de nuevo el que allanó el camino hacia una segunda intervención. Y volvió a triunfar rotundamente. Mas de nuevo las aclamaciones sirvieron tan sólo para exacerbar la postura de recelo entre quienes, al hablar de él, sólo se acordaban de aquellas primeras palabras: «Juventud, inmadurez, promesa.»

Establecióse así una discusión secreta entre la opinión de los melómanos y la de los entendidos con firma. Por primera vez en la historia de los conciertos ordinarios, se llenó la sala del Monumental. Se encrespó la pugna, multiplicáronse los llenos. Y he aquí que en 1942, con la misma juventud de antes, con el mismo ardimiento temperamental de siempre, pero con la crítica en pleno giro a su favor, firmaba su primer contrato, por dos años y en muy considerables condiciones

ESPOSA INGLESA, CONTRATO INGLES

Jordá está en Sevilla. Ha dirigido en Sevilla y se halla en Sevilla muy a gusto. La crítica madrileña ha vuelto a tener ocasión de referirse a él después de una ausencia de *(Pasa a la pág. 66.)*

En San Francisco de California, el cónsul de España impuso a Jordá, director de aquella Orquesta Sinfónica, la encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio.



Bajo el cielo libre de España, en los festivales que organiza el Ministerio de Información y Turismo, vemos de nuevo al maestro Jordá dirigiendo un concierto.



EL REGALO DE AÑO NUEVO PARA EL CINE

La belleza excepcional de Abbe Lane, la reina del «cha-cha-chá», en su primera película española, «SUSANA Y YO», aparecerá pronto ante el público. Música, canciones y alegría en una producción BENITO PEROJO que presentará CEA DISTRIBUCION y que ha dirigido Enrique Cahen Salaberry. La cinta ha sido rodada en Eastmancolor, y secundan en la misma a la bellísima actriz Abbe Lane, que presentamos, Jorge Riviere, Mary Lamar, Guadalupe Muñoz Sampedro, Félix Fernández, Lidia Alfonso, Juan José Menéndez y Xavier Cugat y su orquesta. (Foto Ortas.)

Los actores cuidan hasta el mínimo detalle el vestuario, la palabra, los movimientos. Al fondo de la figura, los músicos siguen los pasajes de la escena.

Este es el primoroso escenario desde el que se representa «No-Gaku». Un clima de selección preside la sala. El marco corresponde a la calidad de la invención.



DE ESPALDAS AL CINERAMA

UN DRAMA DEL SIGLO XV QUE AUN SE REPRESENTA EN TOKIO

Por FERNANDO GARCIA GUTIERREZ, S. I.

He vivido dos horas y media, en uno de los teatros más céntricos de Tokio, con cinco siglos de retraso. Ha sido un rato incomprensible para la vida de vértigo del siglo xx. Una función del teatro clásico japonés me ha hecho dar marcha atrás en mi imaginación para situarme en los comienzos del siglo xv.

Pocos pueblos conservan aun vivo un teatro que haya sido capaz de permanecer intacto en medio de una corriente vertiginosa de desenvolvimiento. Una de las primeras creaciones del teatro japonés—el *No-Gaku*—se representa todavía en el Japón con todas sus señales de perfección y primitivismo.

Para hacerse uno idea cabal del *No-Gaku* japonés hay que dejar a un lado, siquiera por unos momentos, todas las categorías que tenemos para

Una de las danzas de lentos movimientos que están insertas en la representación. Son típicas las máscaras y los quimonos, todos ellos bordados bellamente en oro.

EL "NO-GAKU" JAPONES

juzgar una época o una obra de teatro. Donde nosotros pondríamos acción, aquí hay que poner desarrollo lento de ideas; donde pondríamos movimiento, aquí absoluta quietud; si allí pensamos en música de sonidos asequibles, aquí tenemos que hacer nuestro oído a acordes insospechados. En una palabra: nada de lo que concebimos en el teatro occidental podemos aplicarlo a esta realización primitiva del teatro japonés.

No quiero decir con esto que en el teatro japonés de todos los tiempos se den estas mismas notas de primitivismo. Al margen del *No-Gaku*, un teatro nacional se ha ido desarrollando a la misma velocidad y con las mismas características que en Occidente. Hoy, sobre todo, las últimas corrientes del teatro moderno están vivas en los *(Pasa a la pág. 66.)*

Los rostros evocan las figuras del más primitivo teatro japonés. Todo en el drama es musical y minucioso: la composición de las figuras, el orden del escenario...





CANTINFLAS Y CHAPLIN

DOS GENIOS DEL CINE

Por ISMAEL DIEGO PEREZ

NADIE puede desconocer la realidad de Cantinflas en los públicos de habla española. Conozco algunas de las objeciones que se hacen a su arte. Los defectos se irán corrigiendo en la medida que Cantinflas quiera dar el salto a la fama universal. Porque Cantinflas es un cómico genial, el mejor hasta ahora en todos los pueblos de la comunidad hispánica. Y empleo el término «genio» con todo su valor semántico y psicológico. En otros países no le conocen, por la dificultad de traducir su arte, tan peculiar. Sólo algunos técnicos del cine internacional le conocen, pero su fama no llega a las multitudes. Tengo cartas de varios países respondiendo a mi encuesta sobre nuestro gran cómico, y todas me aseguran que no saben nada de su arte, ni siquiera de su existencia personal. Es posible que la última película, filmada en varios países del mundo con dirección norteamericana, «Vuelta al mundo en ochenta días», basada en la novela de Julio Verne, en la que se han invertido nueve millones de dólares, y que no ha llegado todavía a Iberoamérica ni a España, sea el comienzo para su proyección universal.

Creo que, en gran parte, la culpa de no ser Cantinflas lo que merece, como los más exigentes quisieran, se debe a los intelectuales mexicanos, que no se acercan para ofrecerle sus ideas o sus argumentos mejores, y le dejan en manos de otras gentes que no tienen la preparación ni las ideas que nosotros pedimos. Me dicen que Cantinflas es inaccesible, porque cree en una superioridad de sí mismo, y ni recibe ni acepta otras sugestiones. Yo no creo en esto último; todo el que hace un argumento cree que no existe nada mejor, y sale defraudado al no aceptarlo Cantinflas.

Yo propondría a nuestro gran cómico que hiciese un concurso de argumentos para su cine todos los años, dando cincuenta mil pesos por el argumento o argumentos que encajasen en su genio. Podrían concurrir, en primer término, todos los escritores de habla española o portuguesa, y en segundo término, cualquier escritor que hablase otros idiomas. Y digo en primer término los de habla española porque, en general, son los únicos que le conocen, y quizá fuesen los únicos concursantes.

Cantinflas se debe a su arte y a su genio, y debe importarle mucho más su destino universal que la recaudación de taquilla en los países que le conocen. Debe hacer las películas que hace ahora, si cree que su público lo quiere así, y otras películas—una cada dos o tres años—destinadas al público universal. Todas las características de genio individual o de técnica cinematográfica, en este último caso, debe cuidarlas especialmente. Y adaptarse a la dirección técnica de un director que sea digno de él, con todos los recursos del talento y de la peculiaridad cantinfliana. Porque Cantinflas es un genio excepcional, y no todos los argumentistas ni directores están preparados, correríamos el peligro de falsear al Cantinflas auténtico si creyéramos que cualquiera podría argumentar o dirigirle. Si Cantinflas es una excepción, en todo hay que buscar la excepción. si queremos que Cantinflas proyecte de sí mismo sus inmensas posibilidades.

INTENTO COMPARATIVO ENTRE CANTINFLAS Y CHAPLIN

Asegura el filósofo Bergson, en su libro «La risa», que los dramas llevan nombres propios,

y las comedias, nombres comunes. Yo le doy la siguiente explicación: todo nombre propio es un anhelo de jerarquizar a un hombre, traducirlo en un sistema de ideas que nos expliquen sus pasiones singulares, y el nombre común es implicarse en lo genérico humano, cuyas jerarquías y valores no se explican, y todos nos sentimos definidos por el personaje de la comedia. Cuando en la comedia se habla del avaro, del borracho o del santo, el espectador cree encontrar, en mayor o menor proporción, las voces definidoras de su propia intimidad. Y al contrario cuando en el drama o la tragedia; a Medea, Coriolano o Julio César los miramos como cimas inaccesibles a nuestro común sentir de hombres molientes y corrientes; los admiramos y explicamos intelectualmente, pero no se fusionan sus pasiones con las nuestras.

En estos dos conceptos encuentro la diferencia entre Cantinflas, que es lo común humano o la comedia, y Chaplin, el que ahora aparece, que ha sido superado por el cambio de gustos, cosa que trata de suplir con talento intelectual o recursos técnicos de viejo «clown».

Entre Chaplin y Cantinflas hay diferencias fundamentales: el primero representa el genio europeo, madurado en conceptos intelectuales, y el segundo expresa el sentido comunitario de las razas mágicas, que se muestran en vivencias o intuiciones, en un no ser de claridad lógica. El actor inglés, siendo pobre, aspira a ser «gentleman»; hay como un afán oculto de salir de su ambiente de pobreza, para convertirse en señor; el actor viste de mendigo, pero con ropas de señor con muchas pretensio-







El actor mexicano Cantinflas con Ismael Diego Pérez, autor del libro «Cantinflas, genio del humor y del absurdo», que ha sido editado en México.

nes, denunciando su miseria de señor decoroso. En cambio, Cantinflas se viste siempre de pelado, sin aspirar nunca a cambiar de estado social, y si, por accidente, se convierte en señor, se comporta siempre como pelado, aunque un pelado con espíritu de señor.

Cantinflas ha desbordado o superado los esquemas conceptuales de Chaplin, sustituyendo con la sinrazón del absurdo el concepto chapliniano de un bien fundamentado sentido del humor. La dirección técnica, los argumentos y las escenas, en las películas de Chaplin, están calculados previamente; Chaplin estudia bien su personaje, y se comporta en sus ideas y actitudes con lógica consecuencia. En Cantinflas no cuenta apenas el argumento ni la dirección técnica: a medida que va actuando va sacándose de sus propias luces inspiradoras el gesto, el desenlace o la actitud conveniente, con una personalísima actividad creadora. Se dijera que, desde el fondo mágico de su raza, le surge la intuición de lo mejor. Cualesquiera que fueran los argumentos, Cantinflas marcaría el sello inconfundible de su personalidad.

En Chaplin nunca hay una sinrazón: todos sus movimientos o sus ideas sobre el humor están preconcebidos, aunque sean madurados en un temperamento genial. Las cosas suceden como han de suceder, y en Cantinflas todo es espontáneo y absurdo. Y el imperio del absurdo encaja mejor en nuestro tiempo; es un irracionalismo o una descarga subconsciente de ideas demasiado rígidas.

Cantinflas tiene siempre una gran piedad e indulgencia para todo lo humano. En Chaplin hay siempre el rencor de su infancia indigente, y Cantinflas es el pelado que vive feliz en su sociedad. Chaplin ataca a los burgueses, y Cantinflas cree que poseer como el burgués es dejar de ser feliz sin tener.

Chaplin ha hecho reír a todo el mundo, y Cantinflas a los mexicanos y a los hispanoamericanos. Chaplin representa el mundo que se fué. Si las gentes ríen es porque están sugestionadas por un prestigio de muchos años, y la costumbre crea los hábitos mentales; en realidad, el arte de Chaplin gusta ahora a gentes resabiadas de intelectualismo, que ven en su arte viejo su propia vejez física y moral, o recuerdo de estímulos jóvenes que se apagaron y ellos creen actuales.

El arte de Cantinflas, que hoy sólo gusta a los españoles y a los hispanoamericanos, está muy cerca de gustar a todo el mundo; depende, en una gran parte, de Cantinflas. La marea asciende en los pulsos de la Historia, y los pueblos de América, que nacieron de la estirpe española con nuevas y especiales características, y otros pueblos que ya están en ella, en tránsito hacia una etapa mágica, se encontrarán con el humor de Cantinflas y será reconocido y aceptado lo mismo que fué Chaplin en su tiempo. Varias generaciones jóvenes están esperando la expresión humorística de este tiempo. Cantinflas es el llamado; si no lo hace, se dará cuenta tal vez cuando ya sea tarde.

Señalamos dos modelos de lenguaje humorístico: el de Marck Twain, que podríamos aplicar al concepto intelectual de Europa, y el de Cantinflas, como lenguaje absurdo, a tono con el gusto de este tiempo. No recuerdo en qué revista norteamericana se hablaba de la necesidad de establecer en el mundo el imperio del absurdo.

Dice el humorista inglés, estableciendo deliberadamente el disparate:

«—¿Es cierto que tiene usted un hermano?

»—Sí; le llamamos Bill. ¡Pobre Bill!

»—¿Cómo es eso? ¿Se ha muerto acaso?

»—Nunca pude saberlo. Un gran misterio envuelve este punto. El finado y yo, éramos mellizos; nos bañaron juntos cuando sólo contábamos quince días, y uno de nosotros se ahogó; pero nunca pudo saberse cuál de los dos fué el muerto. Unos suponen que Bill; otros, que yo.

»—¡Es extraño! Pero, y usted, ¿qué cree?

»—Voy a confiarle un gran secreto que nunca he revelado a nadie. Uno de nosotros tenía una marca particular: un gran lunar en el reverso de la mano izquierda, y ése era yo. Pues bien, ése fué el niño que murió ahogado...»

Y ahora, el lenguaje cantinfliano:

«Cuando se llega al adulterio, o sea, a la edad adulta, usted se encuentra con que, después de todo, ya no está usted tan joven, y entonces se vuelve medio filósofo. El detalle está en que muchos confunden a Platón, el de la filosofía, con el filo de Sofía, la del platón. Lo importante es llegar a la vejez sin pasar por la chochez. Uno, bien cuidadito, con su alimentación a sus horas, puede llegar no digo al centenario, pero hasta el cuaternario. Así es que lo que usted debe hacer es comer el doble, aunque su mujer se muera de hambre, al fin que con que haiga uno sano en la familia, aunque el resto ande tronando el esqueleto.»

O aquel otro que dice:

«—Yo venía..., pero siéntese usted. No; estoy bien; gracias—él se hace la invitación y la acepta—. Como la verdad, creo que usted y yo... Oiga, ¿no fuma? Da la casualidad que usted tiene cigarros y yo no... No; mire: "Faros" no; de eso sí... Bueno, pues, como me venía usted diciendo... Oiga, ¿y qué le pasó la otra noche que andaba con esa changuita... (mona, jerga mexicana). Mírenlo no más casado y todo y en esas... Bueno, bueno, pues lo del grano, ¿no?... No quiero que me considere abusón, o más bien abusado. Total, usted, ¿para qué me dice que me siente y anda de ofrecido con sus cigarros? Como le venía yo diciendo..., joven, más vale un to- *(Pasa a la pág. 65.)*

EUROPA Y EL BLOQUE SOVIETICO

POR

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

(Viene de la pág. 7.) húngaro había conseguido obligar a los rusos a una retirada de los Balcanes al movilizar a sus tropas. Con la línea establecida por Stalin, el Kremlin hubiera podido transmitir al mundo un aire mentido de gran moderación, mientras alcanzaba una base de partida ideal para el porvenir.

STALIN A PARTIR DE YALTA

Moscú continuó fiel a este concepto hasta poco antes de Yalta. Pero la gran debilidad de las potencias occidentales, su hábito de ceder en todo terreno y la renuncia al Plan Churchill de un desembarco en los Balcanes... originaron la expansión de las ambiciones soviéticas hasta el Elba y el Enns. Aparte de ésta, hubo otra razón que obró asimismo. Todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que, durante los años 1940-1944, la tensión nerviosa ininterrumpida y el trabajo sobrehumano habían arruinado la salud de Roosevelt y, con ella, sus facultades mentales. Pero se olvida que la guerra exigió de Stalin un esfuerzo si cabe todavía mayor. El jerarca ruso no era ya un hombre joven. En el curso de la desestalinización se nos han dado a conocer las primicias de ciertos hechos que, pensando con lógica, debimos adivinar mucho antes. Pero en este punto, como en otros, fuimos víctimas de una propaganda que se infiltraba generalmente y que obligó a aceptar el mito del superhombre del Kremlin incluso entre anticomunistas convencidos. Hoy sabemos que la psiquis de Stalin sufrió más la fortuna de la guerra que la del Presidente norteamericano. El ruso perdió el sentido de la medida y de lo posible. Uno de los primeros síntomas de este relajamiento de sus facultades consistió en que ya nunca se avino a mantenerse en las fronteras estratégicamente justas que había fijado a su Imperio, sino que, en la excitación de la victoria, se dejó arrastrar más allá de los límites de la fortaleza, para precipitarse, como un aventurero, en campo abierto.

Esta decisión ha constituído probablemente el error más grave de la política staliniana. Si la Unión Soviética hubiese sabido conservar la medida, habría tenido la seria oportunidad de convertirse, por la libre voluntad de los pueblos, en la primera gran potencia del mundo. No cabe duda de que Norteamérica hubiera escogido un nuevo aislacionismo, que sólo podía conjurar la amenaza. Pero el avance ruso hasta el corazón de Europa indujo a errores que acabaron por poner coto brutal a las expansiones rusas. La agresión contra Grecia fué la consecuencia lógica de la ocupación de Bulgaria. Este fué el origen de la *Truman doctrine,* de la que probablemente los historiadores futuros dirán que no fué inferior en trascendencia e importancia a la *Monroe doctrine.* Por otra parte, la ocupación de la Alemania Central llevó lógicamente al bloqueo de Berlín, cuya quiebra constituyó la derrota más grave de la política rusa. En fin, la ocupación de Viena durante diez años terminó también en una retirada, cuyas consecuencias ulteriores pueden imaginarse, sin pretender todavía juzgarlas definitivamente en sus auténticos alcances.

LA DESESTALINIZACION SOVIETICA

Con la terminación del régimen staliniano en Rusia y con los disturbios subsiguientes a la muerte del poderoso dictador hubo de establecerse por necesidad una nueva línea política.

Los grandes avances del año 1945 despertaron en los comunistas rusos la creencia de que la revolución mundial se hallaba próxima. Al propio tiempo prendía en las masas un sentimiento paneslavo y mesiánico: proyectando sus tropas «invencibles» sobre el Elba, se arrobaban imaginando un rapidísimo salto hasta el océano Atlántico. Tanto más duramente hubieron de operar las derrotas de Grecia y de Berlín sobre los ánimos del comunista soviético. Y sobre todo, quizá, el inmovilismo y el hecho de que los frentes comenzaran a estabilizarse.

La *Policy of containment* norteamericana ha sido objeto de duras críticas. Yo mismo he puesto en duda su eficacia. Pero los hechos han demostrado lo contrario. En efecto, el Plan de George Kennan había reconocido que, desde un punto de vista psicológico, la estabilización de los frentes no podía perjudicar a un Occidente cuyo ideal se basa en la defensiva. Por otra parte, le exasperaría necesariamente el Estado cuyo objetivo fuera dinámico, esto es, la revolución mundial. Por desgracia, al Plan Kennan le faltó un punto esencial, que aminoraba fuertemente su valor. Y es que olvidó el hecho de que habría de llegar el momento en que los nervios del adversario comenzaran a desatarse.

Sin embargo, desde esta perspectiva ha de considerarse la problemática de los epígonos de Stalin. Era esencial para ellos la recuperación de la iniciativa perdida. La derrota ante Berlín les enseña que esta iniciativa no es posible por el empleo de la fuerza armada, al menos en la Europa Occidental. Y, en consecuencia, la política se desplaza hacia el sector diplomático, con el objeto de liquidar los frentes congelados y de salir a campo abierto, incluso al precio de una retirada táctica.

No obstante, esta apertura tiene más simple expresión que realización, sobre todo para un doctrinario como Krustchov. Porque, si bien la revolución mundial es el dogma primero de la religión materialista del Kremlin, la creencia en la infalibilidad del partido no le va a la zaga en importancia. El partido se ha identificado una única vez con una equivocada concepción táctica durante los años de la decadencia staliniana. Cabe explicar a los intelectuales la distinción entre táctica y estrategia. Pero es punto menos que imposible entre las masas. Así, pues, tras 1953, los dirigentes de la Unión Soviética se enfrentaron con la necesidad insoslayable de crear una cabeza de turco, con el objeto de hacer creer al pueblo que el error radicaba no en el partido, sino en un solo individuo. Fracasó el primer intento de imputar la culpabilidad a Beria tras su ejecución. Porque existen límites, incluso para la credulidad de la población rusa. Sólo una decisión heroica pudo luego librar al régimen comunista de este doloroso dilema. De este modo, la desestalinización se convirtió en el corolario lógico de la política ginebrina. Ambas premisas forman partes complementarias de un mismo concepto. Su objetivo consiste en acabar con las líneas y directrices rígidas y de asegurar asimismo la libertad de movimientos a los nuevos líderes de la Unión Soviética.

CRISIS EN EL BLOQUE SOVIETICO

La situación creada por la doble maniobra de Ginebra y de la desestalinización influiría no sólo sobre el mundo libre o sobre las relaciones Este-Oeste, sino también sobre los acontecimientos en el seno del bloque soviético. El tórrido viento oriental, del que se habló en su día, hubo de soplar asimismo sobre los territorios dominados por Rusia antes de atravesar el telón de acero. Y la desestalinización fué desde un principio un arma de doble filo. Los cambios personales y políticos tan importantes dejan necesariamente su huella. Y los acontecimientos iniciaron su curso.

Si hoy día nos impresiona ante todo cuanto pasa en los países ocupados del este europeo, no hemos de olvidar a este respecto que la crisis que manifiesta el bloque soviético tiene ya repercusiones en la misma Rusia y puede conducir a situaciones absolutamente imprevistas. No nos referimos aquí a cambios de personal, inevitables como consecuencia de los acontecimientos de las últimas semanas. Beria hubo de sufrir las consecuencias de la rebelión de Berlín. Por lo mismo, es probable que los días de Krustchov estén ya contados. Poco importa que sean Mikoyan, Malenkov o, quizá como más probable, Zhukov, quienes se hagan con la sucesión, porque se trataría invariablemente de hombres del sistema. Pero al hablar de subversiones en la situación de la U. R. S. S. nos referimos a algo más fundamental. Los soldados soviéticos que se negaron a disparar sobre el pueblo en Budapest son el signo precursor de acontecimientos venideros.

El 12 de julio del presente año moría en la helvética Zurich, de un ataque cardíaco, una de las mentes más poderosas de nuestro tiempo: el publicista, político y banquero doctor Félix Somary. El día anterior a su muerte, al encontrarse con un amigo, llegó a decirle: «En el plazo de cinco años, el bolchevismo ya no existirá.» Podemos adherirnos a esta profecía, pronunciada por un hombre que durante toda su vida representó el ingrato papel de Casandra en Europa. Y que se ha hecho odiar, en consecuencia, por todos los menguados y los mediocres. Estamos de acuerdo con este juicio de la situación actual, sobre todo si agregamos lo siguiente a la frase del difunto Somary: «A condición de que Occidente practique una política adecuada.»

CRISIS DE LA ECONOMIA RUSA

El empeoramiento de la situación en la Unión Soviética se nos manifiesta en los más diversos campos. Una de las supuestas conquistas más importantes de la política comunista consistió en haber eliminado presuntamente las crisis económicas. La propaganda rusa no cesa de hablar de ello. Y, antes al contrario, Moscú combate en dos frentes contra fenómenos amenazadores.

El secreto del éxito comunista en política interior se explica, ante todo, por el hecho de que, pese a una propaganda ideológica de cara al extranjero, el partido ha conseguido mantener el *standard* de vida de su propia población a un nivel ínfimo. El habitante medio del bloque oriental no dispone realmente de tiempo para ocuparse de política, y se adentra espiritualmente en el problema de asegurarse su miserable existencia. Su reducidísimo tiempo libre lo acapara el partido. Al regresar a su casa, cae literalmente en el sopor del agotamiento. Tal es la razón por la cual Stalin fomentó siempre la industria pesada, a costa de la industria de los bienes de consumo. Ello es sólo posible por un tiempo limitado, sobre todo en un país devastado. Pero, a largo plazo, el mercado de la industria pesada se satura. Incluso en el caso de rearme febril. Porque sólo es posible utilizar una cantidad limitada de acero para las armas nuevas. El fenómeno es semejante al hecho de que, en una superficie dada, sólo sea posible emplear, por razones físicas, un limitado número de tractores.

Por esa causa hubo de plantearse un serio problema económico poco antes de la muerte de Stalin. Malenkov intentó ponerle coto autorizando la expansión de la industria de consumo. El resultado fué un aumento (mínimo para los *standards* occidentales) del nivel de vida soviético. Casi inmediatamente después, esta situación originaba las tensiones políticas que provocaron la decisión

unánime del partido de reemplazar a Malenkov por Krustchov y Bulganin. Los manes de la coexistencia con el extranjero retornaron, ya entrado 1955, a la concepción staliniana de la economía. La industria pesada se desarrolló nuevamente a costa de la industria de los bienes de consumo. Y con toda naturalidad se plantea de nuevo el problema de 1952. Ello explica el empeño desesperado del régimen por conquistar mercados exteriores y los viajes febriles de Mikoyan. No obstante, para un país como la Unión Soviética —contra la cual existen prejuicios morales, incluso sin hacer mención al conservadurismo natural de los mercados—esta expansión del comercio exterior no puede realizarse de la noche a la mañana. De ahí que continúe aumentando la presión interna.

Con simultaneidad a esta superproducción de argumento político se manifestaban los primeros síntomas graves de una crisis agraria. Hoy se reacciona duramente en Norteamérica contra el acrecentamiento de los excedentes agrícolas y por la disparidad progresiva de los precios industriales y agrarios. Si analizamos atentamente las estadísticas, algo mejoradas, de la U. R. S. S., podrá comprobarse que allí se lucha hoy con los mismos problemas. No son éstos, pues, monopolio del mundo capitalista. Con ello, la Historia nos enseña que una crisis económica general comienza siempre en el sector agrícola. El pronóstico es, por tanto, gravísimo para Rusia.

Estas amenazadoras perspectivas económicas se enconan aún más con una crisis de política interior. La crisis proviene del eterno problema de toda dictadura: el problema de asegurarse la sucesión. Stalin había logrado franquear este peligroso escollo tras la muerte de Lenin; hoy día, las perspectivas parecen menos alentadoras para el régimen. La experiencia secular nos muestra que nunca se ha conseguido una dirección suprema de carácter colectivo. Además, el Kremlin ha de contar con el conflicto de las generaciones. Según la afirmación unánime de cuantos en los últimos tiempos se relacionaron con los jerarcas soviéticos, la joven generación de dirigentes ya no cree en el marxismo-leninismo. Se trata de tecnócratas nacionalistas en estado puro, que escuchan las lucubraciones ideológicas de Krustchov con ironía o con cólera. Soterradamente arde hoy alerta en la Unión Soviética la revolución palatina de los jóvenes, que coarta la libertad de acción de los mayores.

CRISIS DE LA POLITICA EXTERIOR RUSA

Por último, como hecho quizá más grave, la U. R. S. S. ha de hacer frente a una crisis política internacional. En efecto, desde 1948, y en particular después de la muerte de Stalin, la supremacía de Rusia en el propio bloque soviético ha remitido considerablemente.

El carácter monolítico del Estado oriental proviene, sobre todo, del hecho de que la Unión Soviética fué la sola gran potencia verdadera del bloque. Pero ahora, con el acceso de la China Popular, surgió una nueva fuerza en el horizonte. Es indudable que Mao Tse-Tung reconoció tácitamente la primacía de Stalin. Pero con la batalla del Yalú—río que, más de una vez, ha decidido el futuro del género humano—, en la cual las tropas chinas infligieron una severa derrota a las fuerzas del general MacArthur, los observadores atentos verificaron la realización de un cambio notable, que rebasaba los límites de la cuestión coreana. Y sólo el prestigio del viejo tirano del Kremlin pudo evitar que esta realidad nueva pasara al dominio de las grandes masas.

Pero, una vez enterrado Stalin, sus epígonos no pudieron sostener su posición. Desde 1953 puede decirse que el centro de gravedad del mundo comunista ha comenzado a desplazarse hacia Asia. Este movimiento adquirió tal amplitud, que en los comienzos del otoño de 1956 dicho centro de gravedad podía situarse a mitad de camino entre Moscú y Peiping.

La revolución húngara ha acentuado aún más esta evolución. El prestigio de Moscú ha descendido de golpe por lo menos en un grado. De potencia mundial de primer orden, Rusia ha recaído en un segundo rango. Por analogía, podría decirse que Rusia era comparable a Norteamérica, y China, a Gran Bretaña. Pero hoy día sus papeles se han trocado.

Es interesante notar que, desde el comienzo de noviembre de 1956, Mao Tse-Tung se ha hecho con varios partidos comunistas asiáticos. Y, además, Peiping intenta reemplazar diplomáticamente a Moscú en aquellas regiones que aun hoy podrían ser consideradas como coto privado ruso. Con este fin, China explota con gran habilidad el profundo descontento que impera en numerosos países asiáticos, provocado por la nueva del fracaso de la ofensiva económica de los soviets, con la que contaban sus beneficiarios orientales. Efectivamente, esta ofensiva estaba basada en gran parte en aportaciones de Polonia, de Hungría y de Checoslovaquia. Pero estos tres países se han manifestado poco fieles a Moscú o están arruinados. En todo caso, ninguno de ellos puede considerarse en un futuro inmediato como ayuda para los desvelos comerciales de Moscú.

A largo o a corto plazo, estos hechos plantearán a Rusia un dilema extremadamente doloroso. O bien la U. R. S. S. ha de aceptar el papel de satélite chino, o bien el país habrá de revisar a fondo toda su política del presente y su estructura interna. No habrá medio humano de escapar a esta alternativa; sobre todo en el momento en que las masas soviéticas verifiquen la magnitud del desastre. Este desengaño coincidirá, por supuesto, con el desplome del mito del comunismo como doctrina del futuro, tal y como ha evidenciado el carácter esencialmente joven del levantamiento húngaro.

Estos hechos nos llevan a la conclusión de que en la coyuntura actual operan numerosos factores de una revolución rusa contra el régimen soviético. Y si no osamos llegar más lejos es porque no queremos—por prudencia, a la que nos han habituado las duras décadas vividas—dejar a Occidente un margen de error.

TITO Y LA FICCION TITISTA EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Todavía hoy existen políticos que hablan del factor Tito. Tras su enajenación de la Kominform por orden de Stalin, el mariscal yugoslavo había ganado en importancia a los ojos de Occidente y, en consecuencia, también a los del Kremlin. Esta doble perspectiva ha permitido al jerarca yugoslavo la prosecución de una política de Estado financiada por Occidente.

No obstante, un observador atento y objetivo de la situación habrá de concluir que el corazón del dictador yugoslavo pertenece al mundo comunista. Su política tras la desaparición de Stalin prueba que se trataba, en su caso, de un mero conflicto de incompatibilidad personal y no de una oposición ideológica. Esta es la razón por la cual, desde 1953, las relaciones entre Belgrado y Moscú volvieron a ser amicales. Y haría falta toda la ceguera voluntaria de los propagandistas occidentales para no ver lo que se constituye en evidencia misma.

Cierto número de personas en Wáshington y en Londres siguieron esperanzadas la llamada «política de independencia» de Belgrado. Se resistían a reconocer el hecho de que esta política prestaba un servicio eminente al Kremlin. En efecto, la economía yugoslava se encontraba en un estado tan misérrimo, que interesaba a Moscú abandonar a su aliado al pasivo de las cuentas occidentales, puesto que los recursos rusos eran limitados. Además, un Tito digamos «occidental» era inestimable para sus comparsas no sólo en el terreno de la información militar y de la diplomacia.

Si Tito se convertía en irreemplazable para sus aliados y amigos, en el mundo libre servía a la ficción de la existencia del titismo como fuerza comunista independiente del Kremlin. Esta ilusión fué tanto más fuerte cuanto existían múltiples pruebas concluyentes de su absurdo. Los norteamericanos dilapidaron millones en Francia y en Italia con la esperanza de crear allí partidos titistas. Inútilmente. Un producto peculiar del suelo yugoslavo no puede trasplantarse al Oeste. La misma afirmación podría aducirse *a fortiori* de los otros países del este de Europa, donde los odios y rivalidades existen en torno a Belgrado.

La impostura titista sólo tiene sentido en la perspectiva de Moscú, en el plan soviético de asegurar, gracias a la persona del comunista de Belgrado, una línea de repliegue en caso crítico. El Kremlin había preparado a largo plazo la maniobra que arrojaría a Tito del poder en una hora difícil. El encarcelamiento de determinados titistas no tuvo otro sentido, ya que se les guardaba en la reserva para utilizarlos en el momento oportuno. Pero los jefes soviéticos, astutos por lo general, olvidaron la antigua verdad popular de que no es posible detener a media ladera un carruaje sin mando que se precipita monte abajo. No estudiaron suficientemente la historia de Murat, rey de Nápoles. Esta hechura de Napoleón quiso intentar también la práctica de una política de independencia. Pero Murat sólo pudo sobrevivir políticamente unas semanas a su amo. De igual modo hubiera sido inconcebible destituir a Hitler a la terminación de la segunda guerra mundial colocando en su lugar a un Goering cualquiera.

Todo ello explica la debilidad de Tito durante los últimos acontecimientos. Un hombre que había soñado con convertirse en dueño y señor de la cuenca del Danubio, nada ha podido hacer en la práctica durante las jornadas trágicas de Budapest. Bien es cierto que intentó representar su papel en el plano de la propaganda. Pero nadie escuchó sus palabras. Y los elementos llamados titistas de Hungría fueron los primeros en denunciar su solidaridad con el dictador de Belgrado.

EUROPA, CLAVE DEL FUTURO INTERNACIONAL

Una imagen objetiva de la situación del Este europeo y de la Unión Soviética nos proporciona, pues, pese a las apariencias, sólidas razones de optimismo a largo plazo. Incluso a pesar de la sombría tragedia de un pueblo noble que, con un valor digno de mejor suerte, situó al comunismo al borde de la derrota.

No cabe duda de que este hecho es por sí mismo altamente aleccionador. Porque la Unión Soviética, pese a su victoria aparencial, se encuentra en una situación extremadamente difícil en Hungría. Su política mundial la obliga a conservar a la hora presente la ficción pacífica de las alianzas. Por otra parte, el régimen de Janos Kadar sólo puede mantenerse con la ayuda de la ocupación física del país por el ejército soviético. Efectivamente, el traidor se encuentra en un aislamiento sin precedentes en la Historia. En la hora actual, el comunista títere sólo puede tener confianza en determinadas personas, lo cual es absolutamente insuficiente para gobernar un país, incluso después de las matanzas y las destrucciones. Así, pues, Hungría se convierte cada día más para la Unión Soviética en un lastre inútil, con el que ha de cargar. El país magiar, al igual que Polonia, es prisionero de Moscú; pero, al propio tiempo, la U. R. S. S. se siente igualmente cautiva, porque está condenada a una política de ocupación que la inmoviliza en el momento en que más necesitada está de libertad de maniobra.

Esta debilidad manifiesta del enemigo puede constituirse asimismo en fuente de peligro internacional. Pese a las defecciones de unidades rusas en Hungría, el ejército rojo sigue siendo una inmensa máquina guerrera, comparable a la de los Estados Unidos. Si en la hora actual no hay razones para creer en una agresión soviética basada en un sentimiento de poder, no podemos excluir la hipótesis de un movimiento militar que siga a la crisis política. Los hombres amorales que dirigen el Kremlin pueden sucumbir a la tentación de aplazar sus problemas insolubles recurriendo a la guerra, como todos los tiranos desesperados que los precedieron. En este sentido está justificado afirmar que las condiciones políticas, favorables en esencia al mundo libre, podrían convertirse indirectamente en causa de una sangrienta conflagración.

La Historia prueba la absoluta imposibilidad de obtener la paz en semejante coyuntura, sometiéndose a la voluntad del tirano. Todo signo de debilidad no es sino un estímulo para el agresor en potencia. No podrá salvarse la paz sino por medio de una política clara y fuerte.

Como apoyo de esta tesis citemos los resultados positivos de una actitud enérgica cuando ésta fué mantenida por los Estados Unidos. Recuérdense los alaridos de dolor de todos nuestros neutralistas de hoy día cuando Norteamérica enunciaba la *Truman doctrine*, cuando los Estados Unidos ayudaban al Irán y cuando Wáshington se decidió a no ceder al chantaje del bloqueo de Berlín. Una y otra vez se dijo que el State Department practicaba una política de guerra. Pero hoy sabemos que la energía de los Estados Unidos salvó entonces al mundo. Sólo nos cabe expresar la esperanza de que el espíritu que condujo a estas tres decisiones sea también el que inspire a la nueva Administración del Presidente Eisenhower.

Pero aunque es indiscutible que

Norteamérica ha de significar mucho en la evolución política del mañana, no debemos olvidar a este respecto la importancia de la Europa Occidental. En las horas trágicas de los combates liberadores de Hungría hemos visto meridianamente cómo la actitud enérgica de algunos países (España, Austria e Italia en la O. N. U.) proporcionaban una ayuda inestimable a la nación húngara, participando así en este milagro de revolución victoriosa contra el poderío de un gobierno totalitario. Porque, no lo olvidemos, la revolución húngara ha triunfado. Y sólo la guerra exterior—es decir, la agresión soviética—ha cambiado una vez más, aunque por breve plazo, el curso de los acontecimientos.

Un estudio objetivo demostrará, desde luego, que en la situación presente, tal y como hoy se da, la clave del futuro de nuestro mundo no se encuentra en Moscú ni incluso en Wáshington. Porque se halla en el occidente de Europa.

Nada puede ilustrar mejor este hecho que las leyes inmutables de la Historia, que a largo plazo no se dejan violar. La evolución del este europeo, a la que nos hemos referido, prueba que no puede subsistir una línea de demarcación artificial tal y como fué trazada en Yalta. Tarde o temprano cambiará: en una o en otra dirección.

Se reconoce, por lo general, que los Estados Unidos y Rusia suelen equilibrarse más o menos en la balanza del poderío militar. Entre ambos poderes se encuentra la Europa libre, cuyo censo de población y potencia económica son equivalentes a los de la Unión Soviética. A la hora en que las dos potencias mundiales se neutralizan y Rusia parece perder la dirección del bloque soviético, esta fuerza de la Europa libre puede convertirse en decisiva. Si nuestro continente comprende la necesidad imperiosa de unificarse y si deja de lado (por así decirlo, a la hora undécima) los puntos de vista egoístas y particulares, Europa podrá hacerse dueña de la situación.

No es que queramos preconizar aquí la aventura militar. Ninguna persona razonable lo haría. Pero no debemos olvidar que una fuerza política, económica y militar unida puede ser decisiva, incluso sin entrar en acción. Hemos sido testigos de ello más de una vez en el curso de la Historia. Cuanto ha sucedido últimamente en el Este hubiera tenido mayores efectos de haber existido un Occidente como entidad. Porque, en este caso, los dictadores del Kremlin no hubieran osado utilizar sus fuerzas con la brutalidad y el cinismo increíbles de que acabamos de ser testigos. Efectivamente, frente a una potencia superior, hasta un tirano comunista no osaría provocar a la opinión pública mundial más allá de ciertos límites.

Podemos, por tanto, concluir que el deber más urgente de los occidentales ha de consistir en asegurar una superioridad indiscutible como producto de su unificación. Ayer, crear a Europa constituía un objetivo codiciable; hoy es un imperativo categórico.

La división europea ha sido la gran responsable de cuanto ha sucedido en Budapest. Y nuestra generación habrá de comprender, por último, que no cabe discutir con un totalitario sino a la hora en que es posible reforzar las palabras con una potencia militar efectiva.

NUESTRO OBJETIVO: LA UNIFICACION DE EUROPA

En consecuencia, el primer paso hacia una política constructiva ha de darlo la Europa occidental. Desde ahora es esencial la preparación de planos concretos para el futuro, con el fin de no vernos sorprendidos por los acontecimientos. Y quede claro que, si hablamos de planes, no entendemos por ello determinados pasatiempos de ciertos grupos que se creen en la obligación de preparar inmediatamente para los países del Este unas Constituciones y unos sistemas políticos.

Sería mucho mejor que el Occidente—siempre con vistas a la creación de una auténtica Europa—otorgase a los pueblos del Centro y del Este europeos el derecho a crear los Estados y las fronteras que les convengan. Conviene no olvidar la importancia que hoy tiene la idea de la autodeterminación, y la unificación europea—nuestro objetivo—exige la máxima aplicación de la autodeterminación de los pueblos.

En cuanto a la vida económica, quienes propugnan la restauración del orden de 1918 y 1945 parecen olvidar también que el mundo no se detuvo en 1948. La nueva industrialización del Este europeo ha provocado una integración económica de la región danubiana. Y el hecho de que los rusos—pese a sus ideas políticas y a causa de imperativos estrictamente económicos—se hayan visto forzados a recurrir a la vía de la integración, confirma, una vez más, la unidad económica natural de la cuenca danubiana.

Respecto a lo económico, hemos de recordar siempre la necesidad de un planteamiento fríamente realista durante los primeros años de la integración europea. El ajuste a Occidente de los países que se liberen del comunismo sólo puede realizarse gradualmente y en observancia permanente de las necesidades sociales. No habrá que olvidar, sobre todo, que la industrialización masiva ha cambiado la estructura de la población y será preciso adoptar las medidas idóneas que eviten el paro obrero previsible, ya que numerosas industrias sólo han sido creadas en función de las necesidades del rearme ruso.

Asimismo ha de ser esencial prepararse para abordar una grave crisis agrícola, pues la forma económica actual—el *koljos*—, justificada únicamente desde el punto de vista de la productividad, es detestable en la perspectiva social. Es presumible que la liberación haría desaparecer los *koljos* en pocos días, barridos por los pequeños campesinos, lo que conduciría a un declive de la productividad. Con objeto de hacer frente a este peligro podría recurrirse, como medida de transición, a las cooperativas voluntarias de productores, del tipo de las de Moshaah, en Israel.

LA CONDICION PREVIA DE OCCIDENTE

Algunos problemas previos de la reintegración de la comunidad europea no se señalan aquí, por considerar que debemos hacer frente, por ahora, a las cuestiones que nos afectarán a todos, sin excepción.

Hoy todavía depende de nosotros el dictado de las normas de conducta para el futuro. La evolución política actual ha dado la iniciativa a los occidentales y, con ello, la posibilidad de conseguir una solución permanente sin pasar por la guerra y por las destrucciones sobre su suelo. Pero estos plazos no duran mucho y deben ser aprovechados. Mañana puede ser ya demasiado tarde, y hay algo que Occidente ha de tener muy en cuenta: la libertad del Rin, de las costas atlánticas y del Mediterráneo se ganará o se perderá en las riberas del Danubio o en las cumbres de los Cárpatos.

O. A.-H.

DE LUNA A LUNA

Por Edmundo MEOUCHI M.

LUNA LLENA

Por la puerta grande

Agustín de Foxá ha ingresado en la Real Academia Española. Todos los «inmortales» han votado a su favor, excepto Joaquín Calvo Sotelo, quien, por error (y hallándose ausente en Cuba), se pronunció por Camilo José Cela. Bien merecido tenía este honor el conde de Foxá. Con él la lengua castellana ha volado en alas de la poesía y ha resonado pletórica en todos los pueblos del mundo hispánico. Posiblemente es Agustín de Foxá uno de los escritores más leídos de Hispanoamérica y nadie como él, desde Río Grande a la Patagonia, ha cantado las bellezas y universalidad de nuestro idioma. Con motivo de su nombramiento, sus compañeros de la carrera diplomática le han rendido un homenaje, que presidió el ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo. En el curso del acto, el conde de Foxá pronunció un discurso, uno de los más bellos que se han oído últimamente y del que son las siguientes y poéticas líneas: *Los españoles, como Adán en el Génesis, fueron poniendo nombres a las cosas. Algunas palabras titubeaban, revoloteaban como mariposas indecisas entre los objetos y las ideas, como hicieron aquellos indios de México que llamaron «santiagos» a los arcabuces por el grito «¡Santiago y cierra España!», que anunciaba la descarga. Pero pronto anclaron definitivamente y para siempre. De tal modo que cuando en un pueblo de la sabana de Bogotá recitamos unos cuantos poetas españoles unos versos, dijo el ventero: «Ustedes son de España.» Y como le preguntáramos que en qué lo había conocido, añadió: «En el dialecto»... Allí está Lope, en la boca grana y los dientes de nieve de esa indita del lago Atitlán, en Guatemala, que nos decía: «Caballero, tome fresas; son galanas», como en el verso final de un último terceto. Allí está nuestra Reconquista, en ese plato de fríjoles negros y arroz de las Antillas, que los cubanos llaman «moros y cristianos». Allá está viva la «efe» medieval (muerta entre nosotros bajo la lápida de la hache muda), en ese «Fierro» del gaucho de la Pampa argentina. Allí está Moratín, con su casaca verde mar y su peluquín empolvado, sacando, en Lima, unas lunetas en la boletería del teatro para la función de la noche. Allí está el genio de nuestra lengua, en aquel indio boliviano de poncho rojo que toma el sol y masca coca, apoyado en la pared de adobe y que convierte la tristeza en verbo: «¿Qué haces?» «Pues, patrón, por aquí tristeando.» Yo tristeo, tú tristeas...*

Con la literatura de Foxá ocurrió un hecho muy notable en un colegio de religiosos en Córdoba (España). Pusieron los frailes a los alumnos un ejercicio de redacción sobre el mar. A uno de ellos, estudiante desenfadado, no se le ocurría ninguna idea al efecto ni sabía cómo desarrollarlo. Por aquellos días, *A B C* de Madrid publicó un artículo del conde de Foxá sobre el mismo tema, y, sin pararse en barras, el citado estudiante lo copió íntegro, sin mudarle una simple coma. Lo presentó con su firma y esperó la reacción de los profesores. Su sorpresa fué mayúscula cuando se lo devolvieron calificado con un siete, de diez que era el máximo, haciéndole algunas salvedades al estilo. Reconociendo ciertos méritos al trabajo, y sobre todo una promesa para el futuro, lo publicaron en la revista del colegio.

Conferencias y libros

En el orden cultural, el finado 1956 estuvo dedicado en España, en primer lugar, a rendir homenaje al ilustre polígrafo santanderino don Marcelino Menéndez Pelayo. En todos los medios intelectuales se ha querido honrar su excelsa figura, y todos cuantos están relacionados con las letras han contribuído, cada cual a su manera y condición, a difundir su obra y personalidad. A punto de cerrarse el año, han continuado en toda España las conferencias y actos del ciclo de homenaje. En Madrid, la Asociación de Escritores y Artistas Españoles ha dedicado la inauguración del curso actual a la conmemoración del cincuentenario del nacimiento de don Marcelino, y en ella disertó sobre «Menéndez Pelayo en la cultura española» el director de la Biblioteca Nacional, don Luis Morales Oliver. Mientras, en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organizado por el Instituto Luis Vives de Filosofía y la Sociedad Española de Filosofía, y bajo la presidencia de don José Ibáñez Martín, se celebraba otra sesión académica con ocasión del centenario de Menéndez Pelayo, en la que intervinieron el filósofo don Juan Zaragüeta, el padre Ramón Ceñal (S. J.) y los catedráticos señores Carreras Artáu y Sánchez de Muniáin.

● Con motivo de su ingreso en la Academia de Ciencias Morales francesa, ha visitado París el ilustre catedrático y escritor español don Gregorio Marañón. Su estancia en la capital de Francia ha sido uno de los acontecimientos más importantes de la «Ville lumière». En la Biblioteca Española pronunció una conferencia sobre «El romanticismo». Presidió el acto el embajador de España, conde de Casa Rojas, y presentó al conferenciante el consejero cultural de la Embajada, don José Luis Messía, que anteriormente desempeñó la Secretaría general del Instituto de Cultura Hispánica. Con su verbo profundo, dijo el doctor Marañón: *No es «romántico» el hombre convencional de un siglo y de una moda; es romántico quien, al margen o fatigado de la razón razonada, se confía al corazón y a la razón de la sinrazón. El siglo XIX erró al considerar como opuesto al romanticismo al burgués, pues es, como clase, la más romántica.* Su conferencia ha constituído un positivo éxito.

CUARTO CRECIENTE

Hijo ilustre de Quito

Se ha conmemorado en Quito el CDXXII aniversario de su fundación. Los actos se celebraron en el Salón de Actos de la ciudad. Asistieron con el excelentísimo señor Presidente de la República, don Camilo Ponce; el cardenal primado, doctor Carlos María de la To- (Pasa a la pág. 63.)

BARCELONA





AVENIDA PALACE

Dirección telegráfica: AVENIDOTEL
Teléfono 22 64 40

AVENIDA DE JOSE ANTONIO
PASEO DE GRACIA

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno centro de la Ciudad Condal

250 habitaciones con baño, ducha y radio
Aire acondicionado

Servicio de cocina a la gran carta

•



HOTEL ORIENTE

Dirección telegráfica: ORIENTOTEL
Teléfono 21 41 51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros del puerto
200 habitaciones con baño y máximo confort

•

EL CORTIJO

(TEMPORADA DE VERANO)

Restaurante-Jardín y Salón de Fiestas

Instalación puramente andaluza, en el mejor emplazamiento de la ciudad

Espectáculo típico español e internacional



TARRAGONA

HOTEL EUROPA

ALEGRIA Y FRESCOR EN VERANO · REPOSO Y TIBIEZA EN INVIERNO
BIENESTAR TODO EL AÑO

LE BRINDA EL




EL HOTEL DE LUJO DE LA COSTA BRAVA

YACHTING · TENNIS · BAÑOS · PATINAJE · PESCA SUBMARINA

SALAMANCA (ESPAÑA)

Salamanca ocupa un lugar preeminente entre las ciudades históricas de España. Aparece en su historia con la llegada de Aníbal, el año 237 antes de Jesucristo. Sometida luego a los visigodos y más tarde a los moros; arrasada por el califa Modhafer, fué liberada y reconstruída por Alfonso VI y sus sucesores en el siglo XI. Su fecha principal es la de la batalla de Arapiles, principio de la liberación de España tras la ocupación napoleónica.

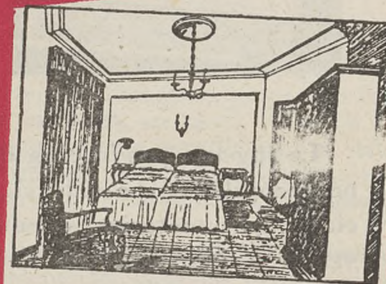
Debe su reputación mundial a su Universidad, fundada en el siglo XIII. Visitada por Cristóbal Colón, que acudió a ella con objeto de cerciorarse del fundamento de su gran sueño—descubrir, allende los mares, nuevas rutas—, nunca dejó de desempeñar un papel preponderante en la institución y difusión de la cultura universal.

La Salamanca de hoy no desmerece en nada de tan prestigioso pasado. De él ha conservado intactos innumerables testimonios arquitectónicos: la Puerta de Zamora, el hermoso paseo de la Alamedilla, la armoniosa y única Plaza Mayor, la Casa de las Conchas, la Clerecía... El visitante debe detenerse a cada paso ante algún monumento patinado por los siglos, a lo largo de sus calles, perfectamente equilibradas, y cuyo sosiego sólo se ve interrumpido, de cuando en cuando, por la risueña música de las célebres tunas universitarias.

HOTEL MONTERREY

INAUGURADO EN MAYO DE 1954

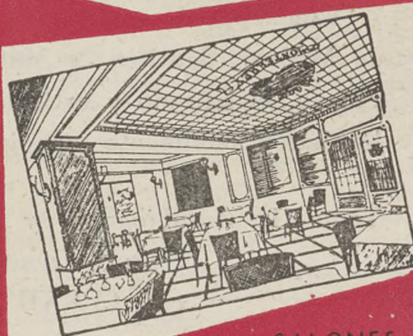




110 habitaciones
con teléfono y baño

Garaje para 30 coches

BAR AMERICANO

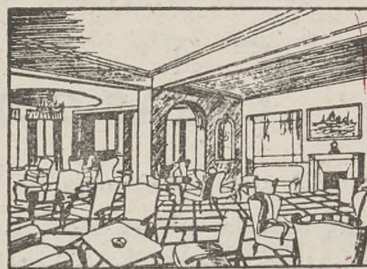


SALONES

Comedor-Restaurant
para 250 personas

EXCELENTE COCINA





Emplazado en la calle de José Antonio, 15, de la Salamanca monumental, se alza el HOTEL MONTERREY, en la zona residencial más aristocrática de la ciudad, en las proximidades de su Plaza Mayor, que por su grandiosidad es única en el mundo.

Los monumentos de su fe se entremezclan con los de su ciencia: preciosa iglesia románica de San Marcos, Catedral Vieja, enriquecida con las mejores joyas de la escultura y de la pintura de la época; Catedral Nueva (siglo XVI), Escuelas Menores, Universidad (siglos XI y XVI); capilla de San Jerónimo, con sus fabulosos tesoros; Hospital del Estudio; Biblioteca, de 80.000 volúmenes; iglesias de San Millán y de San Isidro, Casa de las Conchas, convento de San Esteban, Colegio del Arzobispo, colegios de San Ambrosio y Carvajal, casa de Alvarez Abarca, médico de Isabel la Católica. En ese collar de joyas merecen mencionarse todavía los conventos de los Agustinos y de los Carmelitas, la Casa de las Muertes y, por fin, el palacio de Monterrey, bajo cuyos imponentes auspicios se ha colocado el modernísimo Hotel Monterrey.

La elegante instalación de este último, la notable decoración de su comedor y de sus salones, el confort de sus habitaciones, la excelencia de su cocina y lo esmerado de su servicio ofrecen al turista un sitio ideal para su estancia en Salamanca, merecedora de muchísimo más que un pasar precipitado, y cuya visita detenida se impone a quienquiera que haya comprendido el papel que desempeña, desde hace siglos, el foco siempre ardiente de la cultura hispánica y mundial.

estafeta

RITA CHIVITE. Gomis, número 13, 1.° Barcelona.—Desearía correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo e intercambio de postales.

JESUS JIMENEZ. Rua, número 26 (Comercio). Salamanca.—Desea correspondencia cultural con jóvenes de Venezuela.

MARIA S. CASTRILLO. Lista de Correos. Madrid. Cambiaría correspondencia con caballero católico de treinta y cinco o más años.

ISACIO FERRERAS. Marie Anne, 87, W. Montreal, P. Q. Canadá. Canadiense, de veintinueve años.—Desea correspondencia en español con señoritas iberoamericanas de veintitrés a veintisiete años.

ROSA MARIA MARTIN. Donoso Cortés, 11. Madrid. Desea correspondencia en inglés con jóvenes de uno y otro sexo.

FERNANDO ESCOBAR SANCHEZ. Francisco Salas, 37. Madrid.—Desea correspondencia con señoritas de Hispanoamérica o Filipinas.

AIDA FORNE SAIZA. 13 Norte, número 1001. Viña del Mar (Chile).—Desea correspondencia con joven español, estudiante, interesado en el intercambio de estampillas y postales.

BEATRIZ y ANADELIA CARRIL. Churriarín, número 246. Paraná (Entre Ríos) (República Argentina). — Desean correspondencia con jóvenes de habla española de veinte a treinta años de edad.

ALFRED VILLEGAS. General Delivery. Kitimat. B. C. (Canadá). De veintiocho años de edad.—Desea correspondencia con joven española de veinte a veinticinco años de edad.

MARILYN SMITH. 996 Lode Lane. Sheldon. Birminghan 21 (England). De dieciocho años de edad. Desea correspondencia con joven español. Es aficionada a la música, al teatro y a los idiomas.

PHILIPON MICHELE. Lycée Jeanne d'Are. Clermont-Ferrand. Puy de Dôme (Francia).—Desea correspondencia con joven español de diecisiete a veinte años de edad.

SARRE MONIQUE. Lycée Jeanne d'Are. Clermont-Ferrand. Puy de Dôme (Francia).—Desea correspondencia con joven español de diecisiete a veinte años de edad.

ANGEL AREVALO MARTIN y FRANCISCO BENITO GONZALEZ. II unidad. Sanatorio «Los Montalvos». Salamanca.—Desean correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo.

PABLO KECHICHIAN. Rivadavia, 6118 (Suc. 6). Buenos Aires (República Argentina).—Desea correspondencia con personas de cualquier parte del mundo para intercambio de postales, revistas, etc.

M. RITA HOLGADO. Floridablanca, 133. Barcelona. De veintiún años de edad. Estudiante. — Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de cualquier parte del mundo.

MIGUEL OSSET. C. Sarandí, 522. Montevideo (Uruguay). De veintidós años de edad.—Desea correspondencia con señoritas de dieciséis a treinta años.

RICARDO CARVAJAL DIAZ. Sanatorio Martínez Anido. IV unidad. Salamanca.—Desea intercambio de correspondencia.

PEDRO SAN ANDRES DIAZ. José Antonio, 25, 3.°, Aranjuez (Madrid).—Desea correspondencia con señoritas universitarias de dieciocho a veintidós años de edad.

EVA LEONOR GONZALEZ. Veinticinco de Diciembre, 1049. Rosario de Santa Fe (República Argentina). De veinte años de edad.—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

NIEVES ESTARELLAS. Plaza Virgen de la Cabeza, 8. (Santa Catalina). Palma de Mallorca.—Desea correspondencia con jóvenes de treinta y cinco a cuarenta y cinco años.

ANA URBINA M. Esmeralda, 3053. Antofagasta (Chile). De diecinueve años de edad. — Solicita correspondencia con jóvenes estudiantes españoles.

HILDA PLAZA S. Cov. Vieja, 427. Casa 7. De diecinueve años de edad.—Solicita correspondencia con jóvenes estudiantes españoles.

NILDA SEPULVEDA. G. Lorca, 18 (ó 618). Antofagasta (Chile). — Desea correspondencia con jóvenes estudiantes españoles.

ODILE TIGLE. Quai du Stade. Saint-Die. Vosges (Francia). De veinte años de edad.—Desea correspondencia con lectores latinoamericanos o españoles, en español o francés.

ANTONIO EGIDO RIVERA. Carretera de Andalucía, 13. Madrid. De veintiún años de edad.—Solicita correspondencia con señoritas de Canadá o Australia, en español o en inglés.

ASCENSION ALVAREZ. Vidanes (León).—Desea correspondencia con españoles o extranjeros de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad.

ALEJO CLIMENT. Generalísimo, 6. Tarragona.—Desea correspondencia en español, en francés o en inglés, con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

JESUS MOMPEAN GARCIA, FRANCISCO PORTO OLIVA, JOAQUIN MINGUEZ FRUTOS y MANUEL ROSA LOPEZ. Calle de Santiago y Zaraiche, 200. Murcia.—Desean correspondencia con señoritas de cualquier país del mundo de dieciséis a veintiocho años de edad, para intercambio de postales, sellos, etc.

MARCHETTI MARCELLO. Piazza della Pace, 41. Terni (Italia). — Desea correspondencia con joven española de quince a dieciocho años de edad.

RAFAEL ARIAS. Colonia Manzanares. Hotel número 149. Madrid. De veintidós años de edad.—Solicita correspondencia con señoritas francesas o americanas de dieciocho a veintidós años de edad.

S. G. 28 Acacia Road. London, N. W. 8.—Desea correspondencia con jóvenes españoles o sudamericanos de veinticinco a treinta años de edad.

PEDRO MONTERO y BENIGNO SERRANO. Sanatorio Horno Alto. Béjar (Salamanca). — Desean correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo.

ISAAC RAMON LUIS PAGAM 117. S. Division St. Ann. Cuba. Michigan. Estados Unidos.—Desea correspondencia con jóvenes españoles de uno y otro sexo de cualquier parte de España.

MANUEL DURAN. Jerónimo Hernández, 20. Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos.

JUAN E. CARDONER. Francisco Jondar, 478. Trinidad. R. O. del Uruguay. Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo, especialmente de Gerona y de toda España.

DOLORES ARESTE CARRERA. Calle Claret, número 30. Sallent (Barcelona).—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a veinticuatro años de edad.

AGUSTIN CARRETERO JIMENEZ. Paseo de la Estación, 64. Talavera de la Reina (Toledo). De dieciséis años de edad.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo en inglés y español.

JULIAN COGOLLOS CLARAMUNT. P. Monzó, número 1. Carcagente. — Desea correspondencia con señorita española o americana de catorce a diecisiete años de edad.

SOFIA GONZALEZ. Avenida Nutibara, 77-32. Medellín (Colombia). — Desea correspondencia con jóvenes europeos de habla española de veinticinco a treinta años de edad.

J. SOLER. Doctor Dou, número 8. Barcelona.—Desea correspondencia con señorita americana de catorce a diecisiete años de edad.

LORRAIN LAINEZ, P. O. Boy, 325. Sckreiber, Ontario (Canadá). — Desea correspondencia con joven de dieciséis años de edad en inglés.

JOSE SEGARRA DOMENECH. C. San Enrique, número 4. Moncada (Valencia). Estudiante de Medicina. — Desea correspondencia con señoritas americanas de diecisiete a diecinueve años de edad, en inglés, francés o español.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia, cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de MVNDO HISPANICO. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. **Esta misma tarifa será aplicada a las comunicaciones normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se les dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así,** acompañando el importe en sellos de correos españoles, o bien remitiéndolo por giro postal a nuestra Administración, Alcalá Galiano, 4. Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones MVNDO HISPANICO, reduciendo pesetas a dólares al cambio actual.

NOTA.—En las señas de todos los comunicantes de esta sección donde no se indica nacionalidad se entenderá que ésta es ESPAÑA.

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

«PEPA DONCEL» Y DOÑA LOLA

En el teatro Lara, de Madrid, se ha repuesto una de las más peculiares comedias benaventinas: «Pepa Doncel». Dos aspectos marginales de esta reposición importa destacar: su carácter de homenaje al glorioso autor que durante tantos años conservó el cetro de nuestro arte dramático—para ostentar el cual todavía no se ha hallado sucesor definido—y la participación de la ilustre actriz argentina doña Lola Membrives, que ha vuelto al Lara para interpretar el personaje protagonista, creado por ella misma cuando «Pepa Doncel» se estrenó, en 1928.

Don Jacinto Benavente poseyó como ningún otro dramaturgo español el secreto de hacerse aplaudir por la misma sociedad a la que desde la escena fustigaba implacablemente, y de ello es una buena prueba esta comedia, sobre todo en su primer acto, con mucho el mejor de los tres de que la obra consta.

La señora Membrives supo dar emoción y sinceridad a su personaje en los varios pasajes de la pieza en que éste se reviste de auténtico contenido humano, bien secundada por la excelente compañía titular del Lara: Rafael Rivelles—seguro siempre, con naturalidad escénica, que a veces peca por exceso—, Paquita Mas, Amparo Martí, Francisco Pierrá, Carlos Casaravilla y todos los demás.

Finalizada la representación—cuyos ingresos se destinaron a incrementar la suscripción nacional abierta para elevar un monumento al autor cuya producción ha sido paradigma del teatro español en toda la primera mitad del siglo actual—, el presidente de la Asociación de Críticos Teatrales de Madrid, don Nicolás González Ruiz, hizo en breves y certeras palabras el ofrecimiento del homenaje.

«CRIMEN PLUSCUAMPERFECTO»

El humorista «Tono»—Antonio de Lara—ha estrenado en el teatro de la Comedia una obra titulada «Crimen pluscuamperfecto». No es éste el primer estreno de «Tono», y, sin embargo, en cierto modo, sí lo es. Creo que a este respecto resulta singularmente significativo el dato de que su autor haya designado a «Crimen pluscuamperfecto» como *comedia* —más concretamente, *comedia policíaca*—, en tanto que a sus anteriores humoradas escénicas las denominó simplemente *funciones*.

Y es que, hasta aquí, la producción escénica de «Tono» se había caracterizado por una patente desconsideración hacia las exigencias mínimas del arte dramático. Su teatro sólo tenía de tal la apariencia externa: se representaba en un escenario, ante espectadores y con unos intérpretes que decían las divertidas frases puestas en boca de sus respectivos personajes por el autor. Pero en realidad aquellas *funciones* no eran sino una sucesión de chistes escenificados, unidos por un endeble y arbitrario hilo argumental, carente del menor rigor constructivo y sin sentido del ritmo que ha de tener una acción dramática.

«Crimen pluscuamperfecto», por el contrario, es ya una comedia coherente, en el curso de la cual el autor muestra sumisión casi absoluta a las normas teatrales, sin que ello entrañe—y esto es lo que más satisfacción ha de producirnos—detrimento para la calidad humorística de la pieza, sino que la acrecienta, pues el humor no es ya sustentado únicamente por la ingeniosidad del diálogo, sino también por las situaciones a que da lugar una trama bien construída.

Por lo demás, el humor de «Tono» conserva en esta comedia sus características conocidas: aguda sátira del tópico y de la rutina y evidente habilidad para presentar hechos y personajes sujetos a las leyes de una gracia dislocada y con frecuencia basada en el absurdo.

Si hasta hoy había sido Miguel Mihura el solitario continuador de la gran tradición del teatro cómico español, que tan alto rango alcanzó con Enrique Jardiel Poncela, tras el estreno de «Crimen pluscuamperfecto» debe figurar «Tono» con pleno derecho junto al que fué su colaborador en «Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario».

JUAN EMILIO ARAGONES

LIBROS ABIERTOS

POR UNA CONVIVENCIA INTERNACIONAL. Bases para una comunidad hispánica de naciones.—*Mario Amadeo.—Ediciones Cultura Hispánica.—Madrid, 1956.—232 páginas; 45 pesetas.*

El eminente profesor y ensayista argentino Mario Amadeo recoge en este libro una serie de estudios, discursos y trabajos que constituyen el compendio de lo que es su pensamiento y su opinión sobre los temas que actualmente tiene planteado el hispanoamericanismo. Su certera visión, su claridad expositiva y su seguridad teórica hacen de Mario Amadeo uno de los escritores que más elementos de sugestión puede aportar a todo el que le interese el problema de la comunidad hispanoamericana. Se recoge en este libro su memorable discurso del 12 de octubre de 1954 en Zaragoza, con motivo del Día de la Hispanidad—discurso que ya conocen los lectores de MVNDO HISPÁNICO—, con el que formuló de una manera certera y concreta lo que era su pensamiento sobre el programa a seguir para llevar a cabo dicha comunidad.

La primera parte del libro, orgánica y sistemáticamente dispuesta, es seguida de unos interesantes apéndices de precioso valor documental y aditivo. Son los títulos de estos apartados: «Doctrinas argentinas de Derecho internacional», «Los pactos de Mayo» y «Hacia una comunidad hispánica de naciones».

Desde ahora, y ya para siempre, el libro de Mario Amadeo será base de pensamiento para todo estudio relacionado con el tema y pieza fundamental de donde puede arrancar cualquier labor positiva al respecto.

G. N.

CONSULTORIO HERALDICO

Genealogías y heráldica hispanoamericana.

Blasones y nobleza de Hispanoamérica.

Genealogías y heráldica de los reinos de España.

Genealogías y heráldica de Hispanoamérica.

Armorial y nobiliario de Hispanoamérica.

Ciencia heroica hispanoamericana.

S. YTURBE. Caracas (Venezuela).—Datos sobre el título nobiliario de conde de Santa Ana de Izaguirre.—Este título fué concedido por su majestad el rey Don Carlos III, en 3 de julio de 1766 (real despacho de 16 de julio de 1769), a don Mateo de Izaguirre y Eguren, comandante del batallón de Milicias de Panamá, bautizado en Ermúa, Vizcaya (parroquia del Apóstol Santiago), el 26 de septiembre de 1718. Falleció soltero el primer conde en Panamá, sucediéndole en el título su sobrino don Francisco Chorroco e Izaguirre (hijo del matrimonio de doña María Ana de Izaguirre y Eguren—hermana del primer conde—con don Santiago Chorroco y de Zubizarreta), nacido en Ermúa el 3 de noviembre de 1756. También murió soltero el segundo conde, por lo que el título pasó a su hermano, don Santiago Chorroco e Izaguirre, nacido en Ermúa el 21 de julio de 1762, casado en Bilbao (parroquia de Santiago), el 20 de abril de 1789, con doña Mariana de Leoz y Barbachano, de los que fué hijo el cuarto conde de Santa Ana de Izaguirre, don Pedro Chorroco y de Leoz, fallecido soltero en Bilbao (parroquia de San Nicolás) el 25 de junio del año 1830.

Fué, por sucesión, quinto conde don Fernando de Ciarán Chorroco, nacido en Placencia, Vizcaya (parroquia de Santa María), el 19 de abril de 1775, hijo de doña Teresa Chorroco e Izaguirre—hermana del segundo y tercer conde—y de su marido, don Domingo de Ciarán Iraola, casados en Placencia (Santa María) el 25 de octubre de 1772. Casó el quinto conde con doña Fernanda Brihuega y falleció en Madrid (parroquia de San Sebastián) el 14 de febrero de 1847, sucediéndole su hijo, don Fernando de Ciarán y Brihuega, por real carta de sucesión de 6 de julio de 1848. Había nacido el conde en Madrid (parroquia de San Sebastián) el 3 de febrero de 1825, y de su matrimonio con doña Teresa de Rodrigo-Vallabriga y Flores tuvo dos hijos: don Luis de Ciarán y Rodrigo-Vallabriga (que casó con doña Carmen Muñoz Medrano, y fueron padres de don Alfonso y don Luis de Ciarán Muñoz) y don Fernando de Clarán y Rodrigo-Vallabriga (que casó con doña Luisa Muñoz Medrano y tuvieron por hijo a don Fernando de Ciarán Muñoz). Estos descendientes del sexto conde no pidieron la sucesión en el título, que, por consiguiente, quedó vacante.

En 29 de diciembre de 1949 solicitó la rehabilitación del condado de Santa Ana de Izaguirre doña María de la Asunción de Alzaga y Olano, como hija de don Juan de Alzaga y doña María Olano Abaitúa, nieta de doña Jesusa Iturriza y don Isidro de Alzaga, segunda nieta de doña Dominga de Izaguirre y don Mariano Iturriza, tercera nieta de don José Matías de Izaguirre y doña María Antonia Burdaria, cuarta nieta de don Ramón de Izaguirre y de doña Josefa Ramona Orúe y quinta nieta de don Santiago de Izaguirre y Eguren, hermano del primer conde de Santa Ana de Izaguirre. Es curioso hacer constar que el título, a la muerte del primer conde, pasó indebidamente al hijo de una hermana suya, teniendo su hermano Santiago (nacido en Ermúa el 13 de febrero de 1724) descendencia legítima.

Doña María de la Asunción de Alzaga y Olano, aspirante a la rehabilitación del condado de Santa Ana de Izaguirre, falleció en Bilbao, en 1952, durante la tramitación de su expediente.

Por edicto publicado en el «Boletín Oficial del Estado» de 25 de octubre de 1955, volvió a pedir la rehabilitación de este título don Pablo de Churruca y Dotres, marqués de Aycinena.

J. RAMOS. Azpeitia.—Creación del marquesado pontificio de Acillona.—Don José de Acillona y Garay fué creado marqués de Acillona por S. S. León XIII en 3 de abril de 1902, al que sucedió su hijo, don José de Acillona y Durañona, por breve de S. S. Benedicto XV de 15 de junio de 1918, y posteriormente su otro hijo, don Guillermo Acillona y Durañona, por breve de Su Santidad Pío XII de 2 de julio de 1949. Estos tres señores obtuvieron la autorización correspondiente para usar su título pontificio en España.

EL BARON DE COBOS DE BELCHITE

LA ASUNCION DE MENENDEZ PELAYO

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

En esta conmemoración del centenario de Menéndez Pelayo—nació el 3 de noviembre de 1856—quiero evocar vivamente su numen, ya que Menéndez Pelayo es ahora cuando vive, transformado en psique, en espíritu, en alma y genio de España: "asumpto". Asumiendo nuestro destino colectivo. En auténtica "asumpción" o asunción. Por eso es bello hablar de la asunción de Menéndez Pelayo.

«Entre los muertos vivo», solía él responder cuando le preguntaban por su vida. Y cuando se moría e iba a ir de veras con los muertos, parece ser que sus últimas palabras fueron de dolor por morirse tan pronto, «faltándole tanto por trabajar».

Nació en el 56. Murió con cincuenta y seis años. Ahora, en 1956, toda España se ha estremecido con su recuerdo y toda América y el mundo entero de los sabios hispanistas.

«Testamentario de nuestra cultura» se le llamó por sus enemigos. «Resucitador, sublimizador»; eso es lo que con nuestra cultura hizo aquel prodigioso mágico. Pues sólo cuando lo material concluye, cuando concluye el "limo", la tierra, puede aparecer lo "sub-lime".

«Con los muertos vivo», decía él. Porque los muertos con los que él vivía no eran muertos, sino lo más vital de un pueblo: su historia, su vida inmortalizada, asunta.

Cuando sonó la hora del 98, él tenía cuarenta y dos años y dirigía la Biblioteca Nacional, el cenotafio o panteón de toda nuestra cultura. Allí le llegó el derrumbe de Cuba y Filipinas, sin que la onda explosiva de ese clamor pudiera derribarle. Estaba blindado, protegido, con la Historia misma que acababa de morir materialmente. A su lado, los «Cronicones» de Orosio y de los cenobiarcas castellanos y las «Crónicas» de Alfonso X, los libros primeros en que España comenzó a tener conciencia de sí misma. A su vera, las «Historias de Indias» y la «Imperial» del padre Mariana cuando España llegó a sentirse el brazo de Dios sobre la tierra. Respaldándole, el historicismo ya crepuscular de un Francisco Manuel de Melos—1645—con la primera sublevación de Cataluña. Y el «Criticismo» ilustrado y dieciochesco de un Masdéu, un Hervás, un Flórez, con el que la duda en un destino providencial agrietaba ya la fe en ese destino. A su lado, la historia romántica de un conde de Toreno, la historia nacionalista, liberal, ilusionada por la victoria inútil contra Napoleón. Y la ciencia positivista de un Milá Fontanals, su maestro.

Pero precisamente lo que faltaba para lograr una conciencia total de lo hispánico es que ya todo sustentáculo material desapareciera. Y eso es lo que vino con el 98. Y ése fué el punto de partida de Menéndez Pelayo. Al fin y al cabo, un hombre del 98, uno de aquellos titanes del 98 que han ido poco a poco desapareciendo—el último, Pío Baroja—, pero no sin antes dejarnos las armas en nuestras manos a nosotros sus nietos. «¡Hacia una España mejor!», gritó Ramiro de Maeztu. «¡Hacia una Filosofía nuestra!», dijeron Unamuno y Ortega. «¡A conocer los caminos, los pueblos, los hombres de España!», proclamaron Azorín, Baroja, Benavente. «¡A cantar hondo y universal!», tañeron Machado y el Juan Ramón del reciente Premio Nobel.

Mas no era bastante para resucitar un genio histórico, para sublimizar toda una cultura. Y ése fué el milagro de Menéndez Pelayo: transformar la derrota en victoria, la decadencia en ascendencia, la duda en fe, la dispersión en haz. Y el dolor de los pueblos americanos por una España que había dejado de comprenderlos, otra vez en comprensión, en esa impalpable religación que se llama la Hispanidad.

Menéndez Pelayo fué algo así—y mucho más — para nosotros como un Fichte para Alemania, un Carlyle para Inglaterra, un De Sanctis para Italia, un Gaston Paris para Francia, un Soloview para Rusia... Fué el Beethoven que acertó con la sinfonía heroica de nuestro destino. Fué el Dostoyewsky que reveló el subsuelo religioso de nuestro ser. Y el Pelayo de nuestra Reconquista espiritual, otra vez desde las cántabras montañas. Fué un profeta, un vidente y ¿por qué no decirlo?, «un santo del humanismo hispánico». Por eso hoy su casa natal en Santander ya no es casa, sino santuario, al que se accede en silencio por una escalinata para depositar flores ante su imagen. Y hay un salón de actos que tiene forma y luz y vidrieras de capilla. Y todo el resto son reliquias, reliquias. Sus libros, sus muebles, su pluma, su paisaje de montes y de olas. Y un sacerdote—el bibliotecario Sánchez Reyes—de este culto que guarda esta piedad como un lama para el mundo; este fuego sacro, ya inextinguible, y que ha hecho posible fraguar una ciudad, la Santander perediana, la Santander provincial de mercaderes y marinos de donde salía la harina de Castilla para ultramar y de ultramar llegaban el cacao y la caña y el café y el tabaco, en una urbe sabia, universitaria, internacional, única, como otra Toledo medieval donde se prepara un nuevo Renacimiento.

Menéndez Pelayo, ya desde niño, desde aquel retrato con el sablecito en una mano y la otra abierta; Menéndez Pelayo en el retrato juvenil que le hiciera Madrazo con decisión de águila en la mirada y dulzura romántica de bardo en la sonrisa, fué esa duplicidad armoniosa de energía y de perdón. Pero en su provecta imagen antes de morir ya era todo perdón, todo mano abierta. Pero en todo él, como una aureola de fuego, derritiendo la cera de sus barbas blancas, consumiendo sus huesos mortales, quemando el libro que aun leía.

Contaba Sánchez Reyes que don Marcelino, cuando recibía algún libro raro, soñado largo tiempo, entraba como en trance y se lo colocaba como un pentecostés sobre la testa para sentir su efluvio, su inspiración.

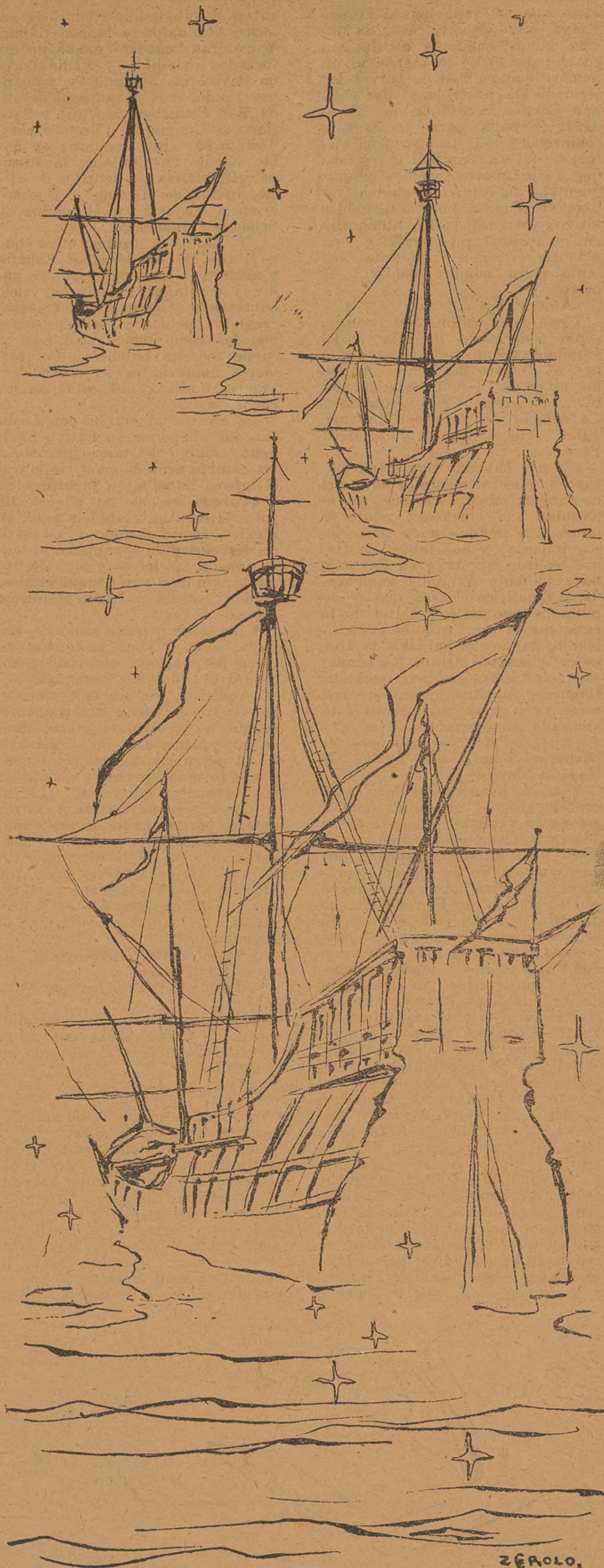
Así, Menéndez Pelayo, como sus libros místicos, vuela hoy sobre nuestras cabezas con vuelo de místico cóndor. Con rumor de alas, alas que lograron levantar en España todo un pueblo—1936—cuando todo un pueblo, España de 1936, parecía perdido; alas que inspiraron a mi generación el empuñar armas y sus obras como salvaciones; alas que han hecho que yo mismo, humildemente, haya intentado llevar a nuestras juventudes y nuestras masas su espíritu, hecho Lengua y Literatura, nuevo método de enseñanza que ya ha fructificado en España y ojalá pronto en América, y me llevan a continuar las letras hispanoamericanas que dejó iniciadas él.

Menéndez Pelayo no ha muerto, sino que vive en todos nosotros. Y hace que a su conjuro cántabro, bajo esa imagen que nos preside, volvamos a sentirnos, españoles y americanos, otra vez como «parientes».

YA NO EXISTE LA LUZ DE ESA ESTRELLA

Por M. POMARES MONLEON

M. Pomares Monleón, español nacido en Alicante y radicado en México, ha publicado diversos libros y ha obtenido distintos premios. Ha cultivado de manera muy personal lo que él mismo ha llamado un «humorismo para llorar». En este género su libro titulado «Un fantasma y mi sábana» fué considerado por la crítica mexicana como el mejor del año. Su gran sentido hispánico, desde un ángulo en que la historia se convierte en verdadera creación, le ha llevado a conseguir páginas como las de «Ya no existe la luz de esta estrella» (Premio Club España 1956). Uno de los capítulos de este libro es el que presentamos a nuestros lectores, como anticipo exclusivo para nuestras páginas, antes de publicarse la novela.



Es curioso. Y un poco triste.

La mayor parte de los españoles que vivimos en América, y con los dedos de las manos pueden contarse las excepciones, hemos llegado a conocer las páginas más gloriosas de nuestra patria lejos de España. Las hemos conocido y nos deslumbraron después que nuestras raíces fueron arrancadas de cuajo de la tierra entrañable. Porque allá en el suspirado solar de nuestros mayores—y quiero referirme a los tiempos míos—apenas si se nos hablaba de América en las aulas de los colegios y de los institutos. Me da la impresión, ahora que tantos años transcurrieron, de que el dolor nacional por haber perdido territorios que fecundaron sangre española mezclada con sangre india nos llevó al error de querer olvidar la historia, desconocerla, para no atormentarnos con el recuerdo de nuestros propios infortunios. Algo así como la conducta del avestruz, que por sabida me callo.

¡América!...

¿Qué era América—y estas palabras las oí de labios del «inculto» don Leoncio—en nuestras imaginaciones infantiles allá por los albores del presente siglo?

¿Esperanza o desesperanza?, cabía preguntar.

Nadie nos lo explicaba a ciencia cierta.

Para nuestros mayores—lo recuerdo bien—, América era «el otro mundo», y de tal modo se la conocía.

¡El otro mundo!...

¿Qué se quería decir con ello? ¿Vida o muerte?

América, ¿era principio o fin? ¿Tierra virgen o campos malditos?

¿Significaba «el otro mundo» el comienzo de una nueva civilización labrada con arados de Castilla, el surgir allende los mares un nuevo brote español, una nueva raza de otras dos que se amaron al combatirse, o no pasaba de ser la tumba insondable que cavara un navegante iluminado, con el pico de sus sueños, para la aventurera España?

A los niños de mi época apenas se nos hablaba de América. Conocíamos y nos eran familiares los nombres de Isabel y de Fernando, y de Cristóbal Colón, y hasta el de sus tres carabelas, sobre las que unos «dioses blancos», nuevos Reyes Magos de cuento oriental, cruzaron el amplio desierto de los mares, con lentitud simbólica de camello, y arribaron a depositar en el balconaje de infantiles playas la nunca soñada juguetería de un idioma y una cruz. Pero...

¿Qué sabíamos en nuestros colegios, qué se nos decía para pasmo y ejemplo del temple de nuestra estirpe, de las aventuras y desventuras de un anónimo escudero hidalgo, nacido en la provincia de Cáceres, que pasó a las Indias en 1504, empujado por un gran designio, en el que la mano de Dios había escrito, como meta gloriosa, cuatro letras enigmáticas: *Birú*? Nada o casi nada. Y fué precisamente ese modesto extremeño el soldado que clavó, jinete a la grupa de las más altas cordilleras, el invicto pendón de Castilla en las fértiles y bellas tierras del Perú, cuna de las remotas culturas de Muchik, de Nazca, de Chavin y de Tlahuanaco. Nada o casi nada sabíamos de Francisco Pizarro.

Yo recuerdo que en Alicante, cuyo barro tengo aún pegado a mis sandalias peregrinas, existía y debe existir una humilde y callada plazuela de sabor provinciano, casi pueblerino, llamada de Hernán Cortés. Yo era un niño que conocía ya las historias, entre otras de fantasía desbordada, de Robinson Crusoe y de los viajes de Gulliver, y, en cambio, el nombre de la plazuela silenciosa y pueblerina nada me decía ni me evocaba, como a todos los de mi misma edad en los tiempos de que hablo. ¡Bah, un capitán más, o algo así, de los muchos que tuvo España!... Hasta que llegué a México, empujado por mi adversidad; a este México bueno como pan bendito, y al añorar mi tierra azul con blancura en las velas y en las marineras nubes—añoranza amarga y dulce de limoneros y datilares—quise ver en la cumbre de los volcanes aztecas mi plazuela alicantina, modesta y callada, con su placa abandonada al polvo de las indiferencias: Plaza de Hernán Cortés. Y en mi nostalgia, más amorosa cuanto más amarga, la placita de mi pueblo se hizo volcán también. Y la soñé

como una montaña más de fuego y lava, entre estos volcanes de México, cuyas hogueras esculpieron en el mármol de la eternidad un nombre que no han de borrar los siglos ni los cataclismos: don Hernán Cortés. Pero tuve que abandonar España para alcanzar a comprender toda la magnitud histórica de un capitán extremeño que forjó nuevos pueblos y que, mientras su espíritu inmortal rebasa el penacho humeante de los altivos volcanes de Anahuac, allá en mi ciudad mediterránea una plazuela olvidada y silenciosa ostentaba su nombre cubierto de polvo .

¡América!...

Tiene usted razón, don Leoncio. ¿Qué conocíamos de ella y del alummbramiento de nuevas naciones, al conjuro del genio español, los niños de España precisamente?... *Robinson Crusoe, Gulliver, La cabaña del tío Tom.* Salgari. Julio Verne... ¡Eso sí, ya lo creo! Pero...

¿Se nos hablaba algo, para maravillar nuestra mente infantil, del hombre extraordinario que, sobrepasados sus cincuenta años, se lanzó a la conquista de misteriosos imperios y sus labios cristianos besaron con amor en Panamá, boca ardiente de india enamorada, y fructificó el beso, que es semilla de mestizaje y crisol de la raza nueva con raíz hispana?... Nadie, nadie nos hablaba de Diego de Almagro, otro de los titanes españoles del siglo XVI, con sus flaquezas humanas y sus errores, como toda carne mortal que está amasada con barro.

¡Ah!... Pero nos sabíamos de memoria *Veinte mil leguas de viaje submarino.*

Y nada, puedo jurar que nada, conocíamos del navegente audaz, esforzado y genial que, nacido en Tierra de Campos, derramó la primera gota de sudor español, que aun no secó, en la isla de Puerto Rico, y bautizó una tierra nueva con el nombre de Florida. El que dignificó y ennobleció el concepto de aventurero, con sus ansias marineras, cuando en 1519, junto con Juan de Castañeda, meció sus sueños de inmortalidad en el tobogán de las olas desde Panamá al golfo de Nicoya y en todo ese litoral del Pacífico por vez primera al mar se le llamó mar y a las estrellas estrellas y al indio «hijo de Dios verdadero». ¡Qué poco o nada sabíamos de Juan Ponce de León!

¡Ah!... Pero con avidez y embeleso nos enterábamos de *Los misterios de la selva negra*, de Salgari.

¡Moyano, el leñador!... ¿Quién era?... Cordobés anónimo, impulsivo y resoluto, que con treinta hombres y seis caballos — menos que en un desfile de cuadrillas al son de un pasodoble torero—se lanzó, contra el pesimismo de Pizarro, a la conquista de nuevas tierras en los dominios que fueron de los incas Atahualpa y Manco Cápac. Y con tan reducido grupo de esforzados paladines y media docena de bestias agotadas y jadeantes, fundó, tras hazañas de leyenda, San Francisco de Quito y Santiago de Guayaquil. ¡Treinta hombres le bastaron, treinta..., y haber nacido en Córdoba, la sultana. ¿Quién era ese leñador de oficio, apellidado Moyano?... Buscadlo en la Historia con el nombre de Sebastián Belalcázar.

¡Y tantos y tantos otros que pasearon las banderas de España y alzaron la cruz de Cristo en valles y montañas, el selvas y ríos, bautizando tierras catecúmenas, creando pueblos y oyendo estremecidos cómo labios profanos en carne morena balbucían las primeras palabras de su redención: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

¡Y aun se lamentaba don Leoncio, que abandonó su nativa Cariñena, camino del nuevo mundo, a los catorce años de edad, de lo que él mismo llamaba su incultura!...

«Porque yo, en mi pueblo, no fuí a la escuela, ¿sabe?, y aquí, en México, recién llegado y a fuerza de desvelos y de sopapinas, aprendí unas pocas letras y algo de números, sin más pupitre que el mostrador, escuela y cama al mismo tiempo...»

Y se dolía porque salió de España, a la que no ha vuelto en cerca de cuarenta años, sin conocer ni el Pilar de Zaragoza.

«Aquí fué, don Enrique—me decía—, y en Puebla precisamente, porque no lo olvidaré jamás, donde mi espíritu de niño se maravilló al descubrir que mi solar aragonés formaba parte de un pueblo cuya grandeza ignoraba... ¡Le juro que si sigo en Cariñena, ni me entero, porque nadie se preocupaba por hacérnoslo saber!... Puede usted creerme si le digo que allí los más viejos ignoran quién fué Motolinia... ¡Y son pieles curtidas por el sol aragonés, que es el más español de los que alumbran en el firmamento!

Y su modestia, sin recovecos, parecía justificarse:

—Porque ustedes, los que estudiaron...

«¡Nosotros, los que estudiamos...!», pienso ahora que sobre las cuartillas se está volcando mi sinceridad.

¡Ay, don Leoncio, don Leoncio!...

«¿Y qué es lo que estudiamos?», le hubiera podido replicar.

Ni más ni menos que lo que puede aprender quienquiera y alcance a ello en cualquier escuela o universidad del orbe: gramática, matemáticas, literatura, nociones de historia, leyes, medicina, contabilidad, filosofía, ingeniería, arquitectura... Pero lo nuestro, lo magníficamente nuestro, lo que es orgullo y blasón de nuestra historia como raza creadora, incomparable y única; las huellas imperecederas de unos hombres barbudos, iluminados, heroicos y geniales, que en el siglo XVI esparcieron la semilla española en surcos llenos de abrojos y de espinas, eso..., ¡eso, mi querido don Leoncio, lo conocíamos tanto o poco más como pueden conocerlo los zagales de Cariñena que, como usted, no han visto, ¡parece mentira!, ni el Pilar de Zaragoza.

Así, muchas veces me he preguntado: ¿Es que en mis tiempos de escolar se sentía rubor en la Península por las glorias de España?... ¿Por qué entonces esa timidez, ese regateo en abrirnos la historia por sus páginas de mayor esplendor y grandeza?... ¿Por qué mis ojos infantiles leyeron la primera vez el nombre de Hernán Cortés grabado sobre una placa polvorienta en una plazuela humilde y abandonada, de temblores pueblerinos?... ¡Y en su misma patria, don Leoncio; pásmese usted...! Yo no recuerdo que en Madrid, capital de España, se levante monumento alguno, auténtico monumento, en memoria y homenaje al capitán de Extremadura. ¿Con qué fuerza moral queremos reivindicar, si la palabra cabe, su nombre en tierras aztecas, que por buenas no conocen el odio ni el rencor, si en su propia España le tenemos—o le teníamos—casi en el olvido?

¡Los que hemos estudiado!...

También como usted, don Leoncio, y como muchos compatriotas de su temple y condición, nosotros, «los últimos que llegamos», hemos tenido que pisar la hospitalaria América para adentrarnos en el corazón de España y sentir, en el minúsculo que nos late bajo la piel del pecho, una altivez desconocida, que ha sido y sigue siendo el bálsamo para las llagas del desterrado y el consuelo de los que voluntariamente levantaron aquí su hogar: la altivez de ser español.

No hay otra verdad. Para que la arrogancia de lo hispánico, en la más pura acepción del vocablo, naciera o despertase en nosotros, hemos tenido que romper, por millas y más millas, las crestas de las olas, y admirar en «el otro mundo», por ejemplo, el deslumbrante altar de los reyes, al cobijo de la majestuosa catedral de México, que, al decir de un cronista cuyo nombre escapa a mi memoria, «no se sabe a punto fijo si ese portento sube de la tierra irradiando esplendores o baja de lo alto como una copiosa catarata de oro». Y el nombre de Juan de Balbás, orfebre sevillano arribado a estas playas allá por el último tercio del siglo XVIII, en una de las naos que formaban la flota mandada por el general don Sancho de Gaviria y Hernández, a quien se debe esa maravilla del arte religioso y la otra churrigueresca del altar del Perdón, sonó por vez primera en nuestros oídos bajo el limpio y entrañable cielo de los aztecas. ¡Balbás!... ¿Será posible que nadie le conozca?... Pues tal ocurre. Y es que España ¡ha dado tantos Balbás, tantos, esparcidos pródigamente por las tierras nuevas, que hasta sus nombres se olvidaron ya!... Pero ahí está la obra del sevillano, por los siglos de los siglos, mientras es posible que en el hoyo que guarda sus restos no se alce ni una humilde cruz ni se musite una plegaria.

Y la patria del Cid se nos descubre aquí a cada paso, a los que somos golondrinas que no volverán. Se nos aparece tras los encajes de piedra de una iglesita cualquiera en un oculto pueblo casi perdido en el mapa: Tepozotlán, con el embrujo y asombro de su altar mayor. La vemos y la sentimos al admirar las filigranas que decoran el abandonado templo de Santo Domingo, en tierras de Oaxaca, o en la austeridad impresionante, empapada de inmortalidad, con la que «habla en silencio» el patio del ex convento de la Merced, en la capital de la República mexicana. Y España, la «Españita» de don Ramón Pedrés, sigue alentando aquí entre volcanes, sarapes y magueyes, en el barroquismo del santuario de Ocotlán. Y en las calles de Taxco. Y en la plaza de San Roque o en la alhóndiga de Granaditas, de la evocadora Guanajuato. Y en las ventanas y en los patios floridos de Jalapa la bella. Y en el risueño puerto de Veracruz, con sus noches verbeneras en la Plaza de Armas, del que un poeta cantó que

allí, por vez primera, las playas solitarias
oyeron, inundadas de blanca y suave luz.
que al Dios de los cristianos se alzaban [mil plegarias.
desde una tienda humilde, en torno de una [cruz.

Y perdura y perdurará el espíritu español mientras los niños de este gran pueblo nuevo que me ampara y consuela, los niños indios, mestizos o criollos, aprendan a hablar pronunciando una palabra: «madre».

Sí. Es curioso. Y un poco triste. Ha sido necesario que sigamos la ruta de las carabelas—sólo hay tres carabelas en la historia, y son de Castilla—y dejar lejos, muy lejos, más allá de todos los timones, la tierra donde nacimos, para descubrir la grandeza de la patria...

¡Ah, si yo pudiera narrarles cuentos a los niños de España, que leen absurdas aventuras consagradas por la necedad de los mayores! Les contaría, ¡qué sé yo!... Este, por ejemplo.

... ...

M. P. M.



EL MONTEADOR



POR HOMERO M. GUGLIELMINI

Homero M. Guglielmini, escritor, filósofo, ensayista, autor teatral, tiene en su haber importantes premios, entre los que figura el Premio Nacional, por su libro «Galería de espejos». Nació en Buenos Aires y ha ocupado, entre otros cargos, el de presidente de la Comisión de Cooperación Intelectual y profesor de la Universidad de Buenos Aires. El sugestivo cuento que hoy publicamos, en exclusiva para nuestras páginas, pertenece a un libro inédito de inminente aparición y de seguro éxito titulado «Muerte en el Chaco».

No es posible aventurarse en la recóndita espesura de la selva sin la guía y el consejo del monteador.

¿Quiere usted cazar tigres para divertirse, tigres grandes de veras, como esos cuyo pellejo puede verse en la casa de cualquier auténtico estanciero del Gran Chaco paraguayo? Pues consígase un monteador y déjese conducir.

Se aburrirá mucho al comienzo. Probablemente ande una o dos jornadas por la picada sin que le ocurra cosa alguna digna de mención.

Dos o tres muchachos curtidos y silenciosos, que usted alquiló en el pueblo—o le prestó el dueño de la estancia si es su huésped—, le irán abriendo el sendero en la enredada maleza. Manejan los machetes de monte con celeridad portentosa, como prestidigitadores. En el teatro no le verá hacer al malabarista de las espadas cosa parecida. Ramas y palmas caen cercenadas al filo de las anchas cuchillas. La fronda queda como degollada a su paso, y exhala por sus mil magulladuras gomosa linfa, lechosos humores. Esto entretiene al principio, pero al cabo de unas horas resulta intolerablemente monótono.

Cálcese sus buenas botas de caña entera. Acaso usted viene de la ciudad; la piel de los peones es dura e impenetrable como suela—pueden hacer su camino descalzos o meramente protegidos por la módica alpargata—; pero sus delicados pies sangrarán en seguida, acribillados por la espinosa senda. Si quiere más precauciones todavía, úntese con ajo para ahuyentar las víboras.

El monteador sigue adelante imperturbable, porque sabe dónde está la encamada del tigre.

Atardece en el monte. Se hace oscuro. ¿Ha llegado la hora de pernoctar? ¡Cómo pernoctar!... La codicia del cazador es grande. Su impaciencia se acrecienta, y tan larga caminata le ha excitado más aún.

¡Aplaque sus nervios, amigo! El monteador señala en silencio un breve claro en el bosque. Ata a un palo un tajo de carne fresca, sangrante, en lugar visible. A treparse a un árbol ahora, a desvelarse toda la noche, en vigilia, aguardando la llegada de la fiera, atraída por el olor. Nada de fumar. Nada de hablar. La paciencia es la virtud del cazador.

* * *

El monteador sabe todo lo que concierne a la selva. A veces sabe más que la selva. Sin embargo, le miro de soslayo, inquieto. ¿Acaso se habrá equivocado el monteador? No puede ser; se equivoca un matemático, un filósofo, un político. El monteador nunca se equivoca. Me lleva de la mano por los vericuetos del monte como una tía conduce al niño en medio del tráfico callejero de una gran metrópoli. Puedo dejarme guiar con los ojos vendados.

¡Qué bien me siento aquí! En la ciudad civilizada hay hombres untuosos, vestidos de oscuro, que se quitan el sombrero cortésmente. Hay mujeres fulgurantes que se retocan la cara con sus afeites, sentadas frente a uno en el restaurante.

—Pase usted, señor...

—No; pase usted primero, señor; ¡no faltaba más!

¡Qué buena educación! En el ascensor de las grandes tiendas me descubro respetuosamente porque hay señoritas que viajan conmigo en el artefacto.

Pero ahora estoy colgado de un árbol, con el dedo en el gatillo del rifle, y me siento muy feliz de hallarme en esa posición incómoda. Me siento mucho más feliz que cuando me hallo orondamente sentado en un mullido sillón de la oficina. El recuerdo fugaz de aquellas graves y rutinarias pantomimas no despierta en mi ánimo la menor nostalgia.

Tarde o temprano va a aparecer, a pocos pasos, un bello animal desnudo, palpitante de vida salvaje, sin otro indumento que su cuero de gala adornado de hermosas estrías, sin otro perfume que su fuerte olor silvestre. Me siento ansioso por contemplar sus estupendos belfos macizos. Sus ojos brillarán en la sombra como diamantes. Afortunadamente, la civilización ha inventado un dispositivo con un cañón, un fulminante y un proyectil mortífero, y si detrás del cañón hay un ojo con buena puntería y un pulso que no tiembla sobre el gatillo, la bestia se convertirá en trofeo.

Pero..., ¿qué sería de mí si no estuviera a mi lado el monteador?

* * *

El teniente Porta acababa de despachar un chasque a caballo picada arriba para avisar al puesto avanzado que pronto llegaría con abastecimiento de boca y municiones.

Había escogido para desempeñar la misión al joven soldado Ramallo. Ramallo, en su vida civil, era estudiante y estaba a punto de licenciarse de médico cuando le mandaron al frente. Quiso la suerte que fuera incorporado al mismo cuerpo donde prestaba servicio Porta, novio de su hermana.

Porta conservaba aún en el bolsillo de la guerrera la carta fresca de su prometida, en la que una vez más recomendaba a su atención y protección la seguridad del hermano. Porta quería con profundo cariño a este bravo e inteligente muchacho, de quien él mismo se consideraba—no sin darse cierta secreta importancia—una especie de tutor o, si se quiere, de ángel custodio de la guerra.



Felizmente, el sector se había tranquilizado desde la incorporación de Ramallo, y sus alforjas y gurupas estaban llenas siempre de dulces y tabaco abundante, que las madrinas de guerra le enviaban desde la capital. No lo pasaba del todo mal el chapetón.

La tarea que le confiara Porta no ofrecía peligros. La senda que debía recorrer era ancha y trillada, y el puesto avanzado se hallaba a una jornada escasa de caballo. Bien averiguado estaba que no había enemigos en las proximidades.

Ya montado Ramallo, dió el teniente una palmada afectuosa al anca de su cabalgadura, y le vió partir sonriendo y desaparecer entre la maleza en un recodo de la picada.

Lentamente avanzaban los pesados bueyes, picaneados por largas palancas, arrastrando su carga preciosa.

Porta iba al frente de la caravana, y a su lado, el monteador.

Enjambres de mariposas gigantes amarillas se levantaban a su paso.

Un polvillo compacto vibraba suspendido en el aire.

Nunca había visto Porta palpitar al monte con tal radiación de vida orgánica, con tal despliegue de flora lujuriante y de fauna agitada.

Orquídeas parasitarias se adherían a los troncos ancianos.

Los titís chillaban encaramados en la arboladura del bosque. Se adivinaba la presencia de reptiles y roedores.

Pero un oscuro malestar, un secreto desasosiego, se advertía en el fondo del insólito movimiento.

Al caer la tarde desembocaron en un calvero dilatado y circular, en cuyo bajío se había embalsado una aguada quieta y profunda. Era ésa la estación de las lluvias prolíficas y copiosas, que se derramaban en precipitaciones interminables sobre el monte hirsuto.

Porta decidió acampar en paraje tan propicio y cubrir al día siguiente la última etapa que le separaba del puesto avanzado.

Estaban en esos preparativos, cuando se empezó a oír el redoble lejanísimo, muy amortiguado por la distancia, del trueno.

Era un rumor persistente, continuo y ronco.

No se sabía si era el redoble del trueno o el ulular del viento.

Porta miró al cielo con inquietud. Estaba despejado; por lo menos, el lampo de cielo que podía discernirse en ese claro abierto sobre la bóveda del monte.

Pero también los animales denunciaban la proximidad de la tormenta. Los caballos tenían erectas sus orejas, erizada la piel. Los bueyes movían de un lalo a otro su frente somnolienta, con ceño preocupado.

Menudearon las voces silvestres del contorno, nerviosas. Los titís alzaron un último coro estridente de chillidos, como despedida, y desaparecieron velozmente en las profundidades del monte. Gritaron desesperadas las charatas.

Porta tomó rápido sus medidas. ¡Qué desastre si la lluvia torrencial los sorprendía descuidados y anegaba los valiosos pertrechos y las provisiones!

En cuanto a Ramallo, la lluvia le sorprendería en el camino si no llegaba a tiempo a la avanzada. El trueno se acercaba precisamente desde aquel lado.

Mandó envolver los fusiles con lonas, puso a buen recaudo los cajones de munición, cubrió la comida y enterró los demás pertrechos cosa que no se mojaran.

El monteador asistía a esas diligencias precipitadas, sin intervenir para nada. Seguía ensimismado, fijos los ojos en el contorno, atento el oído, como en mudo y secreto coloquio con la selva.

—¡Mi teniente!—dijo, al fin, interpelando a Porta—. No va a llover.

—¡Cómo no va a llover!... Cuando acá truena, quiere decir que se viene la lluvia encima.

—No es una tormenta lo que se acerca. ¡Es una invasión de *tajhyi*!

—¡Hormigas!

—Sí, pero se trata de hormigas-leones. ¡Es una invasión de hormigas-leones que se nos viene encima!

Se oyó pasar muy cerca el galope del venado despavorido, en fuga desatada.

—¿Y ese ruido... como de trueno?

—Son las *tajhyi* carnívoras, que se acercan comiéndose el monte, y ponen en fuga ruidosa a bestias y alimañas. ¡Son grandes, grandes...!—agregó el monteador, haciendo un gesto imponente.

Porta palideció. Había oído hablar de las hormigas-leones. Eran hormigas enormes, del tamaño del pulgar, peludas. Avanzaban al igual de una marea, inundando la selva en extensión de varios kilómetros. Millones y millones de mandíbulas insaciables taladraban los troncos, trituraban las hojas, pelaban hasta el hueso la carne de los animales. Rodaban unas sobre otras en una masa siniestra, en una sábana de muerte. Sólo quedaban en pie, a su paso, los troncos esqueléticos...

—¿Qué hay que hacer...?

—Hay que cavar una zanja alrededor del claro y encender fogatas del lado del bosque. Las hormigas se apartarán para eludir el fuego. Pondremos en el centro los animales, las provisiones y los pertrechos.

—¡Pero antes hay que ir a rescatar a Ramallo! —exclamó Porta.

El monteador movió, apesadumbrado, la cabeza.

—Ya no es tiempo. Si sabe de qué se trata y tiene suerte, se apartará o volverá al campamento. Está bien montado. En cambio, nosotros no podemos hacer nada para auxiliarlo.

Al pie de la letra siguiéronse las instrucciones del monteador. A fuerza de pala y piqueta cavaron los hombres el foso. Crecía y se aproximaba el sordo rumor. Los caballos, aterrados, forcejeaban por desatarse. Fueron amontonadas las cargas al borde del jahuel.

Levantaron sus llamas las hogueras. A su luz siniestra—ya entrada la noche—temblaba el telón fantasmagórico de árboles y maraña.

Desnudo el torso y reluciente de sudor, se movían los hombres en el centro del rojizo resplandor.

Un zumbido tremendo llenaba la selva; era tan atronador, que parecía ahogar la crepitación del mismo fuego. Los árboles se encendían como candelabros, y el incendio reptante confinó a los hombres en un círculo ardiente.

Del otro lado hervía el monte en un hormiguero colosal. Las primeras olas de insectos se achicharraban en las fogatas, y la masa restante se bifurcaba para seguir su camino, dejando incólume el refugio.

Horas duró la pesadilla. El extraño ejército de hormigas pasó orillando el campamento. A la madrugada, con latas, baldearon los hombres las hogueras para extinguirlas. Se alejó el incendio y renació la calma, una calma mortuoria, sin pulso, sin sonido.

Hasta donde la vista alcanzaba aparecía desmantelado el monte. Los árboles levantaban sus brazos descarnados, y en lugar del tapiz de verdura se extendía el suelo árido. Lo que el fuego había respetado lo habían devorado las hormigas.

Ya entrada la mañana, salieron el teniente Porta y el monteador en busca de Ramallo.

Recorrieron en silencio la picada. Sus caballos no se habían repuesto todavía del susto, y entraban de mala gana en el paisaje ceniciento.

Los troncos carbonizados y las ramas chamuscadas eran vestigios del encendio reciente. Flotaba en la atmósfera un acre olor resinoso de quemazón.

Anduvieron al tranco siguiendo la huella. El baqueano iba muy atento mirando al suelo con la vista fija, y de vez en cuando alzando la cabeza para husmear el aire.

Porta no quería distraerle, y le seguía sin decir palabra.

En una de ésas se detuvo el monteador:

—Hasta aquí, más o menos, llegó el fuego.

Reanudaron la marcha. El teniente no había notado mayor diferencia en el paisaje. En cuanto al terreno, seguía igualmente arrasado, si no por el fuego, por las hormigas.

—¿Y Ramallo?—se aventuró a preguntar cuando hubieron andado un buen trecho.

—Pasó por aquí mismo. Todavía no habían llegado las hormigas ni tampoco el fuego había comenzado. Ramallo seguía adelante sin ninguna preocupación hasta ese momento.

Después de mucho andar, se paró otra vez el monteador.

—Aquí se empezó a alarmar Ramallo. Ya había cruzado varias tandas de hormigas, y la ola se hacía cada vez más espesa...

—¿Cómo sabe...?—preguntó Porta estupefacto.

—Porque aquí mismo dió vuelta la cabalgadura y decidió volver a galope al campamento. El caballo estaba muy asustado.

Porta miró y remiró atónito el suelo. Por más que indagara, no podía discernir huella alguna que justificara la inducción del monteador.

—¿Le encontraremos...?—preguntó incrédulo.

—Como encontrar, le vamos a encontrar, con toda seguridad—repuso el monteador ambiguamente.

Volvieron bridas y desandaron camino.

El monteador reanudó su explicación retrospectiva:

—A poco de separarse de nosotros, Ramallo empezó a oír el mismo ruido que a usted le pareció un trueno. En realidad, lo oyó antes que nosotros, pues ya había adelantado camino hacia la invasión. Creyó que la lluvia se iba a descolgar de un momento a otro. Entonces se detuvo para pensar si seguiría adelante o si volvería al campamento. El caballo estaba cada vez más nervioso y pugnaba por volver grupas. Ramallo lo tuvo que castigar, fiero, para que reanudara la marcha. Lo puso al galope, confiando en ganar tiempo y llegar al puesto avanzado antes del aguacero. Pero pronto descubrió la verdadera causa del trueno. Su caballo empezó a pisotear las primeras tandas de *tajhyi*. A medida que avanzaba, se espesaba la ola. Ya no podía más de terror la bestia, y se detuvo varias veces. Ramallo no le daba al asunto la importancia que tenía. Es muy raro presenciar un hecho semejante en el Chaco, y la mayor parte de las gentes lo ignoran, aun los pocos que han nacido y viven en el lugar. Pero pronto empezó a preocuparse. Los árboles estaban ennegrecidos de hormigas. Al fin tuvo que renunciar. Dió la vuelta exactamente en el mismo sitio que le acabo de señalar. Como usted ve—terminó diciendo, la vista fija otra vez en el suelo, como si estuviera descifrando una escritura invisible—, su caballo se echó a correr desbocado al regreso, y ya no lo podía sujetar.

Porta no veía nada, y se limitaba a escuchar al baqueano, mirándolo como se mira a un brujo.

Volvieron a detenerse.

—Aquí ocurrió otra novedad. Nosotros, en el campamento, habíamos encendido ya las fogatas, y el incendio se acercaba rápidamente al jinete. Su caballo estaba enloquecido de espanto: de frente tenía el fuego, y detrás, la invasión de hormigas. Ramallo se encontraba con la retirada cortada.

El monteador dejó de hablar y se puso a hurgar de un lado al otro.

—¿Y... qué más?—preguntó Porta, ansioso.

—Ramallo empezó a perder la cabeza. Anduvo dando vueltas a tientas, buscando la manera de salvarse sin salir de la picada. Quiso huir del fuego y enderezar otra vez hacia las hormigas. Pero el caballo, que ya estaba enceguecido por la humareda, se negó. Entonces... hizo lo peor que podía hacer.

—¿Qué hizo?

—Se apeó de la montura y abandonó el caballo a su suerte. Intentó dirigirse a pie hacia el puesto avanzado, desafiando a las hormigas.

Por tercera vez recorrieron Porta y el monteador el mismo tramo de la picada, tomando ahora, como cuando salieron del campamento, la dirección del puesto avanzado. Al cabo de un breve galope, se detuvo el monteador, descabalgó y se dirigió en línea recta hacia el trozo de un quebracho, a la orilla de la picada. Varios objetos yacían en el suelo: los restos de una guerrera, un cinto de cuero carcomido, una pistola de reglamento.

—Como usted ve, aquí arrojó Ramallo su guerrera y el correaje. Se sentó un momento, abrumado por la sed, el calor y la fatiga. Probablemente los insectos ya le invadían el cuerpo. Salió de la picada y se metió en la espesura del monte, buscando la salvación. Tal vez ya no sabía ni lo que hacía.

Ataron los caballos al quebracho y también ellos se metieron en la espesura. Anduvieron así un rato entre los árboles, sin dirección ni destino aparente. De pronto, el monteador agarró del brazo al oficial:

—¡Mi teniente! Fíjese allá...

El monteador señalaba un lugar, a media distancia. Al pie de un árbol se vislumbraba una forma blanca y angulosa. No se sabía bien lo que era... Cuando se acercaron lo bastante, vieron, recostado sobre el tronco, un esqueleto humano. Zumbaba alrededor un torbellino atroz de moscardones verdes.

H. M. G.



UN RINCON PARA REZAGOS (*)

Por ELIAS UGARTE FIGUEROA

Elías Ugarte Figueroa, el interesante narrador chileno, ya es conocido a través de las páginas de MVNDO HISPANICO, donde publicamos su cuento «Un indio tiene miedo de vivir», que fué premiado en Buenos Aires. «Un rincón para rezagos»—«reses débiles que se apartan del rebaño», dice nuestro diccionario—, este nuevo relato, lleno de realismo e invención, magníficamente hermanadas, confirma la personalidad de Ugarte como singular escritor, que hoy nos regala con estas páginas, escritas especialmente para MVNDO HISPANICO.

ANTES que don Braulio—el administrador—le colocara en aquel solitario rincón de la oficina, era sólo un atado de males don Timoteo Robles, viejo funcionario aduanero.

A las nueve ingería una pastilla negra (decía que era de morera) para la diabetes. A las once, una gris; era para los riñones y el reumatismo. Por tarde, a las tres, una café, de polvos de hoja de digital, para alimentar el corazón, debilitado ya no sólo por los años, sino por las continuas exigencias de Manríquez, activo empleado de una agencia naviera. A las cinco, una verde, a base de boldo, para estimular el hígado y eliminar las materias nocivas que impedían su normal funcionamiento.

—Es todo una botica usted, don Timo—le espetaban sus demás compañeros—. ¿Y a qué hora se aplica la «pilolina»...?

Don Timoteo, luego de empujar su gragea con un sorbo de agua en su vaso quebrado, respondía:

—¡Qué vamos a hacerle, pues, colegas!... Los años... Los malditos años, en su avance implacable...

Miraba a los muchachos, que seguían burlándose de él:

—No se rían... No se rían... Ustedes, antes de los cincuenta, van a ser cadáveres. La juventud de hoy, pura paja picada...

Volvían a reír los muchachos. Don Braulio, también con la cara llena de risa, le quedaba mirando, comprensivo, mientras el viejo funcionario hundía su calva entre los legajos para empezar la retahila de todos los días, después de haber anotado las cifras en su libro: «B.3a.: 2.697.365 con 40...» González hacía sonar las teclas de la calculadora, y don Timoteo volvía a «cantar»: «11.697.038 con 20...»

Y así corrían los días, entre chistes y cifras.

* * *

A pesar de sus males y de su largo taconear por la lista 2, que le mantenía tullido en el escalafón y en ese exiguo grado, don Timoteo no sabía faltar a la oficina y rara vez se equivocaba en su trabajo. Le gustaba cumplir y agradar al bondadoso don Braulio.

Las gripes las cuidada en pie. Y si el reúma le mordía despiadadamente la rodilla, no iba a la pensión a mediodía. Almorzaba con Ricardo—el portero—en el muelle. Allí conversaban animadamente de tantas cosas...: que la vida está por las nubes; de los tres muelles de Caleta Buena, donde se embarcaban hasta tres mil toneladas diarias de salitre; del sistema Butters de filtración, y otros asuntos que a nadie interesaban, salvo a él y a Ricardo, sobre todo al portero, que añoraba sus años de rudo calichero, mostrando en sus piernas varicosas las quemaduras del sol y la sal de la Pampa.

Sí, era un buen funcionario, pese a esa vida sin brillo que arrastraba como un legajo cosido a su pretina. Sólo relucían en él su calva, sus enormes y negras gafas de carey y ese invariable terno azul, que limpiaba y planchaba los sábados por la tarde, y que le servía, según aseveraba Riquelme con picardía, «de espejo para rasurarse o peinarse esos dos pelillos grises que, como chiquillos diablos, se habían empentrecado por su calva».

Pero lo que más irritaba a los demás empleados era verle llegar temprano, sobre todo cuando estaban preparando los formularios para las calificaciones del semestre, o veían al administrador «sapiando» por la ventana de su casa.

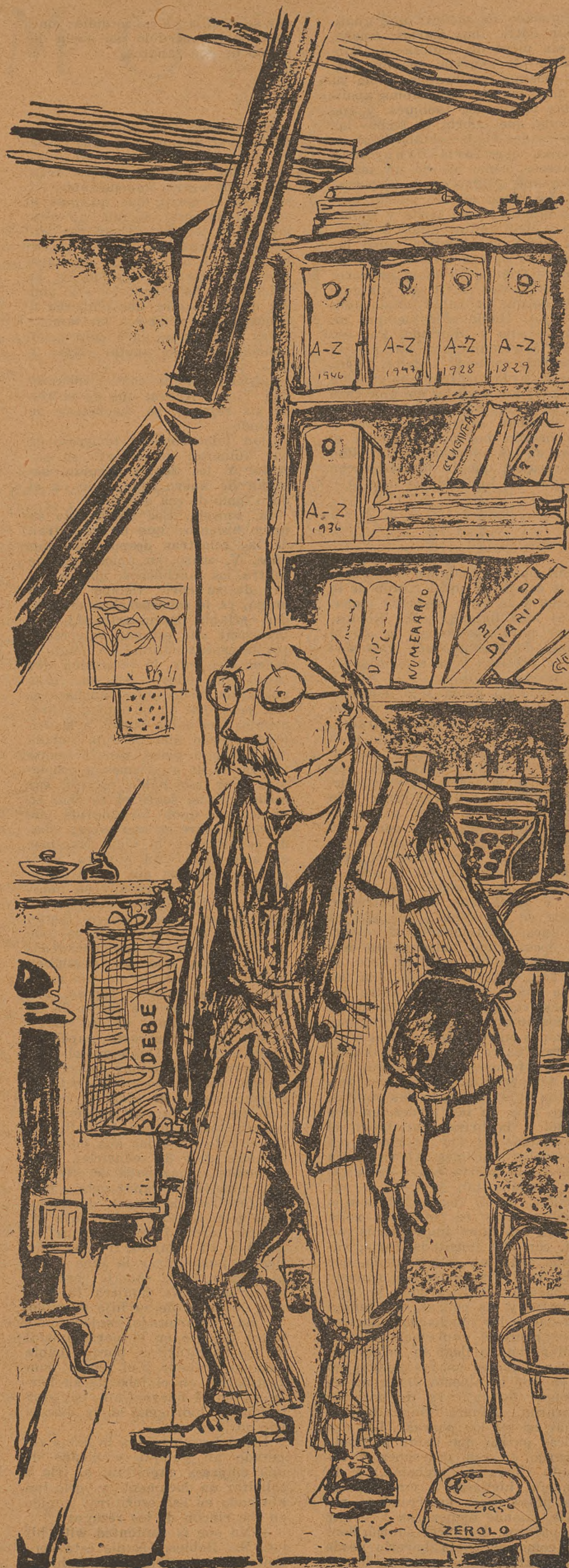
—Ya se nos adelantó el viejo —refunfuñaban.

Y cuando llegaba la hora de salir..., también refunfuñaban: el viejo no los seguía. Se quedaba pegado ahí, como una estampilla, entre los legajos, frente a la «Underwood» o sumando ingresos en la calculadora.

—Mejor sería traerle la cama...

—¿Se habrá olvidado el pobre viejo que gana una mísera renta?

No. No se había olvidado. No podía olvidarse. Pero ¿adónde podía ir él con sus males? ¿Adónde, con ese tremendo peso de los años? La pensión pasaba llena de gente extraña, indiferente: agentes viajeros que no alternaban con nadie. Comían con la cabeza hundida en el plato o en una libreta donde anotaban los pedidos. Mineros que sólo venían de paso, a analizar sus metales, y que también comían absortos en la ley de



(*) REZAGO: Atraso o residuo que queda de una cosa.—En Aragón, Córdoba y Chile: Reses débiles que se apartan del rebaño para procurar mejorarlas.—En Salamanca: Ganado que se queda a la zaga del rebaño.

ese puñado de piedras que guardaban entre unos diarios. Ahora, en esa pieza de madera—su dormitorio—se aburría, se sofocaba. Las moscas. Las arañas. Sabía ya de memoria cuántas tablas apolilladas tenían los tabiques, y que la lona que cubría el techo—las emporcadas vigas—estaba llena de goteras, que formaban rostros grotescos, como los de un teatro de «grand guignol». ¿A la plaza? No. La plaza de ese puerto norteño era más bien triste y pequeñita e iban tantos niños a ella... Los niños lo aturdían como las campanas de esa iglesia que quedaba al frente. No sabía interpretar sus llantos, sus risas, sus gorjeos, porque no había tenido nunca hijos. Había sido siempre un hombre solo y aburrido. Por eso prefería quedarse ahí, junto a las pilastras, cosiendo legajos, oyendo a Ricardo tararear una canción antigua que escuchó en una casa alegre de Iquique, cuando sus pies no calzaban zapatos de plomo y su corazón no lo alimentaba el polvo de las hojas de digital, sino una mujer, que le inundaba con el agua de luto de sus ojos.

* * *

Sin embargo, cuando don Braulio le colocó en aquel rincón de la oficina y le dijo: «Ahí su trabajo es más liviano, señor Robles; mejor para sus años», se sintió humillado. Mascculló una frase sorda de protesta y se hundió sobre los nuevos libros.

El cambio había sido demasiado brusco. Porque el otro rincón quedaba junto al administrador, en un cuadro oscuro, frente a la secretaría, arreglado con dos sillones de cuero desteñido, una mesa, que le servía de escritorio, y un vetusto armario junto a la pilastra. Allí se había parapetado, durante diez años, contra la miseria y la polilla de sus males, lo suficiente para acostumbrarse y hermanarse con los ratones y termites que destruían el archivo. Y éste, tras un mostrador, donde se arrumaban los legajos antiguos, los talonarios de diversos documentos, balanzas en desuso, los baldes para el aseo de esa sala. ¿Era él, acaso, una bazofia más, un rezago entre los demás rezagos? Por otra parte —acostumbrado ya a vivir como los topos entre esos armarios y pilastras, entre amarillos y humedecidos folios—, esa luz que venía del noroeste, por esa ventanilla tan baja, le dañaba las pupilas, sobre todo en las tardes, en que el sol y la brisa acariciaban el suave lomo del mar, erizándolo en espejuelos múltiples. Ahora..., esa puerta—la puerta negra de la calle—quedaba tan próxima a sus rodillas, y el viento del océano —sobre todo en invierno—solía colarse con tanta imprudencia por ahí, con tan inusitada furia, silbando como un endemoniado, que daba por el suelo con el canasto de basuras de Ricardo y los manifiestos y las pólizas, que tenían ordenados los muchachos, haciéndolos proferir imprecaciones.

Mas cuando llegó la primavera y don Timoteo sacó a relucir su calva por la abierta ventana, las arrugas de su cara de pasa se estiraron. Afuera empezaban a echar brotes las parras. (Las dos únicas parras que había plantado Ricardo en esa pedregosa y sedienta tierra de Atacama.) Y la pequeña higuera, a transformar sus palos secos en frondoso ramaje, adonde empezaron a llegar los pájaros. Entonces sonrió, sonrió como no sabía hacerlo desde hacía largos años, y hasta le pareció que su corazón se remozaba con aquel ornitológico concierto; que su rodilla ya no le dolía; que hasta había perdido esa suela de plomo de sus zapatos.

* * *

En cambio, los muchachos no podían ver ni imaginar esas cosas de allá fuera. Los gruesos pilares y los vetustos muebles eran una venda negra, impenetrable. Ni siquiera el cerro, que quedaba a su costado, casi encima de esos muros de cemento. Eran tan altas esas ventanas, que, a veces, la claridad del día se desviaba hacia los techos, dejando en la cubierta de los escritorios sólo una luz difusa, tenue, que obligaba a Riquelme a recurrir a las lamparillas eléctricas para proseguir aquella labor de anotar cifras y más cifras.

—¿En armonía con el infinito, don Timo? Ahora, que es el rey de los rezagos, se «cachetea» de lo lindo.

Don Timo sonreía, temeroso de que hubieran descubierto su secreto. Y los demás seguían, seguían de nuevo galopando en el duro lomo de esa acémila.

Sí, sonreía. Ese había sido su único ascenso: que le indultaran de las pilastras después de diez años. Y, acaso, su único desquite contra los muchachos, que, a pesar de su corto tiempo en esa brega, ya le sobrepasaban en grados. ¡Había descubierto ahí tantas cosas que estaban soterradas por la espesa rutina! La magnificencia del mar, la impresión que causa una puesta del sol, cosas que había visto antes muchas veces, pero que no le habían sobrecogido. Las había otoado a la distancia, como una película rodada demasiado a prisa, con la mente recargada de guarismos y problemas. Por eso había escrito, esa misma tarde, sobre el reverso en blanco de unos formularios que dormían sobre su escritorio: «Todo es cifra en la vida. Nacemos en una fecha: un número. Vivimos perseguidos por números en la oficina, en la casa y en nuestros actos fisiológicos. Morimos en otra fecha: otro número. Según la opinión de los numerólogos, todo el destino humano está encadenado a cifras, que nos persiguen hasta en la dovela de un nicho para alterar nuestro reposo...»

Y en los espacios libres de un ejemplar sobrante de un manifiesto, para ahorrarle papel de oficio al fisco: «Desde que el hombre empezó a eliminar su corazón de sentimientos posesivos—esto es, a emporcarse el alma—, perdió sus ojos para la vida anímica. La belleza misma, o sea, la naturaleza, el arte en todas sus manifestaciones, dejó de seducirle; tenía su mente enmarañada de cifras... Su ambición de ganar más y más sin saciarse, de surgir, de traducirlo todo al sonoro lenguaje del dinero, terminó por destruir su salud y su espíritu. Ya no tuvo tiempo para mirar la luna llena, ni el mar, ni el ramaje verde de los árboles. Ni siquiera la sonrisa de ángel de su hijo dormido. Y así, desorbitado, enloquecido, buscó refugio en el paraíso letal de los barbitúricos, porque había perdido el sueño y el reposo, convertido ya en el lobo de su hermano, en el nuevo Caín, con una bomba de hidrógeno en la diestra por quijada...»

Esa misma mañana le había espetado un yanqui, empleado de una empresa cuprífera, al irle a solicitar un documento y verlo tan atareado en esa escritura, sumido en ese rincón de los rezagos:

—No one is contented with his lot, Mr. Robles. (Nadie está contento con su suerte, señor Robles.)

Pero él había respondido en el acto—en ese inglés balbuciente, que tropezaba en sus dientes postizos, que había aprendido entre los gringos de la oficina Irene—, pensando, sin duda, en lo que estaba escribiendo:

—He who is contented with little, is generally happy, Mr. Buxton. (Quien se contenta con poco, es generalmente feliz, señor Buxton.)

Ahí estaba la base de su pensamiento. Y lo había descubierto en ese sitio solamente, junto al ventanillo bajo, mirando los brazos caídos de una balanza vieja, como las alas de un avión al describir una elipse en el instante de su aterrizaje. Por eso ya no le preocupaba que Ortiz—con menos años que él en el servicio—hubiese escalado una jefatura y tuviera un regio auto. O que los muchachos que entraron sólo ayer le siguieran sobrepasando en grados. Que peroraran e hicieran gala de una idoneidad barata. Que hasta le gritaran «el rey de los rezagos», al verle en ese rincón, lo que equivalía a «viejo inútil, fracasado». Cada cual construía su propio paraíso. El, como tantos otros viejos incomprendidos, en un rincón de rezagos, con ramas y hierbajos, oteando a hurtadillas el mar o escribiendo impresiones que nunca publicaría. Los demás, con genuflexiones o zancadillas, o trepando, pisando costillas ajenas, maculándose el alma.

Y sin saber cómo, por asociación, se puso a pensar en ese personaje de un cuento de Kafka, que se había convertido en insecto, en un enorme y asqueroso insecto. ¿Cómo no se había transformado él en número durante esos diez años entre las pilastras? En un cinco grandote, por ejemplo. En un nuevo Gregorio Samsa, sin poderse mover de su aposento para que no le viese la patrona ni don Braulio en ese estado: redondo y encorvado el busto como un garfio, y su cuello de alambre, recto, y su cabeza plana, geométrica, formando un ángulo de noventa grados.

* * *

«...¿Puede haber algo más sobrecogedor que el mar de este puerto de tablas? Por la mañana tiene un tono verdoso sobre la superficie y vetas amarillas y azulejas en su fondo. Su pecho se hincha acompasadamente, como si dentro de él latiera un corazón humano. En cambio, por las tardes, toma un color de cinc o azul de Prusia, y si sopla viento norte, su pecho se expande como una montaña, levantando barcos de gran tonelaje como si fueran febles bongos pescadores. Todo esto lo ven al pasar los hombres de negocios. Pero no logran percibirlo en toda su magnitud, en todo su esplendor. Sus músculos, vellosos de espuma, ahora golpean el muelle de la aduana, que gime como un catre viejo. No es sino una advertencia a los marinos. Les dice que no lo irriten. Que no sigan enviando a sus buzos a explorar sus entrañas. Que no claven remaches y pernos con enormes martillos; sus flancos son de vidrio, pero también tienen el poder del acero y de la dinamita de los hombres, de esa carga infernal que emplean para destruir las rocas; la furia del volcán, ya que le bastaría mover un dedo de su mano para abatir ese orgullo de los astilleros, y hasta las casas de madera de su pequeño puerto, en un gesto piadoso para aliviar para siempre el aburrimiento y la tristeza de su gente...»

Pero ahora se habían juntado tantos papeles sobre su mesa, y Manríquez, dándole unas palmaditas en la espalda, le había dicho: «No deje de tenérmelos a las cuatro. A las cuatro, señor Robles. Mire que el barco zarpa a esa hora...»

Siempre Manríquez torturándole con sus exigencias. Había multiplicado sus arrugas durante los diez años que permaneció entre las pilastras y los armarios, metiéndole sus papeles apurados por las narices. Y si no le atendían a tiempo, recurría al administrador. Y ahora, que él deseaba escribir lo que el mar y esa tarde quieta, cargada de silencios, le evocaban, volvía a urgirle, porque iba a partir el barco. Que se fueran todos los barcos, si querían. Pero cargados de dioses, de sueños, de recuerdos. No de inútiles papeles garabateados por funcionarios tediosos. Por gente nerviosa y exigente. Esc de vivir aplastado siempre como insecto entre los papeles... La vida de los viejos pende siempre de un hilo muy débil. Esos papeles se van metiendo lentamente en los nervios como una cuchilla, quitándole el apetito y el sueño al funcionario viejo, produciéndole dolorcitos al pecho, que se prolongan hasta la espalda, hasta que un día..., ¡zas!, el hilo se corta. Una firma menos en el libro de asistencia; un suspiro de alivio para el que le precedía en el ascenso; una lágrima para los que le amaban; palabras ditirámbicas, cosas que no debieran decirse nunca frente a un nicho. Después, tierra, olvido. Y, lo que es peor, una cuota mortuoria que va a menguar el reducido estipendio de los demás funcionarios.

Había cogido el lápiz con rapidez, para atrapar su pensamiento, y escribió precipitadamente en el primer papel que halló a su alcance: «Y el funcionario muerde inútilmente sus cadenas, sin haber logrado construir su propio paraíso, sin haber sabido embellecer la vida con...»

—Señor Robles. Señor Robles. A usted le estoy hablando desde hace tanto rato. ¿Y mis papeles?

—Ya, compañero. Un momentito.

Buscó, rebuscó. Por fin, entre otros papeles, ahí, en su misma carpeta, donde estaba escribiendo, los documentos de Manríquez.

Los coge. Se va a la máquina, y escribe sobre ellos la consabida retahila. Luego coloca su firma, un timbre y el impuesto, sin olvidarse de anotar una cifra en el libro de registro.

Manríquez, una vez que los tiene en sus manos, los revisa, los da vuelta, los revuelve, masculla un denuesto y se queda mirando al viejo, que, ausente, con los ojos sueltos en el mar, no logra percatarse de sus movimientos.

«El mar agita sus huascas de espuma...», lee Manríquez en sus papeles. Le mira con rencor, y, sin decirle nada, avanza hacia la oficina de don Braulio.

Los muchachos pegan sus oídos a la puerta. Es don Braulio, que grita:

—La culpa es mía, compañero. Desde que le coloqué en ese rincón de los rezagos, le acomplejé. Se sintió humillado. Se creyó un inútil. Por eso se puso a escribir sandeces donde pillaba... ¡Miren estas «huascas de espuma...»! ¡Como si el mar fuera un cochero!

—Señor Robles... El administrador...—ha gritado el secretario.

El viejo acude presuroso. Entra. Se cierra la puerta. Todos se sobresaltan. Pero no se siente nada. Ni una palabra. Ni una protesta.

Después ven salir al viejo, cabizbajo. Revolver sus cajones y avanzar hacia su antiguo sitio —las pilastras—con la olvidada caja de sus píldoras, con su vaso quebrado, el espantamoscas...

E. U. F.

EL ULTIMO

POR TOMAS BORRAS

Tomás Borrás, el famoso novelista español, llega hoy, una vez más, a nuestras páginas, con uno de los cuentos que acaba de incluir en su libro «Pase usted, fantasía», que publicamos por cortesía de la Editorial Samarán. No vamos a dar más noticia, por totalmente innecesaria, de este excelente escritor español, verdadero maestro en el género. Si otras parcelas literarias—novela, ensayo, teatro—son terreno fácil y de éxitos probados para este original escritor, ha sido la narración corta una constante en su obra, donde su humor, su casticismo y elegancia consiguieron obras de maestría universal.



FUÉ aquella tarde en que estaba tan pensativo, pues el médico se lo había anunciado:

—Si quiere usted curarse, ahora han descubierto algo nuevo, algo definitivo, para esta enfermedad. Acéptelo. Con los tratamientos antiguos no le garantizo nada. Sea valiente.

Al día siguiente entró la portera, a la que el médico dejaba el llavín del piso del enfermo colgado de la falleba de su cuchitril al marcharse; y la portera le dijo sin más ceremonias:

—Ahí está la ambulancia.

El hombre no había dormido pensándolo. «Una cosa nueva, nueva, nueva...» Todos creemos en talismanes de botica, tenemos fe, sobre todo, en lo inédito, en lo que afanosamente investigan en misteriosos laboratorios sabios de gafas y gesto ahondado por la santidad de la pesquisa. Ya sabía él que aquello que le empezó sin darse cuenta y que se hizo, lento, tan enorme; ya sabía él que no tenía cura. Y ahora, ¡bendito sea Dios!, los sabios de laboratorio encontraban la medicina exacta después de tantísimo perseverar, ¡y en el momento preciso!

—¿A usted qué le parece, señora Eufemia?

Su corazón estaba contento, de tan esperanzado, y quería, como todos los enfermos, oír lo mismo que, ¡estaba seguro!, sucedería.

—Pues que, la verdad, ¡se están descubriendo unas cosas!... Ya ve usted la penicilina y demás. Vaya suerte la suya, la verdad, que va usted a ser el primero que curen con eso nuevo, según me ha dicho don Cesáreo. Si llega usted a enfermarse unos meses antes..., ¡no llega!

Era terrible, sí, padecer algo que todavía no tiene tratamiento, aunque se sabe que dentro de poco, de unos años, semanas, días, ¡quizá minutos!, será desalojado del cuerpo por un preparado que entonces parecerá sencillo, que ya está en la naturaleza y no hace falta más que... lo que realizan los sabios de gesto hondo en los laboratorios: dar con la base y sus combinaciones.

Le metían, yacente en la camilla, en el auto sanitario. Los enfermeros fumaban tranquilos; él los sonreía:

—Me van a poner esa cosa nueva... ¡Es maravilloso!... Me enfermo unos meses antes, quizá unos días, y no lo cuento. Y ahora...

¡Qué hermoso el sol, calles de acacias y castaños de Indias, niños jugando entre el juego de sombras movibles en que el sol enreda a los árboles! La calle sonaba a reír, a meter ruido, como diciendo: «¡Que estoy aquí, en la vida, en la gozosa vida, en el inefable sentirse vivir!» Corría la ambulancia también alegre, con su campanita de coche infantil que juega a apartar a los otros.

Pero sus pensamientos no los ahuyentaba la cantarina campanita. Se veía él otra vez ágil, sin el colorzucho verdoso, sin los dolores a ciertas horas, sobre todo sin peso de plomo en el corazón, ese peso que era terror de angustia a lo irreparable.

—¿Es cierto que esto mío no tiene arreglo, doctor? ¿Me jura usted que no puedo salir de...?—no se atrevía a nombrar la enfermedad pavorosa.

Además, ¡estaba tan solo...! Las horas se alargaban como sombras alargadas por una lámpara burlona; el reloj iba adelante y luego atrás para engañarle; solo en el camastro, la portera, una vez que otra, entraba a aconsejarle lo que tanto irrita a los que sufren:

—Hay que tener paciencia; hoy tiene usted mejor cara; le duele porque el tiempo está revuelto; conformidad; no vale desesperarse; eso no contribuye a la curación...

Y se iba después de cambiarle el vaso de agua de la mesilla.

Y otra vez solo, con aquella interminable hora, que cuando parecía que se había marchado, estaba allí, en el reloj, de regreso. ¿Son las nueve? ¿Nada más que diez minutos desde que estuvo la señora Eufemia? ¡Si parece que fué esta mañana! Y la oscuridad, para agravarle el frenesí de los pensamientos, amarguras, debilidad, caída en el dolor.

Le palpitaba a golpe duro el pecho: taquicardia de tambor de Nochebuena; cuando los enfermos le colocaban en la cama, ¡qué limpia!, vió el número a la cabecera: el 38; bonito número. ¿Por qué bonito? Porque sí, porque la sala era como esmerilada en luz tenue; porque las diez camas en línea estaban vacías; porque los cortinajes de las camas parecían velos de novia; porque el suelo era para resbalar por él con un patín, pulido como hielo; porque allá en el fondo estaba el altarcito, con la Virgen; porque se quedaban en los anchos ventanales brazadas de mieses de luz, dorándole, en seguida que llegó, el esmalte de la cama, los velos de novia, el aire esterilizado que se respiraba en mezcla con el sol de las calles alegres; tic-tac-tic, ¡corazón loco, ahora loco de una felicidad de panal de abejas!

Se había adormilado y le despabiló el hablar cauteloso, casi entre dientes, de unos fantasmas blancos... Fantasmas no; los médicos, los descubridores de la droga mila-

grosa—todas lo son al revelarse—, ayudantes y enfermeros. Un grupo arracimado alrededor de él. ¡Qué orgullo! Su nombre figuraría en las crónicas: «El primer caso tratado con...» Era difícil el nombre del medicamento.

—Bien; vamos a ver, vamos a ver...

Le oyeron por dentro, le apretujaron por todas partes, le analizaron a escape la sangre y la saliva; nada en él quedó por explorar. A cada capítulo de su esquelético cuerpo, trasladado el esquema a las notas con nombres científicos que apuntaban los ayudantes, los dos investigadores repetían complacidos:

—Bien, muy bien; es concretamente el caso.

Después, la pregunta trascendental:

—¿Está usted dispuesto?

—¿Dispuesto a saltar con todos los resortes otra vez a la plenitud de la vida; dispuesto a atreverse a lo que hasta entonces no ha hecho nadie, dejarse inyectar la medicación nueva, ¡nueva!; dispuesto a ser valiente para demostrar que la espantosa enfermedad se cura? Estuvo callado unos segundos; su corazón se aceleraba más: tic-tic-tic-tic-tic... Corría detrás de la esperanza para atraparla.

—Sí, doctor.

—Prepárenle.

Entretanto llevaron a otro enfermo a la cama número 39, la de al lado. Los camilleros empujaban la mesita, que parecía de porcelana; cubetas, la goma de ceñir el brazo, el alcohol, todo lo conocía; y unos aparatos para medir, y un tubo de suero, y un diminuto infiernillo, y cajitas de níquel.

—¿Usted también?—se dirigía al otro, que, pálido, observaba de medio lado los preparativos; quiso echarlo a broma—. Me van a cambiar esta vida podrida por otra sana.

El compañero le enseñó unos dientes amarillos:

—A mí también me han propuesto aplicarme la medicina nueva.

—Pero antes me la ponen a mí—era su vanidad, la exhibía—. Voy a ser el primero que se cure con... ¡cualquiera lo dice, qué palabreja!

Ya venía el cortejo por el largo espacio entre las camas blancas y los ventanales dorados de sol de mieles: los dos profesores del descubrimiento, los jóvenes ayudantes, una monja, blanca también...

—En fin... Enhorabuena.

El otro enfermo miraba con ojo redondo.

La operación fué breve y nada difícil. En un brazo, el líquido de color azafranado; en el otro, tres ampollas juntas, mezcladas. Diestro el ayudante que le pinchó; le preguntaba:

—¿Ha dolido?

No tuvo energías más que para denegar con la cabeza; no pudo hablarles porque se estaba conteniendo el llorar. ¡La vida en forma de elixires, de panacea, que tardaron años y años en hallar y dosificar aquellos dos hombres, después de infinita ciencia, paciencia infinita!

Uno de los inventores miró su reloj. Todos callaban; el ojo del otro enfermo seguía, parpadeante, el proceso de la curación inicial de la dolencia que antes derrotaba, implacable, a los médicos.

—Mire ya.

El ayudante contó las pulsaciones, puso el reloj en el pecho del inyectado para contar también los alientos, escribió algo y se lo pasó a los descubridores de la sustancia; levantó la sábana, desnudó el vientre; metía los dedos, apretando, en el lado derecho.

—¡Ay!

—Duele.

—¿Duele?

—Muchísimo.

Se perlaba de sudor el cuerpo del hombre; un frío agudo cantaba en sus dientes, irreprimible.

—Sor María...

Lo dijo el auxiliar que atendió al hombre. La monja se fué sin rumor. Flotando en el blanco la veían los ojos del doliente, que respiraba en jadeo. Los dos inventores desaparecieron por la larga sala adelante, la cabeza baja, muy juntos.

Formóse un contorno negro en el resplandor, se precisaba la mano, tomaba su mano, el doliente dió un grito.

—¿Es que me voy a morir?

El sacerdote abrazaba al hombre; el ayudante, retirado; la mesilla de porcelana marchábase, ¿sola?, también hacia el confín de blancura untada de sol.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es que me muero? ¡Por favor, por Dios, hagan algo!

El sacerdote acercó su boca al oído del hombre, abrazado a él; acariciaba su sudor de angustia con el pañuelo, vertiéndole palabras balsámicas. El otro enfermo caía de plano en la cama; su cuerpo, losa.

Por la noche, la sábana contorneaba el bulto del hombre muerto. Ardían los cirios en el altarcito. No tardaron en llevárselo en la camilla de ruedas, cuidando de que la camilla de ruedas no tropezase.

Apenas amaneció, los dos inventores del medicamento nuevo se presentaron al 39, espantado.

—¿Está dispuesto?

Los miró con su ojo redondo de ave asustada; temblaban sus manos sobre el embozo.

—No tenga miedo. Este—señalaba a la cama número 38—ha sido el último en morir de lo que usted tiene. Faltaba un experimento para completar la seguridad absoluta de la fórmula. No pudimos hacerle ni en ratas, ni en cobayas, ni en perros. Era preciso aplicarlo al cuerpo humano y ver si...

—Tenías tú razón—concretó el otro inventor.

—Dudábamos, mi compañero y yo, en un detalle. La química tiene muchos secretos y la biología muchos más. En la fórmula no se podía saber si uno de los elementos era dañino o no combinado con los restantes. Era preciso hacer la experiencia. Así ha sucedido tantas veces. Miles y miles de personas sanarán en cuanto lancemos el específico. Faltaba, como le digo..., una pregunta, a la que tan sólo el cuerpo humano podía responder. Y ha contestado. Eliminaremos de la fórmula lo que la hacía perjudicial. Y desde ahora en adelante... No sabe usted lo que cuesta, la cantidad de ensayos e intentos, dar con lo rigurosamente preciso. Confíe en nosotros. Ya no hay nada que temer, le doy mi palabra de honor. Pero si usted renuncia...

—Me fío de ustedes.

—Entonces, dentro de tres días, lo que tardemos en hacer la nueva fórmula. Es cosa delicadísima, comprenda.

Se marcharon contentos hacia los laboratorios. Afuera, en el depósito, el último muerto de la enfermedad ya vencible: su rostro, cara modelada en mueca.

T. B.



I Centenario de la Estadística española

(*Viene de la pág. 27.*) En el siglo XIX la Estadística se centra, y en 1814 el ministro don Alvaro Flórez Estrada publica una obra titulada *Plan para reformar la Estadística de Sevilla*, que pudiéramos calificar de primer estudio serio hecho en España sobre la materia. De este libro es la siguiente frase, que ya suena en nuestros oídos como algo moderno y operante: "El objeto de la Estadística es el de que el Gobierno y los ciudadanos tengan conocimiento fácil y pronto de todos los datos que sean necesarios para formar, con acierto y seguridad, los planes que puedan conducir a mejorar la suerte de los pueblos."

Con diversas vicisitudes avanza la Estadística por el siglo XIX, superándose paulatinamente, hasta que en 1856 se promulga el decreto que crea la Comisión de Estadística en la Presidencia del Gobierno, cuyo centenario hemos celebrado recientemente. Sería exhaustivo relacionar la evolución de esta ciencia desde los días del duque de Valencia e Isabel II a los nuestros, por lo que daremos por terminada esta breve reseña histórica significando que en 1865—preside ahora el Gobierno el general O'Donnell, duque de Tetuán—se organiza la Dirección General de Estadísticas y en 1945 el Instituto Nacional de Estadística, que ha sido el organismo que ha montado la exposición antológica de esta ciencia en conmemoración de su centenario.

Todos los Ministerios, las Diputaciones, los Ayuntamientos, entidades públicas y privadas, han contribuído al realce del certamen. El Instituto Nacional de Industria—a cuyo cargo corre la industrialización del país—, el de Previsión, la Delegación Nacional de Sindicatos, nuestro Instituto de Cultura Hispánica, el Instituto de Racionalización del Trabajo, etc., han quedado mostrados en sus realizaciones gracias a esta magnífica exposición. El objeto ha sido desplegar ante los visitantes la visión de distintos aspectos del ser y de la vida española a través de las cifras. Y su finalidad, con palabras de los organizadores, "no es recabar el aplauso por lo hasta hoy logrado, sino precisamente solicitar la general cooperación para que la Estadística llegue a ser digna y capaz de medir España en sus tres dimensiones: a lo ancho de su territorio, a lo largo de su actividad y a lo hondo y lo alto de su espíritu". A lo que nosotros añadimos: al alcanzarse tales metas habremos contribuído a la difusión de la Estadística, y con ella al conocimiento mejor de las cosas que nos rodean, que es también una manera de conocernos a nosotros mismos.

J. M. G.

Ortega Muñoz, el pintor del...

(Viene de la pág. 27.) al Renacimiento, sino más bien un juego anespacial de valoración de las relaciones volumétricas, a la manera de Giotto. En ello consiste el principal ingrediente «primitivista» de su pintura. Pero la realidad física, en dos dimensiones, de la tela pintada por Ortega Muñoz, tiene también una tercera dimensión, que es de orden puramente espiritual, pues en ella el tiempo está presente. Desborda, pues, esta pintura un enjuiciamiento exclusivamente geométrico y nos coloca ante un hecho en el que toma parte lo subjetivo. Aquí hay, además, un estado del alma. ¿No es cierto que parece que estamos describiendo al expresionismo?

Digamos brevemente—pues lo que aquí tocamos es el caso de un pintor y no un problema genérico de la política general de las artes españolas—que urge allanar, desde dentro, el camino para posibilitar la comprensión de esta pintura desde fuera. Y que esta labor no puede realizarse sino clasificando a estos pintores—convencionalmente, como ha de ser toda clasificación—en un nuevo esquema, que haga posible su encuadramiento en el escalafón general de la pintura contemporánea. En alguna otra ocasión hablaremos de una «posibilidad española del expresionismo» o de un «expresionismo meridional», del que Ortega Muñoz sería un gran protagonista.

Tenemos que la pintura de Ortega Muñoz, además de reunir las condiciones que la contemporaneidad exige, se torna también expresiva por cualidades que no son mensurables: por la inmanencia del recuerdo o por «la presencia del silencio», como diría certeramente Camón Aznar. Pero, al contrario que otros caminos de la expresión, que se fundan esencialmente en una exacerbación panteísta de los colores, hasta producir una escala de temperatura tonal, la expresión de Ortega se alcanza por una rigurosa lima de las aristas, por una reducción de los tonos dispares al acorde. Si en otros la expresión es el conjunto de voces de sus colores distintos, en Ortega la expresión es como un rumor. Un rumor acompasado, ensordecido, que poco a poco se va apoderando de nosotros hasta trasladarnos a un mundo misterioso.

* * *

Estos días he tenido ocasión de pasear largamente por Madrid con Ortega Muñoz y con su esposa. Rara ocasión, pues los esposos viven, desde hace algunos años, de espaldas a todo contacto prolongado con la multitud, y sólo, de vez en cuando, aparecen por la ciudad para proseguir el interrumpido diálogo con los amigos. Esta vez, la presencia de Ortega en la capital de España tiene una finalidad determinada, pues acaba de exponer una exposición retrospectiva y antológica de su obra en el Ateneo de Madrid. Se trata de una muestra sumamente importante para quienes siguen la trayectoria del arte contemporáneo de España y, sobre todo, para quienes siguen la obra evolutiva del que fué Gran Premio de Pintura en la II Bienal Hispanoamericana de Arte, pues, como es sabido, el pintor ha tenido largos y prolongados años de decantación y aprendizaje en el extranjero—desde las brumas vikingas de Suecia hasta las soleadas playas del Mediterráneo oriental—, y en España llegó a conocérsele solamente en su fase final, cuando su obra había alcanzado su consolidación magistral.

Hay que agradecerle, una vez más, al Ateneo madrileño, esa magnífica labor de divulgación, ese fino sentido de la exposición auténticamente didáctica a que, desde hace algunos años, viene sometiendo al arte de España. Por él hemos tenido ocasión de seguir con una cierta lucidez el proceso de automagisterio de este pintor singular. Las obras indecisas de los años juveniles; las obras-proyecto, en las que ya se siente vivir esa consolidación total de su pintura de la última hornada; las obras, en fin, de los últimos contactos con su tierra, las de las experiencias más inmediatas, las que guardan aún el calor de las presencias entrañables, las de la última hora de su taller...

Hemos paseado por Madrid con este solitario de Extremadura y con Leonor, su mujer, su compañera para la labor y para el descanso. Quien vive normalmente la soledad acaba perdiendo los hábitos para la ciudad multitudinaria. Ortega, el trotaeuropas, el habituado a los contactos babélicos, el viejo cosmopolita, se nos está convirtiendo en un desmañado para las costumbres ciudadanas. Esta es una de las constantes españolas en los hombres que en los albores de la madurez se retiran al silencio. Se convierten en deambuladores de los terruños vernáculos, reducen su geografía a la geografía elemental de las tierras natales. Hemos deambulado por Madrid con Ortega el universal, con la sorpresa, por nuestra parte, de que cada día el pintor se nos está haciendo más español, más extremeño, más de un pueblo que se llama San Vicente de Alcántara. Y es que, como él dice, «vale más saber pisar un labrantío qne saber tomar un autobús».

JOSÉ M.ª MORENO GALVAN

Los gallegos en la pesca de la ballena

(*Viene de la pág. 35.*) en dos mitades. Se produce entonces la hábil maniobra, el viraje rápido, que pone a cubierto la navecilla del riesgo inminente de naufragio. La ballena ha desaparecido, entretanto, bajo la superficie. Mas, si no ha sido herida de muerte, remonta alocada y es preciso arponearla de nuevo. Cuando, repetida la suerte, es más certero el disparo, el cetáceo sucumbe y se entrega, sobrenadando entre el vapor y la sangre que acompañan sus estertores.

En la actualidad la pesca de la ballena ofrece menores riesgos, dadas las condiciones de los modernos balleneros. Pero no impide la honda emotividad de esta pesquería, por la naturaleza de la presa y por el ambiente, tremendamente alucinador, que constituye su escenario. El crecido valor que supone la captura de estos gigantescos seres atrae numerosas flotas a las aguas sombrías y traidoras que bañan la Antártida, hasta el punto de que ha sido preciso frenar la codicia y regular la pesquería, a fin de preservar de la total desaparición a especie tan sañudamente perseguida. Se han fijado unos cupos para cada flotilla, no pudiéndose bajo ningún concepto rebasar el número de piezas previamente limitado.

Son ciertamente numerosos los productos derivados de la ballena, que constituyen el precioso botín de los arriesgados pescadores. El más importante, por su volumen, es la grasa que estos animales al-

DE LUNA A LUNA

(*Viene de la pág. 49.*) rre; el presidente de la Corte Suprema, los ministros, Cuerpo diplomático, autoridades y personalidades de la sociedad quiteña. Uno de los capítulos que constituían el solemne acto era la entrega al diplomático español don Ernesto la Orden Miracle de la condecoración al Mérito de la Orden de Caballeros de Quito «Sebastián de Benalcázar». Ernesto la Orden, por imperativos de su carrera, ha vivido en el Ecuador y conoce profundamente las bellezas y encantos de sus ciudades. De ahí nació «Elogio de Quito», que hoy le ha valido la preciada condecoración y el título de hijo ilustre de Quito. El alcalde de la ciudad, don Carlos Andrade Marín, pronunció un brillante discurso, en el que resaltó — cuando llegó el turno de Ernesto la Orden — la trascendencia del libro, «que sólo podía ser escrito por un quiteño o un español y que a la postre lo fué por un español quiteño». En ausencia del señor La Orden, agradeció el homenaje el embajador de España, don Luis Soler y Puchol.

● Un académico de la Lengua, embajador de Cuba en España, don Juan J. Remos, dictó una interesante conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, tratando el tema «Panorama del proceso literario cubano». Desde 1740 a 1940, el señor Remos trazó un estudio de la historia literaria de Cuba, dividiéndola en períodos de quince años, de acuerdo con el criterio de Ortega y Gasset de que cada tres lustros surge una generación en literatura.

El cine español se alía con el mundo

Benito Perojo es un productor español con un sentido hispanoamericano y universalista del cine. Pocos como él dedican su actividad a fomentar la unidad ecuménica del cinematógrafo y abrir campos y posibilidades a los actores de nuestro idioma. El 1956 ha sido un año de trabajo para Benito Perojo y de ello hemos de congratularnos los espectadores en la oscura comodidad de la sala exhibidora. Cinco películas en color y con los más modernos procedimientos técnicos—cinemascope y vistavisión—son el saldo positivo de su labor. *Los amantes del desierto*, con tres directores —el argentino León Klimovsky, Alessandrini y Fernando Cherchio—y un plantel de estrellas internacionales — Carmen Sevilla, Ricardo Montalbán, Gino Cervi—, figura a la cabeza de las producciones. Por cierto, durante el rodaje de los exteriores, en Egipto, sorprendió a Carmencita Sevilla y su equipo el conflicto bélico del canal de Suez, con los consecuentes engorros. Alarmas, bombardeos aéreos, toques de queda, padecieron actores y técnicos, hasta que la Embajada de España en El Cairo logró el permiso para repatriar a los atemorizados artistas. Cuando se vió en Barajas, la simpática y hermosa actriz española pudo respirar a gusto.

Las otras películas producidas por Perojo en 1956 han sido: *El cantor de Méjico*, dirigida por Richard Pottier e interpretada por el cantante Luis Mariano; *Aventuras para dos*, con Carmen Sevilla y Richard Kiley, con Don

DE LUNA A LUNA

Siegel dirigiendo; *Susana y yo*, con Abbe Lane y su esposo, Xavier Cugat, y una de tipo folklórico español titulada *Maravilla*, con la pareja Carmen Morell y Pepe Blanco.

Otras seis películas tiene en rodaje o piensa rodar Benito Perojo en 1957. Luis Lucia, el argentino Luis César Amadori, Enrique Cahen Salaberry y Javier Setó serán los directores. Carmen Sevilla, Arturo de Córdova, Abbe Lane, Vittorio de Sica, Zully Moreno y otros, los actores... ¡Ah!, y los títulos: *La violetera*, *Usted tiene ojos de mujer fatal*, *Día de fiesta*, *George Sand*, *Camino de Chamberí*, y *Pan, amor y... manzanilla*. ¿Verdad que esta última saben ustedes quién la interpreta? Sí; él, Vittorio de Sica; ella..., ni la Lollobrigida ni la Loren. Alguien tan estimable como Carmen Sevilla.

LUNA NUEVA

Un nuevo libro enriquece las librerías españolas, y si a él nos referimos en esta sección es por su carácter netamente hispanoamericano. Título: *Perfil de Chile*. Autor: Edgardo Garrido Merino. Garrido Merino es uno de esos escritores hispanoamericanos que, como Larreta o Arturo Capdevila, hace gala de un estilo noble, de una prosa vibrante y de un vocabulario rico y puro. En esta obra, editada en Madrid por la casa Pueyo, ha desarrollado temas tan esenciales como la naturaleza y el hombre,

MVNDO HISPÁNICO

macenan. En cuanto a la piel, digamos que puede ser utilizada industrialmente. Se trata de un tejido espeso, elástico y compacto. La masa adiposa que recubre es amplia y constituye protección que la naturaleza brinda al animal contra las bajas temperaturas ambientes y fuerte coraza que soporta la enorme presión de las aguas oceánicas, pues el cetáceo suele descender en ocasiones a grandes profundidades. Esta especie de caparazón protector que recubre el organismo vivo de la ballena, carece de toda capacidad de contracción y resulta durísimo y quebradizo. Presenta, además, la curiosa propiedad de ser transparente en pequeñas secciones y se comporta como una lente de aumento, que facilita, vistos a su través, la lectura de menudos caracteres de imprenta.

En algunas factorías la piel de ballena es objeto de manipulaciones que logran su disecación y arrollamiento. Sin embargo, lo corriente es proceder a su cocción, una vez fragmentada, para obtener un aceite de excelente calidad, codiciadísimo durante todo el pasado siglo. Se calcula que una ballena de tipo medio puede dar 180 barriles de grasa, y la perspectiva de las grandes ganancias que su venta como aceite proporcionaba hizo olvidar los usos que en tiempos remotos tuvo, considerada como piel susceptible de curtido.

Constituyó botín apetecible para los barcos piratas que infectaban los mares en otros tiempos. Las costas de Sumatra eran el refugio de los corsarios, que atacaban sistemáticamente a los balleneros y a los buques de transporte cargados de piel de ballena, barbas, marfil y ámbar gris. Una vez preparada adecuadamente, el aspecto que la piel presenta es realmente hermoso. Garneray, en las galerías de Versalles, supo plasmar esta belleza de la epidermis del cetáceo captando el azul luminoso y el blanco escarchado, que le dan apariencias insospechadas. Goldsmith, en su obra *La naturaleza animada*, pondera el bello colorido y la rica gama de dibujos que ofrece la piel de la ballena, en cuya superficie se muestran los más caprichosos y originales rasgos, se entrecruzan profundas entalladuras y se graban signos indescifrables, que recuerdan jeroglíficas inscripciones de pirámides y mastabas.

Rumbo al sur han zarpado ya las flotas balleneras internacionales. Bajo el brillo de las auroras polares, al filo de los rayos del sol de medianoche, las quillas se deslizarán en pos de los campos de hielo, hasta divisar entre témpanos, bajo cielos intensamente azules, los géiseres que brotan de los islotes vivientes de las ballenas, señoras de aquellas remotas latitudes. Van bien equipados; los buques-factoría anclarán en las abrigadas bahías que ofrecen los archipiélagos polares para «desguazar» a los monstruos y guardar, debidamente acondicionados, los valiosos recursos que atesoran. Y tal vez alguno de los modernos balleneros añore los tiempos viejos y eche de menos la imagen de los lienzos desplegados de los antiguos barcos balleneros.

LUIS MUÑIZ ANGÜEZ

El Salón de Gasparini

(*Viene de la pág. 23.*) toca el caramillo, y la dama que aparece asomada en un balcón sigue el compás de la música. Otra serie de artificios hace que cambie el firmamento del día a la noche, ocultándose el sol y saliendo las estrellas, efectos que conmovían a sus dieciochescos espectadores.

El mobiliario del salón de Gasparini fué realizado por el ebanista flamenco Joseph Canop, y está integrado por una hermosa sillería de líneas Luis XV, que se conserva intacta, con su tapicería de sedas bordadas a juego con la que reviste las paredes.

Es curioso pensar que en este salón, «cámara de aparato» del cuarto del rey, se celebraban muchas veces las comidas de Carlos III, descritas gráficamente por Paret y en las páginas llenas de donaire del conde de Fernán Núñez, que nos relata cómo «a la mitad de la cena venían los perros de caza hechos tantas furias y era preciso estar en guardia para que no se metieran entre las piernas y dieran a uno la vuelta redonda, como le sucedió al marqués de Torrecilla, mayordomo de semana, hombre flaco y débil, que quedó montado en uno de los perros grandes, llamado *Melampo*, que si no le tienen, le vuelca. Se abalanzaban a la mesa y el rey les daba el pan que había alrededor del *fricasé*». Es notable el contraste de la escena relatada con la atmósfera refinadísima y protocolaria del salón, pero es que Carlos III era un gran señor de campo, tal como lo revelaba su rostro seco y curtido por el constante ejercicio de la caza. En todo el año sólo pasaba setenta días en Madrid, distribuyendo los demás entre los sitios de Aranjuez, El Escorial y San Ildefonso.

El dormitorio de Carlos III se hallaba contiguo al salón de Gasparini. Según sus biógrafos más íntimos, al rey solían acometerle por la noche ciertos sueños febriles que atentaban contra la mantenida fortaleza de su

el alumbramiento del «milagro chileno» (Diego de Almagro) y los sillares de su peculiaridad (Pedro de Valdivia), el amanecer de su independencia (Bernardo O'Higgins); las ciudades faros: Valparaíso y Santiago; el aspecto físico, el psicológico; ideas y cultura, costumbres y humanidad, en trance de unidad definitiva. He aquí un libro que apasiona tanto al lector identificado con América como al simple curioso.

CUARTO MENGUANTE

Juan Ramón al teléfono

Ha sonado el teléfono en la redacción de MVNDO HISPÁNICO.
—Oiga, ¿don Juan Ramón Jiménez?
—¿Cómo?
—Don Juan Ramón Jiménez, que se ponga.
—¿Qué dice?
—Aquí, el Banco X. Hemos recibido una transferencia de Estocolmo a nombre de este señor y tiene que pasar por el Banco a retirarla.
—¿Usted no sabe quién es Juan Ramón Jiménez?
—Pues... un cliente a quien han mandado dinero.
—Señor mío: Juan Ramón Jiménez es el español más famoso del mundo en estos instantes: hace unos días se le ha concedido el Premio Nóbel.
Y el redactor cuelga el auricular indignado.

EL BAILE

¿Fred Astaire en Vallecas?

Probablemente creímos que la cuestión tenía importancia y por eso nos ocupamos de ella. En la página 57 del número 104 de MVNDO HISPANICO, en efecto, escribimos algunas cosillas sobre el «rock and roll» y sus estragos. Al terminar afirmamos, entre otras cosas, lo siguiente:

«Han pasado diez años de "bugui" y los españoles no saben bailar "bugui". Vino el "mambo" y nadie aprendió el "mambo". Llega el "cha-cha-chá", y todos tranquilos... ¿Y sabe usted por qué? Porque los españoles siguen creyendo que el hombre debe serlo de veras y parecerlo en todo momento. No tienen remedio...»

Pues bien, una persona cuyo nombre omitimos por discreción y cuyo conocimiento y dominio de las danzas modernas parece indudable, se ha tomado la molestia, que mucho agradecemos, de expresar su total desacuerdo con nuestros puntos de vista por medio de una carta dirigida formalmente al director de esta Revista.

Para que quede demostrado que no todo el mundo anda con el susto en la entretela por Suez o por Hungría y para probar también que en estas tierras de Dios hay danzarines de calidad, como en Manchester, transcribimos íntegramente la carta de este Fred Astaire incomprendido.

Con su permiso, resistente lector.

espíritu en su prolongada viudez. El monarca entonces abandonaba el lecho y paseaba descalzo por los mármoles de los salones, hasta que el frío sosegaba su ánimo.

El salón de Gasparini conserva el espíritu de la corte española del siglo XVIII, y, sobre todo, demuestra la plenitud de las manufacturas artísticas, que bajo la personal orientación de Carlos III dieron a España un hermoso desarrollo de las industrias nobles.

LUIS G. DE CANDAMO

CANTINFLAS Y CHAPLIN

(Viene de la pág. 46.) ma que dos te daré. Si usted quiere mis servicios, no tiene más que agarrarlos..., pero sin abuso, joven..., sin abuso. Usted ha oído de los frijolitos que hace Chona, ¿no?... Pues yo sí..., y me están haciendo falta, y horita que me acuerdo, usted también está rehambreado...; ni me lo niegue... ¿Pa qué anda solicitando empleados?... ¿Yo trabajar aquí?; ni dónde..., ni pagado con aztecas...; pero para que vea que ya pensé, siempre acepto. Mire mis recomendaciones: una es de don Serafín, el de «Las glorias de Guerrero», y la otra yo la hice. Porque, pa qué andamos con cuentos... Aunque la de don Serafín más bien es insulto que recomendación... ¡Viejo móndrigo! Total, porque me fumaba los cigarros de su tienda...; bueno, más bien era tendajón..., y crío que ni eso...; era más bien puesto, porque era de quitar y poner.

»—¿Tiene usted otro traje que ponerse?

»—Eso dije yo cuando salí de mi casa: "¿Con qué traje iré?" Me puse el nuevo, y por si me llueve, llevaré la gabardina. ¡No hay como presentarse bien! "Como te ven te tratan", dijo Juárez.»

Es la doctrina humorística que Cantinflas interpreta con su arte: decir que sí donde es que no, y decir que no donde es que sí, y el sí y el no forman las dos caras de una misma doctrina: la del absurdo.

ISMAEL DIEGO PEREZ

Historia y ocaso del polizón

(Viene de la pág. 16.) vieras; don Dimas Pérez, alegre, juvenil, de ojillos avizores todavía de los rizos de la mar, y don Agustín Lledó, otro que aun rinde su eficiencia al Estado, coinciden en muchas cosas:

Aúnan que los tiempos de mayor polizonaje son los de guerra. Que es un mito que haya un pueblo más amigo que otro de la aventura. Todos los países dan el mismo porcentaje. Que ya no hay polizón sin complicidad a bordo; que los polizones son descubiertos sin remisión y que es la suya una aventura muy peligrosa: hay quien se arriesga a esconderse en la caja de cadenas, las del ancla, expuesto a ser aplastado o descuartizado. Se han dado casos de aparecer muertos de sed e inanición en el interior de las bodegas.

LAS «POLIZONAS» DE VIGO

En cierta ocasión salieron de España hacia Marruecos barcos a todo vapor cargados de tropas.

A uno salido de Vigo—el «Poeta Arolas»—, a la altura de Oporto, le aparecieron dos chicas a bordo. Con el pretexto de la despedida a los presuntos héroes se quedaron dentro y marcharon con el vapor.

Y no eran chicas malas, no. Sólo eran dos enamoradas. Pero de modo tan tremendo, que estaban dispuestas a ir a la lucha junto a los amados.

Al llegar a Melilla siguieron custodiadas hasta su regreso. Al de ellos, se casaron.

¡Pero hay que ver de lo que son capaces algunas gallegas cuando están enamoradas!...

A TAL POLIZON, TAL CAPITAN

A poco de la guerra civil apareció un polizón a la salida de Cádiz, en un buque de la línea de Canarias. Tenía dieciséis años. Lloró; dijo que sus padres murieron en un bombardeo y que tenía mucha hambre.

Don Francisco se compadeció, pero lo comprobó. Y al llegar a Tenerife le colocó de botones en la propia oficina de la compañía naviera.

Más tarde ingresó como marmitón en uno de los barcos. Y en la empresa sigue. Se casó; tiene varios hijos, y quizá esta felicidad familiar le haya hecho olvidar las dolientes y horrorosas visiones de su niñez. Se llama Bienvenido.

«HOTEL DEL TUBO», REFUGIO ESPAÑOL PARA POLIZONES

Así como a bordo el lugar coincidente y apropiado para esconderse es bajo las lonas que cubren los botes de salvamento, también hay un lugar en España adonde afluyen los polizones: el puerto de Tenerife.

Salvo los que miran al Canadá y a los Estados Unidos desde los puertos del Norte, los demás, los que fracasan y son traídos de la América española y los novatos que aspiran al paso atlántico hacia el sur, todos recalan allí.

A lo largo de un muelle de Tenerife, bajo las tuberías de petróleo procedentes de las cercanas refinerías, funciona un «hotel» muy curioso: la tubería va cobijada por una larga cornisa que protege al tubo, quizá del sol, pero también forma un resguardo contra la humedad nocturna o la lluvia.

De día casi no se ve a nadie. Pero de noche aquello se anima mucho. Duermen allí todos los polizones, los fracasados y los ilusos.

Vivir, viven como pueden: se acercan a los barcos, trapichean, contrabandean con mayor o menor descaro e incluso trabajan un rato a bordo, ayudándoles a los marmitones por un plato de pitanza. Por la noche hurtan un poco de paja de cualquier silo portuario, y ya tienen el lecho del «hotel del tubo», cuya temperatura de benignidad canaria se mantiene con una constancia de aire acondicionado como cualquier Waldorf Astoria.

MI POLIZON PARTICULAR

Le conocí en Barcelona. Aseguró ser estudiante. Pero sólo era andaluz, de Ronda. Me dijo que se iba a América. No le pregunté cómo. En aquellos días embarcaba yo hacia el Gabón, y me despedí de él.

Al zarpar de Canarias, apareció en mi propio barco. El capitán no se anduvo con chiquitas: lo ence-

«PAGADO Y NO PEGADO»

«Madrid, noviembre 56.

Señor director de MVNDO HISPANICO.

Muy señor mío: En el número de este mes se hacen en la sección "De luna a luna" unas absurdas y falsas afirmaciones que dejan estupefacto. Se dice que los españoles, en diez años, no han aprendido ni el "bugui-bugui" ni el "mambo" ni el "cha-cha-chá" porque quieren parecer hombres en todo momento. ¿Es que los americanos, ingleses, franceses, etc., no lo "parecen"?

Pero, además, lo esencial es "ser", no parecer. El autor del escrito o es un cínico que miente a sabiendas o un indocumentado que jamás se ha asomado a un baile o sala de fiestas...; desde luego su mentalidad es "cuaternaria". Y menos mal que no ha dicho que en España sólo se baila el minué y la pavana. Sólo ha conseguido cubrirse de ridículo, pues hoy sabe todo el mundo que es falso lo que dice. Hasta las "chachas" bailan lo moderno a poco de llegar del pueblo; sólo no se baila en regiones apartadas que no han tenido oportunidad de aprenderlo (como pasará en todos los países).

Se comprende presumir de riqueza, inteligencia, trabajo, civilización, pero no de bailar estilo medieval. Sería mejor suprimir los toros (cobardía y barbarie), los pronunciamientos (O) y la incapacidad científica (ni un invento ni un Nóbel de Ciencias). ¿No le parece?

¡Y pensar que todavía le habrán pagado (y no pegado) al autor del editorial-sermón!

Afectuosos saludos.»

Al final, una firma y la nota (O), «palabra universal».

ACLARACION Y DISCULPA

No es cierto, pues, que treinta millones de españoles están incapacitados radicalmente para bailar el «mambo» como es debido y el «rock and roll» como lo bailaría el mismísimo Elvis «pélvis»... Lo que pasa es que los españoles no se deciden. Tienen algo «medieval» que les pesa en la conciencia; su sentido de la dignidad humana y su sentido del ridículo...

Tenemos que reconocer, sin embargo, que hay por lo menos un español sobre el planeta dispuesto a afrontar valerosamente los riesgos físicos, morales y sociales que impone la danza moderna. Ese español es el autor de la misiva transcrita.

¡Que Dios lo proteja!

Finalmente, ofrecemos como testigos a nuestros amigos de Chihuahua — tierra de poderosos, dignísimos bailarines—, a nuestros amigos de España—truculentos y espirituales juerguistas—, a nuestros amigos de Iberoamérica —discípulos de Heidegger o Zubiri, «monicacos» irremediables— para que rindan debida cuenta sobre nuestras condiciones naturales para la danza y sobre las salas de fiesta que hemos visitado.

¿Creerá nuestro simpático enemigo que no tenemos también nuestro corazoncito y que no sabemos bailar el «cha-cha-chá» sin meternos en líos con la Policía y sin avergonzar a nuestra solemnísima y muy católica parentela? ¡Nada de eso!...

rró, decidido a retornarlo. Pocas millas después del amanecer en que partimos de Dakar se notó que había escapado. Como sólo fondeamos, y lejos, le presentí pasto de los tiburones de aquellas cálidas aguas.

Volví a España. Luego fuí a Buenos Aires. Y al regresar, en la escala de Montevideo, sus autoridades nos trajeron a bordo un inmigrante ilegal: el rondeño.

No encontró tiburones. Trabajó en Dakar hasta subir al barco que iba a su ansiada América. Saltó a tierra. Pero nada más sentarse en un cafetucho, le pidieron la documentación. No llegó a estar un día en el Nuevo Continente.

Pero no acabó todo aquí. Al volverlo a Barcelona, no tenía él quien le consiguiera la libertad. Recurrió a mí. Y yo, que no soy capitán ni mucho menos, me enternecí y hasta garanticé que no se volvería a escapar.

Aun no me explico qué músarañas confundí entonces con las cadenas que le sujetarían. Acto seguido desapareció. Menos mal que, al cabo de los años, le encontré en Madrid. Le ha pasado la edad. Puede que esté escarmentado. Yo, sí; creo que sí.

AUNQUE PAREZCA FOLLETIN

Don Dimas tuvo un capitán bebedor, juerguista, y que de puro mujeriego que siempre fué, era ya un viejo verde, rijoso y malhumorado, geniazo inaguantable. Si se encolerizaba, era feroz, lo cual le sucedía por la menor cosa.

Claro, cuando el barco, desde Málaga y rumbo a Londres, se encontró en la carbonera a dos polizones, el dicho capitán se subía, como aquel que dice, por los palos: tal un mono enfurecido y babeante.

—¡Nada!—chillaba—. ¡Qué los tiren al agua! ¡Gentuza!

Los muchachos le pedían:

—Pero, capitán, por favor: mire usted que somos honrados, que somos de Bilbao. Nos dió por el toreo. Vinimos a Sevilla y hemos fracasado. Tenemos mucha hambre. Queremos regresar.

—¡Nada! ¡Fuera! ¡Gentuza y nada más que gentuza! ¡Que los echen a la mar!

Uno de ellos, como el otro, todo tiznado del carbón, se le puso de rodillas.

—Capitán, por su madre, capitán. Por la mía, la pobre, una pobre lavandera de Bilbao y sin más hijos que yo. Se moriría de pena...

¿Qué vió, oyó o adivinó el capitán en aquellos ojos, en aquella voz, en el aire del muchacho?

—¿Cómo se llama tu madre?

—Fulanita de Tal.

—¿Tienes padre?

—No le conozco.

—¿Tu madre vive, pues, en el barrio tal?

—Sí señor; ¿la conoce usted?

El capitán no le respondió. Aquella terrible orden, que no cumpliría, cesó de vociferarse y amenazar. Su continente se dulcificó y ordenó al mayordomo:

—Ande, deles de comer, pijamas, que se duchen y un camarote.

Y añadió, tierno, entristecido, a espaldas de la inquisitiva humanidad de la tripulación:

—¡Qué vida ésta!

M.-F. A.

Enrique Jordá, un nuevo Toscanini

(Viene de la pág. 40.) varios años. Le ha tratado con más calor que nunca, aunque sin entregársele totalmente.

«El, que impuso en Madrid la costumbre de dirigir de memoria, ha puesto sobre el atril los papeles de la *Novena sinfonía*», se ha reparado.

De nuevo han surgido las diferencias de opinión, aunque partiendo de una base incomparablemente más elevada. ¿Cómo no, si Jordá es aún joven? En su conversación personal, los críticos hablan del «maestro».

En Sevilla, Enrique habrá recordado bellos momentos de su intimidad. Puesto que si en Madrid conoció a una señorita inglesa de trato agradable, en Sevilla la desposó. Fué en 1945, poco antes de que, concluído el contrato de la Sinfónica, se le ofreciera la ocasión de dirigir orquestas en Inglaterra para la grabación de discos. A la oferta siguieron unas conversaciones fáciles. A las conversaciones, el viaje.

LA CONSAGRACION... FUERA DE CASA

—¿Le gustaría dirigir la Filarmónica?

—He venido a grabar discos.

—La Filarmónica también ha grabado discos. Podría ser un experimento digno de atención.

—¿Qué música desean oír ustedes?

—Le sobra gusto para elegir el programa.

—Empezará por una obra española: *El amor brujo*.

Su triunfo en Inglaterra tiene que medirse por sus inmediatas consecuencias. Sin necesidad de anotar lo que dijo la crítica al siguiente día, bastará con que registremos el hecho de que de modo inmediato se le llamara para dirigir la Sinfónica de la B. B. C., la de Londres y otras—las más prestigiosas—agrupaciones de los condados.

Se hizo proverbial entre los entendidos ingleses su «elegante y graciosa manera de dirigir», su soltura de movimientos. «Es más lírico que la poesía», dijo un crítico, pretendiendo sintetizarle en una sola frase. Otros muchos le llamaron, en adelante, «un nuevo Toscanini».

UNA CARTA ALECCIONADORA

«Un nuevo Toscanini», decía también el secretario de la Sociedad Filarmónica de Shefield, en carta dirigida al Lord Almirante, A. V. Alexander; «un hombre extraordinario, que no debe marchar de entre nosotros. Es preciso adoptar alguna medida para que el joven director español sea retenido aquí, especialmente ahora, cuando la dirección de orquestas conoce el más bajo nivel a que nunca ha llegado el Reino Unido».

La carta se hizo pública, y, al conocerla, los melómanos ingleses reaccionaron con vivacidad en el sentido preconizado por el secretario de Shefield. Las tentaciones llovieron sobre Jordá desde muchas partes. Pero se dieron por concluídas al aparecer unas declaraciones suyas en las que expresaba su deseo de ir a los Estados Unidos, donde los grandes maestros de la música, sus antecesores, se habían consagrado.

EN SAN FRANCISCO

Un largo entreacto de su vida es preciso registrar antes de que llegara su definitiva consagración. Cinco años en la ciudad de El Cabo, dirigiendo la Sinfónica. Su labor no por descentrada es menos conocida. Antes de haber concluído su contrato, recibe una invitación para actuar en Norteamérica por primera vez. Fué en noviembre del año 1953 cuando actuaba; en 1954 era llamado para volver como «director invitado», y por fin, el 16 de marzo del mismo año, el presidente de la San Francisco Symphony Association se complacía en declarar:

«Nos alegramos de dar la bienvenida a Mr. Jordá a un puesto de tanta importancia para la música de la California septentrional y del mundo. Es bueno haber puesto fin a nuestra incertidumbre y saber que los amantes de la música de toda nuestra región del golfo de California pueden sentirse satisfechos.»

Las siete semanas a que ascendía la «invitación» se convertían en un contrato bianual. Enrique Jordá, que contaba cuarenta y dos años, reemplazaba a Pierre Monteaux, que había buscado su retiro dos años antes, después de haber dirigido aquel conjunto a lo largo de diecisiete años seguidos.

La línea ascendente de Jordá ha conocido, desde 1954 a 1956, sus momentos de consagración definitiva. Ahora, al volver a España, nos trae un nuevo ejemplo de cómo los regateos, no siempre justificados, obligan a superarse a los españoles hasta triunfales límites.

MARTI SANCHO

El "No-Gaku" japonés

(Viene de la pág. 43.) dramas japoneses. Sólo afirmo que, junto a esto, hay todavía en el Japón, y con señales indudables de vida, un teatro que comenzó cinco siglos atrás y que conserva intactas todas las marcas de su primitiva forma.

El teatro japonés, como el español y el de tantos otros países, tuvo un origen religioso. A la puerta de los templos budistas comenzaron a representarse escenas sencillas, casi sin trama, que dieron origen al primitivo teatro japonés. «Un joven que ha perdido su camino; tiene que luchar con enemigos que le salen al paso, y llega por el bosque a un templo, donde el bonzo le orienta e instruye.» Es un ejemplo de tantos.

El *No-Gaku* es una muestra viva de estos primeros orígenes. Toda la sensibilidad y hondura del alma japonesa están puestas de relieve en estas representaciones de teatro. La sinceridad es mayor, si cabe, ya que la espontaneidad de su primitivismo quita todos los tapujos. Estamos frente a frente de la auténtica manera de ser japonesa.

Una ecuanimidad profunda y vivida, con muchos puntos de tangencia con la *sofrosine* griega, es quizá la cualidad que más salta a la vista en estas representaciones. Hay actores que son capaces de permanecer hasta hora y media completamente inmóviles en una esquina del escenario. Cada movimiento de la mano o el pie es detenido y estudiado: nada de arranques violentos o gestos rápidos. Los pasos de los actores son lentísimos, hasta el punto de que para recorrer una distancia de unos diez metros a su entrada en escena (por una galería abierta al público) emplean dos o tres minutos.

Estos detalles dan una idea del ambiente de serenidad y paz que pretende sembrar en el público esta representación del *No-Gaku*. Una pequeña orquesta, formada por una flauta y dos panderos, acompaña siempre a los actores. Los sonidos desacordes de la flauta y la monotonía incansable de los panderos, junto con unas voces inarticuladas, largas y lejanas, nos levantan a un ambiente de irrealidad insospechada. Hay un coro, formado por hombres, que pasan las dos horas de cada acto sentados a la manera japonesa, sin hacer el menor movimiento en todo el tiempo. Tienen el mismo papel que los coros en las tragedias griegas: toman parte en la escena expresando con sonidos increíbles los sentimientos de los actores.

Todo el conjunto nos hace pensar en una ceremonia religiosa más que en una representación teatral. Yo asistí en una ocasión a las ceremonias de un funeral en un templo budista: dos coros de bonzos, inmóviles durante varias horas, cantaban una especie de salmodia inacabable de sonidos extraños. Unos instrumentos también producían acordes incomprensibles para nuestros oídos. La función del *No-Gaku* me hizo ver el parecido enorme que hay todavía entre estas ceremonias religiosas budistas y las representaciones del teatro clásico japonés.

Al salir del teatro, casi me iba más impresionado del público que de los actores. Un pueblo que en pleno siglo XX es capaz de pasar hasta cinco horas atendiendo a estas representaciones tiene valores incomprensibles.

Unas calles más abajo, en otro de los principales salones de Tokio, se estaba proyectando el *Cinerama*. La última palabra en cinematografía: sonidos rápidos y ensordecedores, vértigo en los movimientos, velocidades insospechadas, cambios continuos de escena y planos de visión. Es la voz de nuestro siglo XX. El hombre, que vive a tono con ella, ha creado esa maravilla de luz y sonido en el Cinerama.

El teatro del *No-Gaku* estaba también repleto de público. De espaldas al Cinerama, a la velocidad, al vértigo, estaban reconcentrados ante los movimientos increíblemente lentos de los actores y escuchando sonidos inapreciables. Es indudable que el alma japonesa tiene resortes insospechados de ecuanimidad.

Ahondando un poco más, el *No-Gaku* puede ser un signo de una cultura milenaria que todavía vive en el Japón.

La cultura de Occidente logró abrirse paso en el Japón desde el momento en que el emperador Meiji, en el siglo XIX, le abrió las puertas. Lo hizo y lo estaba haciendo desde entonces de una manera avasalladora y definitiva.

En el Japón se vive la filosofía y la cultura de Occidente. Se conoce hasta el último invento, hasta el más mínimo adelanto. Es natural, y casi necesario, que esta cultura, a pesar de todo, tenga que abrirse paso en el Japón con un poco de esfuerzo. Es tan distinta de la oriental, y en concreto, de la cultura japonesa, que irremediablemente tiene que haber siempre algo de choque.

El *No-Gaku* es la voz viva aún de una cultura enteramente japonesa, que ha logrado mantenerse bien alta en medio de mil influencias y contactos de fuera.

El *No-Gaku* nos muestra al tipo ecuánime, naturalmente equilibrado, del japonés auténtico, tal cual es.

No deja de ser para nosotros altamente sugestivo el escuchar todavía hoy, en toda su fuerza, esta voz del siglo XV. Y contemplar admirados esta pervivencia amistosa de culturas y épocas que en este rincón del mundo, quizá como en ningún otro, constituye una realidad auténtica y viva.

F. GARCIA GUTIERREZ, S. I.
Taura, Japón.

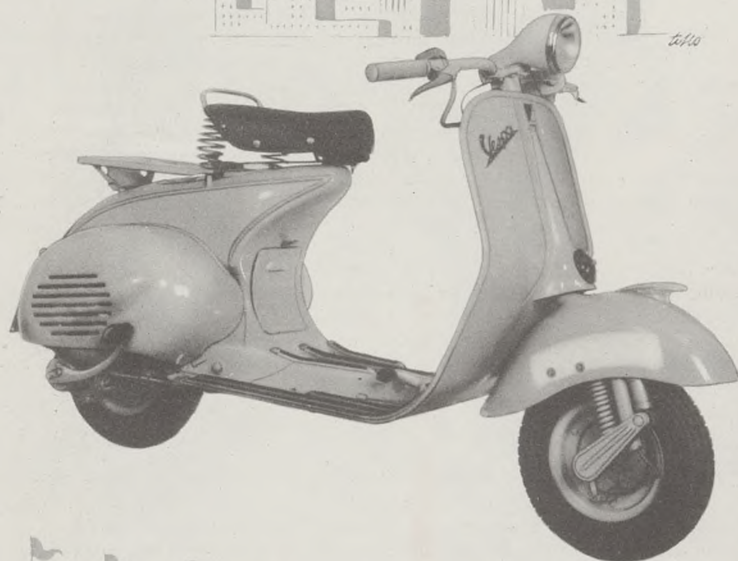
MOTO VESPA, S. A.,
PRESENTA
SUS NUEVOS
MODELOS 1956



Vespa
125 c.c.
modelo 1956

Nuevo motor de elevado rendimiento.
Velocidad, 70 Km. p. h.
Capacidad del depósito aumentada a 6 l.
Chasis monocasco de acero.
Nuevo sistema de suspensiones hidráulicas que asegura una inmejorable estabilidad.

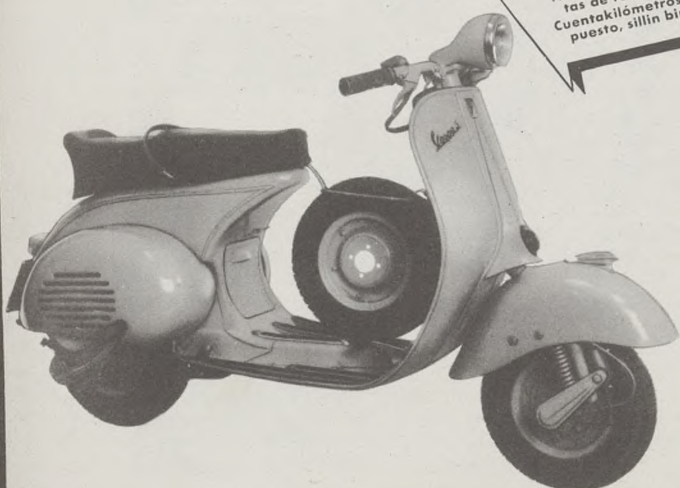






Vespa "S"
125 c.c.
modelo 1956

Motor "S" especialmente proyectado para turismo rápido.
Velocidad, 85 Km. p. h.
Capacidad del depósito de 8 l.
Chasis monocasco de acero de construcción y forma especiales.
Tambores de los frenos con aletas de refrigeración.
Cuentakilómetros, rueda de repuesto, sillín biplaza.



RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE

JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro, al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES, COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION

PELIGROS, 2 MADRID



SEGOVIA, EL NAVIO DE PIEDRA
Un nuevo éxito de la Colección «Tierras Hispánicas»

El tercer volumen de la Colección «Tierras Hispánicas», publicada por Ediciones «Mvndo Hispánico», está consagrado a Segovia, que sigue siendo una de las ciudades más interesantes de España, con la que muy pocas pueden competir en monumentalidad y pintoresquismo a la vera de su romano acueducto, sin igual en todos los países del Imperio. El magnífico ensayo de Luis Felipe de Peñalosa va acompañado de las fotografías más bellas, en huecograbado y color, de este mágico «navío de piedra» que Segovia es.

COLECCION «TIERRAS HISPANICAS»

UN ALARDE EDITORIAL DE LAS EDICIONES «MVNDO HISPÁNICO»

Pedidos a E. I. S. A., Pizarro, 17 - MADRID

Precio del libro: 75 pesetas.



Esta es la *Muchacha de la margarita*, una de las obras más características del pintor español Ortega Muñoz, que figuró en su brillante exposición, recientemente celebrada en el Ateneo de Madrid, y de la que los lectores hallarán información en la página 38.